Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/losestetasdete00varg

J. M. VARGAS VILA

LOS ESTETAS DE TEÓPOLIS

NOVELA

LIBRERIA RUBIÑOS MADRID

DERECHOS DE AUTOR

Todo ejemplar que circule sin estampilla, será considerado como ilegal

LOS ESTETAS DE TEÓPOLIS

J. M. VARGAS VILA

Los Estetas de Teópolis

Honni soit qui mal y pense

NOVELA

MADRID
LIBRERÍA DE ANTONIO RUBIÑOS, EDITOR
Calle de Preciados, núm. 23.
1918

DERECHOS RESERVADOS

Imprenta de A. Marzo.—San Hermenegildo, 32 dupdº.—Teléfono J-977

PRÓLOGO

En Arte, ensayar ser frívolo, es peligroso, porque se llega fácilmente a serlo;

y, tal vez más de lo que se desea;

aparentar una Virtud, es cómodo, porque no se llega nunca a caer en ella;

aparentar un Vicio, es peligroso, porque se termina casi siempre por caer en él;

y, la Frivolidad, es así: tiene el encanto lánguido y delicioso de un bello Vicio;

la Frivolidad es una gran fuerza en la Mujer, y es una debilidad, la más grande debilidad mental, en el hombre:

por eso, la Frivolidad, es un encanto sujestivo en la Mujer, y no llega a ser nunca un atractivo en el Hombre;

una mujer frívola es tomada casi siempre en serio... por los hombres;

así como un hombre serio, es tomado siempre como un objeto frívolo... entre las mujeres;

la Frivolidad, es la única forma de Talento, con la cual triunfan las mujeres que escriben;

las que ensayan escribir con Talento, no logran ni alzarse siquiera hasta la Frivolidad;

un hombre de Talento, puede ensayar *la Frivolidad; pero, si llega a* profesarla, *no es ya un hombre de Talento;*

la Frivolidad, es una bella diversión mental, como la Mentira; en ambas se necesita un tacto exquisito para no deshonrar el talento exagerándolas;

cierto grado de Frivolidad, es, en ciertos momentos, una Elegancia del Espíritu que pide como los perfumes, una suprema discreción al ser usada;

hay momentos en que un Hombre de Talento, necesita hacer derroche de Frivolidad, y es cuando se halla en Sociedad;

la Frivolidad, es una gracia flébil que se pierde si cae en el gracejo;

la Frivolidad y la Vulgaridad se excluyen;

la Frivolidad, hace sonreir; si llega a hacer reir, no es ya la Frivolidad, es la Vulgaridad;

es el Chiste;

y, el Chiste, es, el antípoda de toda Gracia Intelectual;

la Frivolidad, es una bella flor de Juventud;

un hombre de edad, que se respete, puede permitirse, por un momento, el lujo de ser frívolo; pero no puede, sin deshonrarse, permitirse la Vulgaridad de ser gracioso;

una boca, no joven, que sonrie, puede ser augusta en

RBC
NcU

su sonrisa, como según Sócrates, es más amable en el beso, el labio anciano que tiembla;

una boca anciana, que ríe, es horrible, es una profanación, es como una tumba que se abre, dejando ver un cadáver: el Cadáver de la Vida;

la Risa es el pájaro de la Aurora, hecho para gorgear en las selvas matinales de la Existencia, y, no está bien voloteando en los largos silencios vespertinos, en la Hora Crepuscular, tan vecina de la Eterna Noche;

en Arte la Frivolidad tiene su lenguaje: la Paradoja;

la Paradoja es, toda la Filosofía de la Frivolidad;

las paradojas, son las únicas flores posibles, en la colina encantadora de la Frivolidad;

la Frivolidad, como el Vicio, tienen el privilegio de ser eternamente bellos y eternamente jóvenes;

escribir cosas frívolas, rejuvenece;

se puede aún vivir, puesto que se puede sonreir;

¿no es eso un alveo de la Esperanza?;

las últimas sonrisas tienen la belleza y el encanto de las últimas rosas; el prestigio augusto de lo que va a morir;

son como un perfume sútil, que impregna las alas de los últimos crepúsculos;

es necesario aspirarlas apasionadamente; en un último gesto de Elegancia.

. . . . . .

Los personajes de esta novela ensayaron ser frívolos

y, vivir la Vida por el lado paradojal, de ella: la Realidad los despertó de su sueño, y cayeron fatalmente en la Tragedia;

¿de quién la culpa, si el cielo se hizo rojo y estalló el rayo sobre este lindo jardín de paradojas, donde se abrían en profusión los blancos jazmines de la Frivolidad?

de la Vida, árida y brutal;

de la Vida que pone la Tragedia en todo, hasta en el corazón de las flores, algunas de las cuales envenenan las abejas enamoradas que vienen a libar en su cáliz de ambrosía;

el alma de la Vida, es la Tragedia.

VARGAS VILA

En París. En la Primavera de 1918.

LOS ESTETAS DE TEÓPOLIS

El más incipiente helenista, comprende sin esfuerzo, que Teo-Polis, quiere decir Ciudad de Dios;

pero, esta Ciudad de Dios, aquí descrita, no es la Ciudad Retórica de San Agustín;

es, una Ciudad Práctica, situada en un confín de América;

hoy, todas las cosas prácticas, están en América; todas, hasta los americanos.

Teópolis, es la Capital de un Reino de América;

¿qué no hay reinos en América?

pero, los habrá;

por eso, Teópolis, es una Ciudad Futurista, perteneciente al vasto Imperío de Marinetti;

y, sin embargo, Teópolis, es vetusta, más allá de toda vetustez;

su nombre mismo lo indica: Ciudad de Dios;

y, Dios, principia a hacerse un poco vetusto;

en esta Ciudad de Dios, todo tiende a ser divino;

por eso, es divinamente pintoresca;

de un pintoresco arcaico, que recuerda los viejos *ghettos,* hebreos, donde el hombre se pudre al Sol, como una larva.

Teópolis, no es como Jerusalén, una Ciudad Santa, pero aspira a ser, una Ciudad de Santos;

allí, el que no es un Sabio, es un Santo;

y, casi todos, son ambas cosas;

hay también muchos hombres honrados y, muchas gentes de talento;

y, como es natural, éstos no son, ni Santos ni Sabios;

todo en Teópolis, es arcaico, hasta los vicios;

tan arcaicos que resultan primitivos, colindando por todos lados con los de la Biblia;

de un lado, tienen el sabor de la manzana edénica, y del otro, el de las manzanas de cenizas, que crecen cerca a los lagos asfaltites;

como toda ciudad muy viciosa, Teópolis, es una ciudad muy religiosa;

la Religión, es como la hoja de parra de las estatuas que cubre el sexo sin destruirlo, y lo hace más sugestivo a causa de su ocultación.

Teópolis es una ciudad clásica y católica, y por ende una ciudad en petrificación; una ciudad antiartística;

el odio al Arte, es una divisa de la mitad de la gente

de Teópolis; y, el olvido del Arte, es la divisa de la otra mitad;

sin embargo, Teópolis, fué antaño, patria de grandes pintores religiosos, cuyo genio estuvo en su religiosidad más que en su Arte;

¿por qué a pesar de ese odio al Arte, que caracteriza a Teópolis, Doménico Saldini, pintor italiano, había venido a establecerse allí?

porque a semejanza de los grandes pintores del Renacimiento, él era un pintor y, un escultor a la vez, y amaba el arte bárbaro y restropectivo de Teópolis;

su Arte de maceración, color de sangre y de Muerte;

y, además...

porque era romántico;

y traía el corazón herido;

y, era trovero;

y, amaba el sol;

y, en Teópolis, hay sol, mucho sol;

un sol cuasi italiano;

y mujeres bellas, tan bellas como las mujeres de Italia;

y amor, mucho amor en las mujeres y en los hombres.

Doménico Saldini, era rico y era noble;

frisaba en los cuarenta y ocho años;

era viudo;

tenía un hijo, de veintidós años, recién llegado de Italia;

era un artista aristócrata y de aristócratas, que amaba dar tés y reuniones de artistas y gentes letradas;

sus *five* o *clock*, eran reputados como verdaderos *rendez vous* de *esprit* y de elegancias;

mujeres de letras, y damas de alto rango, políticos y letrados, frecuentaban su *Atelier* en esos días de moda;

y, era la hora de uno de esos tés, deliciosos y abigarrados, en una de esas tardes de un Otoño maravilloso, melancólicamente opulentas, en que el cielo de Teópolis, se viste de malva y de oro para fanatizar y acariciar con sus suaves colores, las gentes que regresan de las playas marinas, tostadas por los soles caniculares, y, hartas del resplandor de playas coruscantes;

el Ingreso, con sus dos estatuas de Hermes y de Antinoo, en mármol cándido, sobre pedestales de basalto verde, resaltando en el azul añilina de los muros, cerca al nogal pulido de los bancos conventuales, era apenas capaz para recibir la elegante concurrencia, que dos criados con librea, despojaban de los ligeros abrigos de estación;

los tres salones del *Atelier*, se llenaban de gentes que paseaban por ellos, o hacían grupos, saludándose con ceremonias, en un ambiente distinguido de refinadas elegancias;

había exotismos orientales, y, preciosísimos florentinos, en el lujo del *Atelier*, ornado de muebles raros y preciosos;

predominaban viejos estilos;

cincocentistas, y medicisianos de tiempos de Lorenzo el Magnífico;

eran muebles traídos por el pintor de su vieja casa solariega, cerca al Vómero en Nápoles, y salvados de su estudio de París, violentamente destruído por las circunstancias;

viejas cómodas de ébano, incrustadas de madreperla, primorosamente historiadas, como si para hacerlo, se hubiesen dado al trabajo, las manos expertas de todos los oréfices del *Ponte Vecchio* de Florencia;

antiguas arcas laboradas con primor, repujadas en plata maciza, con aplicaciones de carey;

sillas abaciales con leyendas religiosas incisas en los respaldos, y otras, cubiertas por grandes telas, que fueron de dalmáticas y de pluviales, en cuyos fondos rojos o violáceos, abría aún sus alas, el candor de la Paloma Mística;

sobre caballetes, vestidos de regios terciopelos carmesíes, pálidas acuarelas londinenses, y horizontes marinos con esfumación de brumas finlandesas, hacían una como infinita irisación de nácares;

las *sanguignas*, sobre caballetes ornados de azul pálido;

las pinturas militares, sobre *arazzos* retrospectivos;

las miniaturas, vívidas como gemas multicolores, sobre *etagères* de laca;

los retratos, en los muros tapizados de un verde obscuro;

biombos severos, pesados por el oro de sus bordaduras, haciendo como capillas diminutas, a los grupos escultó-

ricos, o las estatuas aisladas, a cuyas blancuras, la incertidumbre de la hora daba palideces turgentes de cristal;

anochecía;

la penumbra era discreta;

en ciertos puntos era cómplice;

en otros se diría tentadora;

las mujeres, en TOILETTE de tarde, eran deliciosas; tenían coloraciones de flores y tonalidades de celajes;

la dulzura del clima, les permitía llevar aún trajes ligeros, que delineaban admirablemente las formas gráciles de unas, y, permitían a otras, lucir morbideces encantadoras;

algunas, tenían semidesnudeces perturbadoras.

Doménico Saldini, hacía los honores de su *Atelier*, con una gracia exquisita, y, cierto matiz de impertinencia, que lo hacía delicioso;

tipo meridional;

alto y erecto; cetrino y arrogante; bigotes mosqueteros; lueñgas melenas, que empezaban a blanquear hacia los témpanos; ojos árabes, negros, soñadores; manos largas y pálidas, agobiadas de sortijas, milagros de orfebrería;

vestía traje de tarde;

pantalón a rayas, chaleco de fantasía, *jaquette* negro, con una gardenia en el ojal;

recibía sus visitantes;

un apretón de manos;

una frase cariñosa;

y, libre circulación;

la concurrencia se reunía por grupos, al azar, o por afinidades electivas, que diría Goethe.

—

En un grupo Nuncio Paoli, revistero ameritado, instruye, en crónicas de Teópolis, a Luis de Sousa, periodista extranjero, muy deseoso de saber cosas de la ciudad caballeresca y creyente, que ya empezaba a aparecérsele, como un monje exclaustrado, ocultando el sayal bajo el *smoking:*

—Vea usted—le dice señalando un grupo, en medio del cual, con rostro de Mefistófeles y, gestos de una araña que ensaya sus tentáculos, doctoriza un hombre diminuto y espectral—Ese es Pablo Rivera.

—El Gran Dramaturgo...

—No; el Gran Comediógrafo;

en Teópolis, no hay dramaturgos;

ninguno de nuestros escritores de Teatro, rebasa el bajo nivel de la comedia;

hemos olvidado el Drama;

y, a fuerza de haber agotado la Tragedia viviéndola, no somos ya capaces de escribirla;

todo fermento heroico ha muerto en nosotros;

no sabemos sino reir y hacer reir;

a Pablo Rivera, debemos el privilegio de la comedia seria, la comedia intelectual;

sin él, nuestro Teatro sería un Teatro de farsantes y de polichinelas;

el Teatro de los Gemelos de Siam;

¿sabe usted quiénes son los Gemelos de Siam?

—No.

—Pues vale más que no lo sepa;

nada ganaria con saberlo, si no tiene usted, una alma de campesino enamorado ó de carretero sentimental;

todo eso está fuera del Arte y de la Literatura.

—Teatro de ventorrillo.

—Exacto.

—Pero Pablo Rivera, es otra cosa.

—¡Ah! Pablo Rivera, es genial en su Arte.

—¿Y es original?

le pregunto a usted eso, porque muchos aseguran que es por odio a la originalidad, que no ha cometido aún el pecado original...

—¡Bah!... en el mundo, tal vez, no ha habido verdaderamente original, sino ese primer pecado, lo demás todo ha sido imitación de vagos gestos ancestrales; y, nosotros mismos hemos nacido de esa imitación, como los monos:

—Y, ¿Pablo Rivera, tiene muchos discípulos?

—Sí; todos esos jóvenes que lo rodean, reciben sus lecciones y practican sus teorías;

lo siguen a todas partes:

—Yo, sería voluntariamente de ellos.

—¿Se siente usted con afición?

—¿A qué?

—Al teatro.

—A verlo, no a escribirlo;

por eso siento una gran admiración por Pablo Rivera.

—Hace usted muy bien.

Pablo Rivera, es una de esas inteligencias que valen la pena de ser admiradas;

él, y nuestro admirable prosista don Ramiro Valdés, son los únicos escritores que ha producido su generación, dignos de pasar a la Posteridad;

ellos solos bastan a honrar y a salvar nuestra Literatura.

—Una Epoca Intelectual, o mejor dicho, la Literatura de una Epoca, no la forman sino dos o tres nombres...

los demás son el pedestal de esos nombres y, de esa Epoca.

—Pues Pablo Rivera, es uno de esos hombres.

—Y, lo calumnian tanto...

En Teópolis, cuando no pueden negar el Talento de un Hombre, le suponen un Vicio, igual o superior a su Talento.

—¿Para igualarse a él?

—Por el Vicio que le suponen; no por el Talento que tiene.

—

Se oyen frases escapadas a las conversaciones de los diversos grupos;

parten como flechas y vuelan como pájaros;

llenan el ambiente, de uno como calor de emoción.

—

En un círculo de señoras ya maduras, vestidas con telas claras y pretenciones juveniles, como una protesta contra la crueldad de la Vida.

—Y, ¿dice usted que ella, no ha engañado todavía a su marido?

—Eso dicen; pero puede ser una calumnia;

tiene una tantas envidiosas.

—No es una calumnia;

es cierto;

yo, la conozco;

es completamente tonta.

—¡Ah! las tontas son las peores;

no hay nadie más feliz que el ayuda de cámara del marido de una mujer tonta.

—O el cochero...

—Pero, ella, es una tonta, incapaz de distinguir el matiz de encanto que separa, un marido, de un *chauffeur*.

—¡Oh! el amor del GARAGE.

—Si nuestra sociedad continúa así, terminará por ser un *Garage* de amor...

Una sonrisa susurrante acoge la frase...

juegan los abanicos, en una como danza de pudor, abriéndose y cerrándose ante los rostros empolvados, que el carmín del tocador empurpura...

la vieja marquesa de Sumapena, entrecierra sus ojos de ganso, abrumados de lascivias, como si viese, a traves del muro, su blondo *chauffeur,* que afuera espera luciendo un abrígo de pieles riquísimas, que habría hecho la envidia de un Príncipe;

la linda Madame Vitel, inclina su blonda cabeza y las plumas de su sombrero se agitan como las de la testa de un paujil;

las formas canonicales de la Señora de Mestres Travieso y Tapajada de las Hinojosas, vieja mercera enriquecida en comercio de encajes, y, ahora, dada a caza de un título nobiliario por el camino ya muy traginado de construcción de templos y represión de la trata de blancas, se agitan en un loco reir, mientras aquel huso parlante, que es doña Paz Cavernosa y de los Eriales, dama noble, Presidenta de dos Casas de Maternidad, a las cuales ha dado algo más que su dinero y sus cuidados, continua en hablar y dudar de la fidelidad de la bella y ausente Paulina de los Cortijos, acusada entre todas ellas de tan repugnante anormalidad;

y el diálogo polífago continua:

—¿Y persiste usted en creer que ella no ha engañado todavía a su marido?

—Lo aseguro.

—Entonces, es una mujer sin sensibilidad.

—Y sin gusto.

—¿Para qué se ha casado, si no es para engañar a su marido?,

el matrimonio, no tiene otro placer que ese.

—Es la única sensación agradable del matrimonio;

el Matrimonio sin el Adulterio, sería insoportable;

es, su única excusa.

—Y, ¿si ellos nos engañan?

—Entonces el placer es más completo;

es una doble emoción;

pero, ellos nos engañan siempre, y, eso disminuye el placer...

ellos no tienen placer en engañarnos, porque eso no los deshonra como a nosotras;

y, un Placer que no deshonra, no es un placer.

—

En el grupo del Comediógrafo, donde éste, continúa en gesticular, con movimientos menudos, y voz atiplada de *marionnette*;

en ese momento le presentan un mozo alto y mofletudo, que le tiende una mano de jayán de feria, como para aplastarlo, diciéndole la consabida salutación, con que todos los aspirantes a escritores, saludan en Teópolis a todos los que han escrito algo, aunque sea crítica de libros:

—Maestro...

Con un verdadero gesto de terror, el Comediógrafo retrocede, como un insecto que va ser pisado por un mastodonte, y dice:

—No me llame usted Maestro, hasta no saber qué profesión tiene usted;

el otro día, vino a mí uno, con las manos tendidas, diciéndome... Maestro... Maestro...

después supe que era un hojalatero...

y lo digo sin pretensiones: yo, no he ejercido nunca ese oficio...

—Maestro—le dice uno de los del grupo—. Ese hojalatero, era tal vez, un exquisito Ironista.

—¿Por qué?

—Porque como él trabaja en lata, y ha oído hablar de las latas que dan los comediógrafos en el Teatro...

acaso por eso lo llamó a usted Maestro.

—No haga usted chistes manidos.

—¿No son permitidos sino en el Teatro?

—Pero,—dice otro—

Entonces, los jóvenes, a quienes usted ha enseñado, ¿no tienen derecho a llamarlo: Maestro?

—Algunos, sí;

otros, no;

porque lo que yo, enseñé a algunos, ya lo sabían desde el colegio;

conmigo no hicieron sino perfeccionarse;

en todo Arte, el Maestro tiene algo de personal, un matiz en el cual reside toda su fuerza;

y, en este Arte nuestro, todo es cuestión de estilo.

—¿Y de lengua?

—Sí...

sólo las lenguas vivas, pueden dar esa bella sensación de Arte.

—

En un grupo de políticos:

—¿Y el Manifiesto?

—¿No sale?

—¿Por qué?

—¿No saben ustedes la desgracia que le ha pasado al Duque?

—¿Ha llegado al Poder?

—No hablo de las desgracias del País, sino de las del Duque.

—¿Qué infortunio ha podido acaecer a nuestro Ilustre Jefe?

—¿Ha sido vencido en la Cámara de los Señores, por su terrible rival el Marqués de Siete Infundios?

—¿Háse por desventura agravado, en su padecer de la podagra, que tanto hízolo sufrir el año ultimo?

—No tal, que libre del mal está, desde que ofreció como ex-voto, su último par de calcetines a Santa Pantomima, abogada de Ministros, Parlamentarios y Titiriteros extraordinarios.

—Colgados y expuestos los he visto, en el camarín de la Santa Advocación, y gran impresión prodújome, y, mucho me conmovió, el agujero, que frente al dedo pequeño del pie izquierdo, aparece como una prueba clara del Milagro, de no haber perdido el pie, nuestro Ilustre y Venerado Jefe, cuando un día, pisólo un bárbaro, en aquella procesión, en que llevaba el estandarte de la Noble Hermandad de San Expedito.

Santíguanse con unción, todos los santos varones, y uno de ellos dice presuroso.

—Mas si su salud es buena, si el cielo continúa en protegerlo, y, sigue siendo la esperanza de los peregrinos del Santo Sepulcro, ¿cuál es la desgracia sucedida al Duque de Loyola, y, que usted anuncia?

—Una desgracia gramatical.

—Entonces, es muy grave, porque en Teópolis, la Gramática, es el cuarto Dios, y, es el único Talento del Noventa por Ciento de nuestros escritores;

en Teópolis, respetamos la Gramática todos, hasta los cocheros; recientemente uno de ellos, que era mozo de cuadra, ha surgido a la celebridad, por haber escrito un cuento ñoño, en lenguaje de hace tres siglos, que es nuestro gran lenguaje...

—Ese es el lenguaje del Duque de Loyola; y su desgracia de ahí le viene.

—¿Cómo así?

—Pues acaeció, que habiendo escrito un Manifiesto a

sus electores, el Duque comprendió lo que había querido decirles.

—¿De veras?

—¿Verdad?

—¿Es posible?

—Sí...

—Pues el día que al País le suceda otro tanto, estamos perdidos;

nuestro Ilustre Jefe habrá perdido su bandera.

—Al País, no le sucederá nunca eso;

lleva tantos años de leer cosas del Duque, y no lo ha comprendido jamás;

la Fé salva;

y, como nosotros somos el país de la Fé, no sólo creemos lo que no vemos, sino que creemos lo que no entendemos;

esa es la fuerza de nuestros grandes hombres;

somos el País de los Hombres-Dogmas;

—El Duque de Loyola, es un Dogma Nacional...

—Un oráculo...

—Pero, ya se ha comprendido y, esa auto-revelación puede serle fatal...

—Y, a nosotros también...

si el País llega a comprender al Duque, pierde la Fé en él, y, las verdes dehesas del Presupuesto, se alejan de nosotros, indefinidamente...

Y el grupo de bípedos rumiantes, guarda por unos instantes un silencio conmovido.

al fin uno de ellos, dice:

—Y, ¿qué ha hecho el Duque al comprenderse?

—Ha renunciado a escribir...

—Pero, no habrá renunciado a presidir las gentes que escriben;

¿no es Presidente de la Sociedad de las Sagradas Ostras?

dicen que merced a sus influencias, los venerables moluscos vieron penetrar a su vivero un joven león...

—Sí, pero fósil, completamente fósil, era un león arrancado a un billete de banco...

—Y, entonces...

¿el Duque no da el Manifiesto?

—No...

—Y ¿no va al Poder?

—No lo creo;...

tengo un dato...

—No lo diga usted;

los datos no sirven para nada en Política.

son de una insuficiencia deplorable...

—Algunas veces son funestos.

—Sí;... a causa de su propia Insuficiencia.

—

En otro grupo, de intelectuales:

—Es muy loable ese empeño de aclimatar entre nosotros el Teatro de Ideas.

—Yo creo, que al contrario, eso es no tener una Idea de nuestro Teatro.

—Hacer Teatro Intelectual, no es difícil;

lo difícil sería hacer un público intelectual;

en Teópolis, eso es imposible;

haciendo honrosas y, muy limitadas excepciones, nuestro Público todo, tiene una alma de hortera..,

—Ama terriblemente la astracanada.

—Es lo único que ama.

—Tiene el alma en el vientre.

—O, más abajo...

—Tiene un alma africana;

no ama sino el Vicio rojo de sangre, o el Vicio ébrio de vino...

—Literatura de Presidio.

—Y de merendero.

—La última tiene sus representantes genuinos en los Gemelos de Siam, unidos no por la cabeza sino por el vientre.

—Y, ¿la otra? ¿la de biberon y criadas románticas?

—Esa tiene su Pontífice en Arpagón Lima, que ha hecho para su Teatro, el monopolio de la harina lacteada; y es por eso que lo llaman el Baron Nestle;

cuando fué discípulo e imitador de Pablo Rivera, hizo algo aceptable.

—Cuestión de contagio.

—Eso fué la Imitación de Cristo.

—Después... cesó la Imitación, y quedó el Cristo.

—Tristemente traicionado.

—Como siempre.

—Y, ¿el Teatro en verso, el Teatro lírico, que en otro tiempo tan alto colocó el nombre de Teópolis, haciéndolo culminar por sobre todas las dramaturgías del mundo, no tiene hoy representantes?

—Sí, uno solo; el Gran Poeta Federico Selvaclara.

—¿Uno solo?; y, ¡fué tan rico!...

—Sí... es verdad, fué muy rico, pero se agotó, como todos nuestros veneros de riqueza;

a esas carabelas líricas, que llevaban tan lejos, la enseña de nuestro Genio Nacional, ha sucedido la aparición de esta flota de odres vacíos, que mecen su insuficiencia presuntuosa, sobre el triste mar de nuestra Poética de hoy.

—Y, ¿para usted, es verdaderamente Selvaclara, un Poeta representativo?

—Sí; él representa toda nuestra Lírica actual; es todo nuestro Pasado lírico, misterioso y grandioso, diluído en nuestro miserable Presente; toda nuestra riqueza fabulosa de Ayer, viva en nuestro Hoy, lamentable de agotamiento y decadencia; él, es, la última ola de nuestro lirismo glorioso, cantante en el río cuasi agotado de nuestra Poesía, donde un cardumen de antilíricos, se empeña en hacer pasar el ruido de sus antenas, por grandes voces pánidas, bautizando su silenciosa penuria mental, con mbres exóticos de escuelas que no comprenden; apenas

si en ese silencio impresionante, se oyen los bellos cantos de bohemismo lírico de Evaristo Cámara, otro gran espíritu sobreviviente de nuestra pretérita grandeza, que modela sus cantos, en los troqueles de la más pura modernidad; pero, este espíritu noctivago y grandioso, no hace Teatro; se conforma con ser una figura de leyenda, en torno de la cual podrían hacerse los más bellos dramas de romanticismo vivido; él, resucita en Teópolis, no el verlainismo ambiguo y místico, tan querido a los bohemios equívocos y débiles de espíritu, sino el moreasismo greco-gálico, un poco parnasiano y rimbaudesco, con sus siniestros claros de luna, y, sus paseos de noctámbulo, bajo el cabrillear de las nubes, en cielos torvos, como de una aguafuerte goyesca.

—Según usted, ¿no es posible el lirismo tragico, en el Teatro de Teópolis?

—El lirismo, aun puede serlo; el trágico, no...

—¿Por falta de autores?

—Y, de público;

no hay sino un autor que podría efectuar esa resurrección en nuestro Teatro, y, es Jacobo Grim; pero el muro de la necedad le cierra el paso; él sería nuestro Hebel, y aun mucho más.

—Jacobo Grim...; no lo he oído nombrar ..

—Eso mismo prueba su grandeza;

si fuera un hombre mediocre, sería un nombre popular, como el de todos los triunfadores;

aquí, el Silencio es lo único que consagra al Genio;
y, Jacobo Grim, tiene demasiado genio para triunfar.
—Entonces... tantos triunfadores...
—Ellos, no han tenido nada que vencer;
entre nosotros, el Triunfo, no es la aureola de Mérito; es siempre el pedestal de la Insolencia...

—

En otro grupo, viendo avanzar un joven elegantísimo, vestido con refinamiento exótico, llevando una enorme gardenia en el ojal del chaquet, y segido de otros tantos, llevando igual indumentaria y la botonera igualmente florida.

—El «Club de la Gardenia».

—¿Quiénes son?

—Un Círculo de jóvenes, mitad literatos, mitad *sportsman*, que hacen toda clase de Literatura y toda clase de *sport*, aun los más atrevidos, y tienen según sus Estatutos, la obligación de llevar siempre algo en el ojal.

—¿Aunque sea una flor?

—No es permitido tenerlo nunca desocupado.

—Ellos, como la Naturaleza, tienen horror al vacío...

—Por ese lado.

—

Varios grupos se abren en alas, para dejar pasar una especie de bola de cebo, que avanza con *frou-frou* de

sedas, agitando las plumas de un sombrero piramidal;

pequeña, regordeta, la cabeza empolvada con aspiraciones a retrato muy Siglo Diez y Ocho, que diría el Poeta, vestida en amarillo como un mandarín chino, con un *lorgnon* en la mano, mirando impertinente y ceremoniosa a ambos lados, y saludando con el énfasis de una característica de Teatro pobre que actuará de reina, una dama, abigarrada, ridícula y solemne, avanza como una tortuga de oro incrustada de piedras;

—La Baronesa de Cosmópolis.

—¿Es baron... esa...?—dijo Sousa viéndole asomar sobre los labios unas cerdas de jabalí, en forma de mostachos, mal domadas por el depilatorio, y apenas ocultas por las cremas y los polvos aglomerados sobre ellas.

—No diga usted chistes contra la Ortografía.

—Ni contra la antigüedad.

—¡Manes de Herodoto!...

—¿No ha leído usted los libros de la Baronesa?

—¡Cómo no!...

mi abuela, que había aprendido a leer en ellos, me los enseñaba cuando yo era niño;

y, después, los he leído siempre;

son admirables, cuando hablan del Amor, de Dios, y, de la Piedad...

—El misticismo es su última pasión...

—Y, ¿ la Piedad?

—Es justo hablar de ella, cuando ya empieza a inspirarse.

—Eso recuerda a nuestro Pablo Galindo que inspira tanta piedad, y tanto amor, a causa de su ancianidad.

—Galindo es nuestra única Gloria nacional.

—Y, no decae; escribe aún bellos libros de amor...

—Los generales que escriben sus campañas, son siempre muy estimados, entre los profesionales.

—Cuando se ha dejado de sentir el Amor, debe ser delicioso escribirlo.

—Sí; pero no cuando se ha dejado de inspirarlo...

—De todos modos, ese, es un consuelo de valetudinarios...

—Literatura de Scarron...

—Libros de memorias, que en el fondo son la digestión de la propia Vida...

—Y, a propósito de digestión se dice que la Baronesa, come en francés y digiere en teopolitano.

—Otras veces, come en ruso.

—¿Caviar?

—No, Tolstoi.

—En salsa francesa...

—Es decir, en lengua francesa.

—Esa lengua, es el botín de los piratas. y, el campo siempre abierto a las excursiones del pillaje;

muchas fortunas literarias nuestras, vienen de ahí...

—Y, ¿es muy noble la Baronesa?

—¿No ve usted como muestra sus pergaminos?—dice uno señalando las odres vacías de los dos senos cuasi desnudos y las arrugas de la garganta enharinada, que semejan los pliegues de una media caída.

—¿Son históricos?

—Al menos los del cuello.

—Un collar de escamas...

—Y, ¿es muy antigua la nobleza de la Baronesa?

—Ella, es muy antígua; su nobleza no tanto...

no todas las noblezas son antiguas; algunas son reales mercedes...

—Merced, a los reales, querrá decir usted.

—Habla usted como un plebeyo.

—En efecto; no soy noble;

ninguno de mis antecesores ha sido lacayo.

—Y, ¿el marido de la Baronesa, era Barón?—dice otro—.

—Con V.

—¿Era hombre de letras?

—De cambio;

giró algunas.

—¿Era banquero?

—Sí;... tenía un banco:

—¿De Crédito?

—No;

de expender carne en el mercado.

—Sea;

pero, yo, amo mucho lo que ella escribe;
traduce con tanta gracia los sentimientos.
—Si;
traducir, es lo que hace con más gracia;
tal vez, es lo único que hace.

—

—Karolus, Karolus,—dice Paoli llamando más que con la voz, con el gesto de sus manos, a un joven, bello y blondo como Dorian Gray, de una natural y, exquisita elegancia, que atraviesa en ese momento el salón, ensimismado y pensativo, y, cuyos ojos, color de un ámbar claro, habrían parecido cándidos, sin la nube de Ensueño que los velaba, como un suave crepúsculo interior lleno de idealidades,—Karolus... Karolus.

—¿El Gran Músico?

—Sí...

—No lo oye a usted...

—No; es sordo, como Beethoven, y, genial, como él; es el único músico genial de su generación, tan rica en absurdos y rimbombantes maniquíes; es el solo que tiene un valor positivo, entre los que llaman músicos menores, calificación idiota, aquí, donde ya no hay músicos mayores, sino en las bandas de los regimientos; escribe páginas musicales, llenas de tal emotividad y, melodía, que sólo el Cisne de Bonn las escribió iguales; es un sensitivo extraordinario, y un colorista prodigioso; en una

sóla página suya, hay más música y colorido, que en los libros de todos sus contemporáneos; para encontrar algo igual a la plasticidad luminosa de su estilo, hay que remontarse hasta los más puros clásicos de la pasión, es decir hasta los místicos; si hubiera nacido en España, y hubiera sido Poeta, habría emulado y superado a San Juan de la Cruz, y, a la Doctora de Avila, por los torrentes de lascivia sinfónica que fluyen de su estilo, en el cual el Monstruo de la Lujuria, parece como hipnotizado por la música, como por la lira de Orfeo; desgraciadamente, este *Lohengrin* nuestro, que pide el pincel de Basil Hallward, es noble y rico, no tiene necesidad de su arte para vivir, escribe la música por *sport*, y, dándonos los bellos caprichos de sus sonatas maravillosas, no nos dará nunca la Obra prodigiosa y, definitiva, que todos esperamos.

—Infausta sordera.

—La Naturaleza fué muy previsiva y muy piadosa; lo hizo sordo para que no oyera los horrores que iban a decir de él.

—Y, ¿qué instrumento toca?

—Todos los que se le presentan, y, con una maestría admirable...

cuando un órgano se atrofia, otros se desarrollan;

y, él, ha inventado nuevos órganos, para suplir el atrofiado...

—¿Organos para Iglesia?

—No precisamente para Iglesias, aunque allí se toquen

mucho; pero sí para gentes de Iglesia, que son locas por ellos;

cualquiera puede tocarlos sin preparación;

están al alcance de todas las manos.

—

Se oye un ruido alegre de risas y vocerío;

avanza un grupo de jóvenes, rodeando a una dama de formas junianas, que debieron ser espléndidas, antes de ser los restos de una soberbia belleza;

ella ríe con ellos, y los trata con esa camaradería equívoca que usan las mujeres que escriben, con los jóvenes del mismo oficio;

avanza sonreída y locuaz;

y, con ella en medio, el grupo semeja una escena de la «Viuda Alegre».

—Carabela.

—¿La de Colón?

—No, la Escritora;... contemporánea de las de aquél;...

una de las tres o cuatro vacas, no de leche, sino de tinta, que disfrutamos en Teópolis.

—Pero, eso no es una vaca;

eso, es un búfalo.

—Enorme... ¿verdad?

—Es la Estatua de la Libertad.

—¿De costumbres?

—Zumbón.

—Debió ser muy bella...

—Algo de eso dicen los Tratados de Arqueología.

—Y, ¿esas dos niñas que vienen detrás?

—Son sus sobrinas.

—Un par de chiquillas tentadoras...

—Aquí todas las chiquillas son tentadoras...

sólo que a veces se extralimitan en eso del tentar...

son un compromiso.

—

En un círculo de mujeres, jóvenes y elegantes, se conversa en tono jovial...

las voces claras y cristalinas, suenan como rumores de fuente rompida en pedregal...

se diría un triscar de pájaros, picoteando en una era:

—Los hombres son terriblemente mediocres.

—Como maridos;

como amantes hay algunos que son interesantes.

—Menos cuando nos ponen en ese estado.

—Mira a Jeanette, ¡qué actitud tan romántica!...

apoya su cabeza en la mano como diciendo con Chénier: «Aquí hay algo».

—Mucho más hay en la cabeza de su marido...

—¡Cuernos!...

que lengua tiene usted esta noche ..

—Es siempre de noche que la lengua se hace más libre;

es la hora en que trabaja mejor...

—Es tarde ya;

¿por qué no encenderán las lámparas?

—Por no sorprender el desnudo... de algunos... cuadros...

—Vaya con los cuadros...

—¿Por qué no se quitará el sombrero la Generala Cairol?

—Por no quedarse calva...

teme a un resfriado;

la pobre señora no sabe dónde principia el cabello y dónde acaban las plumas, en su sombrero.

—Oigan ustedes, como discute Emma.

—Ella lo pone todo en tela de juicio.

—Es natural...

¿no ven ustedes qué poco juicio pone en sus telas?

—O, mejor dicho: qué pocas telas.

—Casi no se cubre sino de la cintura a las rodillas...

—El Cinturón de Venus.

—Quiere recordar, sin duda, que tuvo un busto admirable.

—El de la Zorra, de la Fábula...

—¿Qué Zorra era esa, de la Fábula?—dice la momia parlante que es la vieja duquesa de Cuerofino, cepa de la más rancia aristocracia.

yo, no he oído nunca ese apellido, ni ese título...

¿es nuevo?

—No; es muy viejo; la primera Zorra de la Fábula apareció en el Paraíso, su título es tan viejo como el mundo; su historia está en un libro llamado: la Biblia:

—Ah! yo no leo más libro que el *Almanaque de Gotha*, y nunca he visto ese título: *de la Fábula*...

—Claro... las zorras del *Gotha*, no figuran en la Fábula, sino en la Historia...

—Y, a propósito de títulos;

la pobre Merceditas Perraloca, que desesperó toda su vida, por llevar alguno, no tuvo colmados sus anhelos sino después de muerta.

—¿Cómo?

—La han llamado Ilustre...

—¿De veras?

—¿No han visto ustedes la tarjeta de defunción?

allí le dicen: la Muy Ilustre Señora Doña Mercedes Perraloca, del Solar de los Detritus...

—Y, ¿por qué era Ilustre?

—Acaso porque el Solar, sería muy antiguo.

—O, los Detritus...

—En materia de títulos, aquí, en Teópolis, somos de una esplendidez regia;

derrochamos los adjetivos, como si fuera el Tesoro Nacional;

aquí, todo el mundo es Ilustre;

el Ilustre Escritor, el Ilustre Arquitecto; el Ilustre Cochero...

el otro día quedé sorprendida recibiendo una esquela mortuoria que decía: el Muy Ilustre Señor Don Empedocles de Lascivia y Mal Contento, del Gremio de Taberneros de esta Corte, ha muerto...

el Muy Ilustre Señor, era el pobre hombre que nos traía el vino de una Taberna cercana.

—Y el año pasado, por los tiempos de Navidad, ¿no recibí yo una tarjeta que decía: «La Muy Ilustre Asociación de Barrenderos del Distrito Cuarto, desea a usted felices Pascuas»?

—Entonces, si los barrenderos hacen eso, ¿qué tiene de raro que a la pobre Merceditas Perraloca, la hayan llamado Ilustre, después de muerta, si era del Solar de los Detritus?

—Pertenecía por derecho de nacimiento a la Muy Ilustre Asociación del Gremio de Barrenderos del Distrito en que vivía.

Tal vez, apiadada de la muerta, la bella Angela Patroccio de los Marqueses de Rabo Largo, cambia la conver-

sación y, señalando a un caballero muy elegante, ya entrado en años, que apoyado de codos en el respaldo de un alto sillón, devora con ojos cautos un grupo de damas, situadas no lejos de él, dice:

—Mirad, al Conde de Berni;

no quiere acercarse a la de Rojas...

—Es un hombre de mucho tacto...

—Como todo hombre de edad...

—El tacto es una virtud exquisita, que se desarrolla en los hombres con los años;

los jóvenes no la poseen;

son muy brutales.

—Ah! los hombres de mucho tacto son deliciosos...

—Sobre todo en la sombra...

—El tacto es una gran virtud, cuando se sabe emplear

—Oh, los que la poseen;

son los grandes virtuosos del tacto.

—Mucho más interesantes que los virtuosos del violin.

—Si; porque tocan cuerdas más sensibles...

Y el grupo de bellas damas se remueve en sus asientos, como si una corriente eléctrica pasase por debajo de ellos

—

Luis de Sousa pregunta a Nuncio Paoli, viendo avanzar un hombre trajeado con descuido, y cuidadosamente despeinado, que por su aire y su color tiene el aspecto levantino de uno de esos turcos ambiguos vendedores de

tapices y de pieles que recorren los cafés de Teópolis, ofreciendo sus mercancías, y sin embargo, ostentosamente decorado con la Legión de Honor.

—¿Quién es?

—No sé,

me parece que es asiático; un ex colono nuestro;

probablemente portero o secretario de alguna Legación...

esos gobiernos de Asia...

mandan aquí cada tipo...

—Representativos, eh?

—Sí;

los mejores especímenes de su fauna;

tienen un gran éxito entre las mujeres.

—Entre las mono-maníacas.

—Cabal.

—Y, ¿aquél otro con cara de Efebo Persa, que viene allí?

—Ese es Lavedan.

—¿Escritor?

—No: Cronista.

—Y, aquel otro mamarracho descomunal, que gesticula allí, con movimientos de negro flebotomano, ¿quién es?

¿anuncia algun específico?

—No;

ese es uno que llaman el Bobo Ladilla, un idiota inofensivo, que se empeña en pasar por un terrible...

—¿Escritor?

—No;

pero a causa de no ser escritor, odia a todos los que escriben;

culpa al talento de los otros de no tener él ninguno;

y oficia de crítico...

es ultraatlántida también;

viene de las monadas...

y, no de las de Leibniz;

sino de aquellas otras de allende el mar;

pero, se empeña en pasar por teopolitano, como tantos otros de su *estirpe;*

y con la facilidad de imitación inherente a su especie, imita a los escritores de Teópolis...; escribe clásico...

y, cree que nadie sabe su raza, porque tiene el cuidado de limarse todos los sábados, muy cuidadosamente, los huesos del cóxis, donde empieza a retoñarle enormemente la cola ..

muere del terror de ese apéndice..,

pero, es un antropoide divertido;

muy divertido...

—Y, aquel otro, con cara bobalicona y apostólica, que parece un mal retablo de aprendiz?

—Ese es don Franco Icaro de Mexicon...

—De profesión?

—Violador de Musas;

usted no puede imaginarse las torturas a que las somete;

se entrega sobre ellas a las últimas liviandades;

es el pederasta de las Musas;

las poluciona innoblemente...

y, a pesar de esa satiriasis de la Rima, no ha logrado aún hacer un verso, siquiera sea mediano;...

y usted vé que no hacer versos malos, en Teópolís, es un fenómeno;

aquí el verso es una secreción; le sale a todo el mundo por los poros.

Y, este pobre Sátiro de las Musas...

—Lo han recluído por piedad en un Manicomio de acéfalos, que el Estado mantiene, por aquí en un terreno cercano, que llaman los prados de Academus;

pero, no le han dado sino un puesto de lavaplastos, que en lenguaje de aquel asilo, quiere decir: Corresponsal.

—Y, aquel otro, perpetuamente sonreido, con aspecto de ídolo javanés, ceremonioso como un lacayo, que vá del círculo de Pablo Rivera, al de los otros escritores, ¿quién es?

—Uno de esos escritores exóticos, cuyo nombre no recuerdo;

como yo tengo mi comida asegurada, no cortejo esas gentes de ultramar, como hacen otros;

y, es bueno que ellas sepan, que no para todos los escritores de Teópolis, principia la cuaresma el primero de Enero y acaba el día de San Silvestre.

—Y, ese... ¿es asiático?

—Natural; ¿no vé usted cómo adula a los escritores teopolitanos?, parece que vá a quebrarse por la columna vertebral;

estos asiáticos, son conmovedores, en su empeño de lograr celebridad en Teópolis;

especialmente los literaturizantes de esas tribus, son de una abyección desesperante a ese respecto;

llegan aquí, mendigos de publicidad, en busca de lo que ellos llaman en su jerga servil y menesterosa, la *Consagración*, de nuestros grandes escritores, que no son grandes sino para ellos; y, entran de rodillas, a los cafés a que éstos concurren, y se deslizan bajo las mesas a las cuales están sentados, buscando lo que hallan más a la altura de sus labios, para besárselo; algunos, hallándolos de frente, se conforman con besarles los pies...;

y, todo eso, para lograr la limosna de un artículejo despectivo y mal pergeñado, en el cual se hable de ellos;

eso ha creado aquí, una verdadera industria en la prensa: la del bombo ultramarino;

se han formado camarillas de seudo escritores y críticos para explotar la imbécil vanidad de los asiáticos megalómanos, y ellos, les escriben artículos laudatorios, a tanto la línea;

cuando usted lea un artículo de esos, cuente los adjetivos que tiene, y, ya podrá decir los dineros que costó;

aquí, ya no hay poetas *bucólicos;* pero ha sido la *bu-*

cólica, la que ha hecho en Teópolis la reputación de ciertos poetas... ultraoceánicos;

aquí el elogio se compra con una cena, y, se acaba de pagar, a veces en un... Cená-culo;

aquí hay gran pasión por los cená-culos; y, muchas reputaciones han salido de allí, fuertemente lesionadas...

—Según eso, aquí la Crítica es una Industria...

—Ejercida por caballeros de ella.

—En compañías anónimas.

—O, al menos, de anónimos,

lo más crítico, en esos críticos, es, su situación; y, tratan de solucionarla;

ya el filósofo dijo: «hay momento, en que la Razón, tiene hambre»;

¿por qué nuestros críticos no han de decir que hay momentos en que el Hambre tiene razón?

—Ya iba a decir a usted, que tiene razón...

—Pero, no hambre...

Y, fijando su atención en que casi todos los que por allí pasan, tienen la misma condecoración; Sousa dice:

—¿No nota usted, que casi todos los que aquí están tienen un botón rojo en el ojal?

—¡Ah!, sí...

esa es, la Legión de Honor.

—A juzgar por lo numerosa que es la Legión, el mundo debe estar lleno de hombres de honor.

—Ya no hay hombres sin Honor, desde que se estableció la costumbre de reunirlos en Legión.

—Yo, no puedo aceptar eso;

mi Padre, es un Hombre Honrado.

—Chit...

no lo diga usted muy alto, porque se deshonra;

esas cosas se callan por decoro;

no diga usted eso, nunca en sociedad;

es de muy mal tono y muy perjudicial;

yo, tuve un amigo, que se enorgullecía, de que su padre, era muy honrado;

al principio, nadie lo creía, y era muy apreciado de todos;

cuando sus amigos se convencieron, que eso no era una broma sino una verdad, todos lo abandonaron indignados...

y, cuando supieron que su madre, era también una Mujer Honrada, nadie le contestó el saludo; y tuvo que emigrar.

—

En un Círculo de ancianos, muy serios y muy graves, con las maneras glutinosas, de los congrios de la Política.

—Es necesario ejercer sanción; hacer justicia irreparable; dice un ex Ministro de Justicia que la ha violado bajo todas las formas, y, no ha reparado en nada para venderla.

—En Teópolis—dice otro—; la única Justicia Irreparable, es, la del Verdugo;

es la única, de cuyo golpe, la víctima no se levanta insolente y triunfadora;

del golpe de las otras justicias, todos los que parecían muertos han resucitado; los únicos que no resucitaron, fueron los muertos que ellos hicieron...

—Yo tengo fe en la Opinión Pública.

—La Opinión Pública lleva ese título por la misma razón que las mujeres públicas.

—Y, ¿los Hombres Públicos?

—En materia de Honradez, valemos tanto como las Mujeres Públicas.

—La Honradez, como virtud privada, no es una virtud, es un negocio;

en la Vida Pública es una Ineptitud;

nada deshonra tanto a un Hombre Público, como que lo supongan un Hombre Honrado;

ningún Partido querría servirse de él, pues que de nada serviría él, a su Partido;

en los políticos, como en las artistas de Cafés Cantantes, la honradez es una rémora; una causa segura de fracaso.

—La Honradez, es una virtud de ayuda de cámara;

es lo primero que se busca en un lacayo...

—Tal vez los Hombres Públicos, somos los únicos lacayos, a quienes no se exige esa Virtud.

—Ni a las Mujeres Públicas.

—Pero, en fin;

si según ustedes, en Teópolis, los Hombres Públicos, somos iguales a las Mujeres Públicas...

—Con la diferencia de cartillas;

a ellas, se la da la Policía;

y, a nosotros... la Política.

—Entonces, esto, es más que una Casa Pública, una Ciudad Pública.

—No lo diga ested alto;

aquí hay varios comediógrafos, y podrían enamorarse de eso de «La Ciudad Pública», para tomarlo como título de una Obra suya..., para estrenarla en un domingo de Resurrección...

—«La Ciudad Pública y Privada»; eso sería admirable...

—Y, un gran Exito...

—Eso, no me importa a mí;

yo, no envidio los éxitos de nadie.

—Hace usted bien, Marqués, a nuestra edad, ya no se aman los Exitos, sino los Exitantes...

son los santos óleos de la ancianidad.

—

—Una pareja que detrás de un biombo, acaba de tomar el té, y, mira el grupo de ancianos.

—¿Quién es ese viejo de aspecto tan venerable, que

tiene enredadas al cuello, más cintas que un Cordero Pascual?—dice ella.

—Ese anciano, tiene condición de perro—, responde él;

anda siempre a busca de collares:

últimamente, le han dan dado el de San Pancracio; único que le faltaba;

¿no lo ves, como con todos ellos, parece la *vitrine* de un talabartero?...

—En materia de cintas, es una mercería ambulante;

¡pobre viejo!...

con ese último collar estará feliz;

seguro que en señal de gratitud, habrá ido a menear la cola al pie del trono.

—A su edad, no creo que tenga ya fuerza para menearla.

Y, como si un recuerdo, lo hubiese hecho, súbitamente apasionado, el joven tomó en las suyas, las manos liliales de su amiga, y las llevó a sus labios diciéndola, a tiempo que le miraba en los ojos, con intensas miradas de perversidad.

—A propósito;

déjame besar tus manos adorables, de tan adorables recuerdos;

y, en recuerdo de las adorables caricias...

Y, las besó suavemente, largamente, golosamente, como si apurase en ellas, un néctar resurrector.

—

Se oye el ruido de las puertas de entrada;

se ven los *grooms,* que al abrirlas, son arrollados, como por un tromba;

y, casi atropellando los lacayos que recogen el servicio de té, avanza un grupo de jóvenes, elegantes y ruidosos, ya en *Smoking*;

se ha hecho la luz, que finge reflejos lácteos y amaranto, sobre las porcelanas chinas del servicio, que queda aún por recoger sobre los *guéridones* de laca.

—¿Quiénes son? — pregunta Sousa a su inagotable Mentor.

—Son los del «Club de la Montaña».

—¿Aristócratas?

—La CREME de la *creme.*

—Sabe usted de qué se hace la *creme*?

—Sí...; mezclándola...

—Y, ¿hay muchos?

—Ahora, pocos;

los que no han podido meterse a cómicos, se han metido a policías.

—Y, ¿los policías?

—Creo que se han metido a nobles;

el hambre obliga a las peores claudicaciones.

—Y, ¿es muy rico el Club?

—No sé, pero ahí están todos los grandes títulos...

—¿De la Deuda?

—No, del Reino;

en cuanto a títulos de la Deuda, todos ellos tienen más deudas que títulos;

son muy fieles al *deber.*

—Eso es muy elegante...

—Supremamente *chic*...

—Uno de ellos, que pagó su sastre, fué expulsado del Círculo.

—Con razón;

eso, no es decente.

—Otro, que giró una letra y la pagó, fué también expulsado del Círculo.

—Por girar en un círculo... vicioso...

—Y, tan vicioso...

—

Viendo pasar un hombre que apenas puede moverse bajo el peso de los galones y entorchados que decoran su uniforme.

—¿Es un general?

—No; es el portero de un asilo de Mendigos...

Y, ¿por qué está aquí?

—Porque últimamente se ha hecho muy célebre, por el conato de una Revolución, llamada Racionalista.

—¿Racionalista?

¿tanto así preocupa la Filosofía, en Teópolis?

—No;

el pueblo la llamó así, porque los asilados, lo que pedían, era un aumento de ración;

y, como se aplacaron cuando se lo concedieron, el Pueblo apodó así, este Motín de la ración.

—En Teópolis, el Pueblo, es el único que no ha corrompido su lengua.

—Ya principia;...

ya principia;...

usa ciertas libertades...

—La única libertad que queda a Teópolis, es, la de la lengua.

—Y abusa de ella.

—

Viendo avanzar un joven cadavérico, espectral, con aire de sonámbulo.

—Aquí si es cierto que los muertos andan;

vea usted aquel cadáver que avanza.

—Ese, no es un cadáver;

ese, es, un Gran Escritor;

es Otilio de Reyra...

—¡Oh! el Inimitable, el Supremo Artista; el d'Annunzio de Teópolis;... Tal vez más tenebroso y más hondo que el divino italiano...

—Está más cerca del Dante, que de d'Annunzio;

su mano labora mejor, el hierro de los Dísticos del «Infierno», que el oro mórbido y repujado de los «Laudis».

—Es admirable...

—El único admirable de su generación...

—Sus obras, son turbadoras, como un Misterio. .

—El, es más turbador, y vive más turbado que sus obras;

de ahí su siniestra palidez; de esa su inquietud... espiritual;

el Esoterismo de su Vida, es más profundo que el Esoterismo de su Obra;

se le acusa por eso de Magia y de Embrujamientos.

—¡Cómo progresa Teópolis!

no hallar otra razón para el Hermetismo en la Vida de un Esteta.

—No insulte usted a Otilio de Reyra;

¿no sabe usted, que en el grado de cultura que ha alcanzado Teópolis, la palabra Esteta, es sinónimo de algo abominable, que pide el fuego del cielo.

—¿De veras?

—Sí;

aquí, cuando se habla de Estetismo, se evocan, inmediatamente, el nombre y la figura de Oscar Wilde;

el Público, no conoce del Gran Poeta, sino las leyendas lamentables; e ignora sus versos y sus libros admirables;

no se conoce la Obra grandiosa del Artista, sino la Vida dolorosa del Hombre;

no hay cultura bastante en Teópolis para admirar el Genio de Wilde, pero hay bastante Corrupción Hipócrita para conocer el Vicio de Wilde;

los moralistas de Teópolis, que son los amorales y, los anormales de Teópolis, no pueden levantarse a la altura del sitio donde residía el Pensamiento de Wilde, para interpretarlo y admirarlo, y sólo saben llegar hasta el sitio donde suponen que residía su Vicio para olfatearlo con delectación;... escafandras de cloaca;... almas de albañaleros.

—Es triste, bien triste eso...

—¿Qué quiere usted?

somos un Pueblo de Moral, donde todo amoral fracasado en las letras, se cree en el deber de insultar al Genio en nombre de la Virtud;

—Y aquel hombre, que lee aquel periódico, ¿quién es?

—Ese es un Librero...

—Me habían dicho que los libreros y Editores de Teópolis, ninguno sabía leer.

—Es verdad;

—¿no ve usted cómo tiene el periódico al revés?

—Cierto...

y ¿por qué no sabrán leer los libreros y los editores de Teópolis?

—¿Cree usted, que si ellos supieran leer, se atreverían a publicar el 99 por 100 de los libros que editan y que venden?

—Tiene usted razón...

—

Es ya noche entrada y el Público comienza a desfilar;

se hacen claros en los corrillos;

se ve un oleaje lento de plumas y de sedas que se aleja;

se rarifica la atmósfera;

alguien ha abierto un balcón;

se ve un cielo límpido y misterioso;

desde el salón central, y por la ventana abierta, se ve el elegante desfile de mujeres que descienden, reflejado en los espejos de una joyería fronteriza, recordando por la gracia del ritmo y la elegancia de los movimientos, a aquellas que en la «Escalera de Oro», de Burne-Jones, huellan con plantas ligeras los mármoles de la escala, como una avalancha de rosas blancas, caídas de los jardines celestes;

se oyen algunas frases dichas en alta voz en el vestuario.

—No seas imbécil.

—No lo digas tan recio, que podrían hacerme académico...

—O llamarte en consulta para formar un nuevo Ministerio...

—No tanto;... no tanto...

se oyen suaves risas de mujeres;

y, las voces de los *valets de pied*, que dicen el número de los carruajes, o el nombre de sus dueños ..

los golpes de las portezuelas que se cierran...

y, el desfile, al principio suave y luego violento, de los vehículos que corren por el asfalto de la Grande Avenida, como monstruos libertados, bajo los cielos serenos.

—

Doménico Saldini, ha quedado aparte, en el fondo del *Atelier*, entre un círculo muy reducido de amigos íntimos;

parece no haberse dado cuenta de la desaparición del público, tanto así, le es de indiferente.

—Ya se han ido—dice uno de aquellos que rodea al pintor.

—Sí, se siente menos el relente de la bestia.

—¿Tú estimas a toda esa gente que invitas?

—¿Crees tú, que si yo estimara a esa gente la invitaría?

—¿Entonces?

—Son mi *reclame* de Artista, y nada más;

los *five o clock* en mi *Atelier*, son una atracción mundana, como los del *Majestic*, los tés de la Marquesa de Asnópolis, o de la Condesa de Natafría, los *Soupers Danse* del *Park City*, o los sábados literarios de la Princesa de Cabronicia;

un acontecimiento del cual hablan los diarios;

y, eso basta a un artista, en estos medios anti-artísticos, donde el Exito es todo, y el Mérito es nada...

todos esos que salen de aquí, son gentes que me detractan, es decir, gentes que me hacen la *reclame;*

porque aquí, no hay sino el Escándalo, que llame la atención...

—Y, ¡qué lenguas!... es necesario haber escuchado lo que ellas decían:

—Ese es Teópolis;

aquí, nadie quita ni da reputación, porque nadie la tiene;

desde antes de nacer un niño, ya está deshonrado por la Difamación;

lo primero que le discuten es, la legitimidad...

—Y, eso que aquí, se castiga con pena de presidio, al que discute la legitimidad.

—Teópolis, es el Templo de la Procacidad y de la Blasfemia;

el dios, de los teopolitanos, es un retrete nacional;

se diría que adoran un Vespasiano;

¿no han oido ustedes, lo que los teopolitanos hacen diariamente en su dios? es inmundo;

y, ¿no han escuchado ustedes, en la calle, hablar los niños de Teópolis?

¡qué vocablos!

aquellas divinas bocas, semejan bocas de cloacas.

—Las mujeres que estaban aquí hace poco, las tenían peores;

no decían malas palabras, pero, decían, cosas horribles.

—Por muy feas cosas que dijeran, no son tan feas, como las que hacen...

—¿Por qué vienen aquí?

—Por eso;

los hombres, porque a algunos les gustan mucho las mujeres y, aquí vienen muchas espléndidas, más notables por su Belleza que por su Virtud;

las mujeres, vienen, porque a todas les gustan los hombres, y vienen en busca de ellos;

las jóvenes, buscan los viejos ricos, para explotarlos, y las viejas buscan los jóvenes pobres, para seducirlos;

desde luego, no aquí;

ya veis que no hay ni un sofá, en todos los tres salones;

las silletas, muy endebles, no son apropiadas para ninguna clase de equilibrios, y tienen el gesto de despedir las gentes;

—Como tú.

—Yo, no las despido;

¿no veis como todas se han ido sin decirme: Adiós?...

pero la Baronesa, que ha hablado aquí con el Sub-Secretario de la Gobernación, sobre una subvención que desea para un Periódico que va a fundar, hará una cita de mis Martes, en las Revistas en que escribe, y eso me hará vender algún cuadro, entre los extranjeros, que son los únicos que leen ya a la Baronesa.

—La Generala Cairol, cuyo retrato estoy haciendo,

viene aquí para contemplarse y verse contemplada por los otros, y eso me ha dado el encargo de dos viejos generales para retratos suyos;

la Marquesa de Buffi, viene porque está loca por el Poeta Lori.

—Y, ¿él?

—Le huye, como a todos sus acreedores...

—Entonces, las mujeres que vienen aquí, valen muy poco.

—Pero, cuestan mucho.

—Yo, no las he pagado;—dice gravemente Doménico Saldini;

me basta con la mía;

y, ya veis que ella, no viene nunca aquí;

eso, jamás;

no ha pisado, ni pisará este *Atelier;*

tiene en horror estos Martes;

está celosa de ellos; y eso que no sabe qué gente viene a ellos;

mi mujer, pertenece a ese escaso número de mujeres, que viven en una gran ciudad sin contaminarse;

ignora en absoluto, la existencia del Vicio, y todas las denominaciones de él; es como una niña;

en cambio, tiene pasión por la Religión;

mientras yo me entretengo aquí en estas cosas, ella se refugia en alguna Iglesia o va a alguna de las infinitas asociaciones morales o culturales, a las cuales pertenece;

yo, la dejo entretenerse en estas cosas que no perjudican;

la Religión, es, un sedante en la mujer;

al Teatro, vamos muy poco, porque ella encuentra el Teatro, inmoral;

yo, apruebo esa idea que me ahorra dinero;

la Moral; en mí, no me gusta, y no la practico,

en los otros, la encuentro soportable;

en mi Mujer, la encuentro admirable...

—Yo, no amo la Moral, sino en el Teatro;—dice Pablo Rollo;

es en la única parte que la soporto;

me hace reir enormemente.

—Sin la Moral, la gente no iria al Teatro;—dice displicente y, amargo Luis de Trueba;

van allí, por ver la Moral en alguna parte;

para hallar la Moral, tienen que salir de sus propias casas;

¿a dónde ir a buscarla sino en el Teatro?...

algunos de nuestros más grandes comediógrafos, no practican la Moral, pero, la escriben, admirablemente.

—Ese es un gran negocio.

—¿El del Teatro?

—No; el de la Moral.

—Entre nosotros, los comediógrafos amorales son los que triunfan; y las comedias amorales, no.

—Eso tiene su explicación;

el Público, no ama lo inmoral en el Teatro, porque no ama verse reproducido en él.

—Y, ahora que en el Teatro no se habla sino de Adulterio...—dice como indignado Doménico Saldini.

—Para eso la mayor parte de la gente, no tiene que salir de su casa; tienen el Teatro a Domicilio...

—Calla lenguaraz;

¿olvidas que hablas delante de hombres casados?

—Y, de un recién casado...—dice sonriendo, Doménico Saldini, como orgulloso de sus verdes laureles matrimoniales.

—Es verdad.

—Y, a propósito;

¿ya presentastes tu Mujer a tu Hijo?

—No;

no sabe aún mi matrimonio;

sospecho que él, cree que tengo una querida;

no le he dicho la Verdad;

él, amaba tanto su pobre Madre...

y, así está bien;

¿que yo, no le presente mi querida, se lo explicará por un gesto de respeto;

que yo, no le presentara mi Mujer, no se lo podría explicar nunca;

y, presentarle mi Mujer, equivaldría, a llevarlo a casa... a que viviera con nosotros...

muy enfadoso...

—Y, ¿dónde vive él?

—En el *Gran Hotel Estonia*;

se da vida de gran señor;

yo, no sé por qué no ha venido hoy;

parece que no le gustan mis Martes;

hace ya tres ó cuatro, que no viene.

—En Sociedad, huir de los padres, es el primer deber de los hijos; —dice Rotti;

nada hay más enfadoso, que un Padre, en Sociedad.

—Hay algo más enfadoso, y es un hijo;

es un testigo muy importuno;

nos envejece enormemente —dice Saldini con gran tristeza.

—Y, el tuyo, ¿qué edad tiene?

—Veinte y dos años.

—Es un niño.

—Mi mujer, no lo conoce, pero, tiene unos terribles celos de él;

no quiere oirlo nombrar;

no lo conoce sino bajo su nombre de Gerólamo;

además, él, es por el lado de su Madre de una raza absurda, llena de prejuicios;

lo han educado en el desprecio del Arte, y, se creería humillado, si supiesen que es el hijo de un Pintor;

nunca ha llevado mi nombre, sino como inicial, antes del apellido de su madre: *Gerólamo S. de Arlotti, de los Marqueses de Montefieltro;* lleva en sus tarjetas;

y, es bello, con esa belleza extraña y agresiva de los de su raza materna;

tiene en ciertos instantes, una manera de mirar en que asoman todos los instintos crueles de los Montefieltro...

cuando supe que venía, tuve temor de verlo;

supuse que vistos los acontecimientos que acompañaron mi salida, cuando abandoné su Madre, estando aún él en la cuna, lo habrian educado en un odio ciego y, feroz contra mí;

pero, parece que no ha sido así, y lo que siente por mí, es, una indiferencia rayana en el Desprecio;

sí; no me engaño, me desprecia;

lo siento en todo lo que dice y lo que hace;

además, es, el *persiflage* ambulante;

no habla nunca decididamente en serio;

y, raya á veces en un grado de impertinencia irritante;

no se pone serio, sino cuando hablamos de su Madre;

entonces, se hace trágico;

y, me mira de tal modo, que me hace bajar los ojos.

—Y, para qué lo hiciste venir?

—Yo, no lo hice venir;

se escapó de la Escuela Militar donde estudiaba, trayéndose la hija del Conserje;

y, se me apareció aquí.

—¿Con ella?

—No; la dejó en París;

a ese respecto es de un cinismo *revoltant;*

yo, le hice alguna observación, y, me contestó preguntándome, donde había dejado yo, la bella hembra de su familia con la cual me escapé de su casa...

y, francamente, no supe que decirle.

—¿Por qué no lo mandas de nuevo a Italia?

—Eso pienso.

—Harás muy bien, porque según lo pintas hay en el Marquesito, todos los elementos de un bandido de *films* barato, de esos con que nos encantan las películas italianas.

Como si desease evitar la respuesta eludiéndola, Doménico Saldini, dijo.

—Las ocho;

ya debe estar mi mujer en casa, y ¡ójala no me someta a la tortura de oirle relatar la Plática que viene de escuchar, o la prosperidad de sus obras de Beneficencia!...

y, ¿quién la soporta, si retardo?

ser amado con tal vehemencia es útil; pero, también tiene sus inconvenientes...

—Los maridos engañados son más libres.

—A ese respecto, prefiero mi Esclavitud.

—Y; yo.

—Y, yo.

—Y, yo.

Dicen todos;

y, se separan, saludándose cariñosamente...

se oye la tos del viejo Pablo Rollo, bajando la escalera,

y la risa silbante del arquitecto Trueba, que sin duda dice alguna de sus implacables maldades;

y, la voz, un poco avinada de Eduardo Rotti, eximio caricaturista de un bohemismo legendario;

después...

se hace el silencio completo.

Doménico Saldini abandona su Estudio, después de hacer sus últimas recomendaciones al criado que queda.

—Si viniese el Señorito, ya sabes;

no hay que darle otra dirección, que la de mi Hotel, fuera de Teópolis.

—Pierda cuidado el Señor.

y, Doménico Saldini se aleja feliz como si sintiese una extraña voluptuosidad, al perderse en el esplendor de la Gran Noche estrellada.

En casa de la Marquesa Cléo;

las cinco de la tarde;

hora del té;

salón abigarrado y, pretencioso, carente de todo buen gusto, ajeno á toda estética tradicional;

modernismo escueto, de ese lujo *snob*, imperante, en los grandes apartamentos amueblados, que hay para extranjeros ricos, en el *Quartier de l' Etoile*, de París;

ambiente de elegancias, sin nobleza;

muebles frágiles y, ligeros, privados de todo *confort*;

todo nuevo, con la carencia de estilo propio, que caracteriza la época actual;

falsos *arazzos*;

tapices turcos de una absurdidad grotesca, con pretensiones de antigüedad;

etageres, repletos de un *bibelotage*, de cámara de costurera sentimental;

vitrinas con juguetes de *bric a brac*;

ausencia absoluta de todo criterio estético, de todo refinamiento, de todo aristocraticismo de elección;

un plebeyismo *puffiste* y triunfante, lleno de una candorosa vulgaridad;

nada grave, nada severo, nada antiguo;

el tiempo no ha marcado allí con su garra venerable otra cosa que no sea la belleza opulenta de la dueña de la casa, en la cual empiezan ya á mostrar sus efectos lamentables;

esa belleza minervina debió haber sido espléndida, según lo que de ella se conserva aún victorioso;

pero ya las carnes marmóreas, se hacen fofas;

el blanco artificial de los cosméticos baratos ha agrietado y hecho tosca la piel antes tersa y suave, como un cálido plumón, y, ahora cubierta de albayalde, como para sostener aún en pié, el fantasma de esa belleza claudicante;

la Marquesa, viste con elegancia, pero una elegancia cocotesca, que delata a gritos el Café-cantante;

y, en efecto, la Marquesa, había sido eso: una cantante de Café,

amante de todos y, de todo, había ido, de escenario en escenario, y de lecho en lecho, hasta caer en el de un viejo Marqués, vicioso y *gateux*, que la hizo su querida;

después de dos años, de abyecto y escandaloso *colla*; *ge*, el Marqués acabó de morir, no sin casarse antes con élla, dejándole su título y unas tantas deudas por herencia

coronada y libre, comerció entonces con su belleza titulada, y tuvo amantes ricos, de alta alcurnia;

tuvo la especialidad diplomática, y, fué, querida en turno, de casi todos los Embajadores de grandes reinos, venidos en misiones a Teópolis;

madame Protocolo, la llamaban sus íntimos, en son de broma;

a medida que fué perdiendo sus encantos, fué perdiendo sus amantes, pero, conservó su salón, y, el hábito de sus tés, esos tés, *bariolés* y cosmopolitas, tan elegantes, y consagrados por la *élite*, de la diplomacia, cuyos miembros continuaban en concurrir a ellos, por amor a la Belleza, y, no por cierto a la de la dueña de la casa, que diariamente perdía sus atractivos, sino a la de las damas, aventureras y aventuradas, que allí solían concurrir;

flor y nata de Belleza y, de Elegancia;

damas de la aristocracia y, de la alta burguesía, buscadoras de la aventura rara, de las sensaciones exquisitas, del lance inesperado, y, de las caricias exasperantes del Amor;

nobles empobrecidas y, burguesas ricas, movidas por la necesidad o exasperadas por el Vicio;

jóvenes casadas, amantes de un Cuerno de Oro, muy distinto del de la deliciosa bahía de *Stamboul*;

y damas provectas enamoradas de algún joven calavera, que buscaba con más ansia su bolsa que sus senos;

tales eran los concurrentes habituales, de los tés de la

Marquesa, cuya casa, era en realidad, una casa de citas, que élla, se hacía pagar ampliamente; pero, todo, dentro de una reserva convencional, muy vecina de un perfecto decoro;

verdad que allí se celebraban comercios de amor, que alcobas suntuosas amparaban;

verdad que esos tés, eran la vanguardia de aquellas escaramuzas del Placer;

pero, nadie lo habría pensado ni dicho, viendo la corrección estilizada, y la seriedad de alto tono, de las gentes que allí se congregaban;

esos tés, estaban siempre llenos de extranjeros;

los aristócratas, y burgueses ricos de Teópolis, tenían otros tés, semejantes, pero de nobleza más auténtica, que frecuentar;

además, los tés danzantes, las *soupers-tango*, los *five o clock*, de los grandes hoteles, quitaban público a los tés privados, por el estilo del de la Marquesa, pero, los hacía más selectos;

las gentes jóvenes y ruidosas, desfilaban hacia otros espectáculos, prefiriendo el comercio de artistas y cocotas, que ejercían el amor sin trabas y sin títulos;

eso hacía más tranquilos, más seguros, esos tés blasonados y calmados, que eran una como deliciosa bahía de Amor, encantadora, para aquellos que aman un poco de misterio en sus besos, como un velo muy ténue, extendido sobre sus cuerpos desnudos;

y, el té de la Marquesa, está esa tarde muy concurrido;

el salón, el gabinete cercano, y el de la pequeña Biblioteca virgen, que está al lado, se llenan rápidamente de gentes;

hay, sin duda, nuevas atracciones;

la Marquesa, recibe, con una seductora *sans-façon*, a sus íntimos, y, con una gravedad muy amable, a los que vienen por primera vez;

la mujer de Teatro, no moría nunca en ella.

Marquesa, le dicen casi todos los hombres, y Cleo, las mujeres que van llegando;

viste un traje, rojo obscuro, color de cereza, con una sobre veste, de blondas negras, con aplicaciones de argento viejo; un cinturón de argento también le ciñe el talle cerrado por un broche, que es un enorme coleóptero petrificado, incrustado en acero oxidado, cuasi negro;

eso, le da el aire de una Sacerdotisa;

y, ¿no lo es en realidad?...

como un remanente de su antigua vida teatral, continúa en amar mucho, las *toilettes* de estilo griego, los peinados de medallón antiguo;

su descote, es insolente, con pretensiones a ser provocativo;

un hilo de rubíes, montados en platino, adorna su garganta, haciendo juego con los que penden de sus orejas;

tiene los brazos esculturales y las manos divinas, unas

manos blancas y suaves, que semejan dos pichones de ánade, luciendo apenas su primer plumaje;

el brazalete es de rubíes, como el resto del aderezo, y como la única sortija que luce, en el anular izquierdo y en la cual, un enorme rubí de *Bohemia*, obscuro, cuasi negro, brilla como las pupilas de una víbora en cólera;

sus ojos bovinos, que habían sido tan bellos, se han hecho con la edad, ilúcidos y crepusculares, y en la sombra del esfumino que los rodea languidecen sobre el bermellón enharinado de los pómulos y, de las mejillas;

el blondo antinatural de la cabellera, que había sido castaña, denuncia el oxígeno que la tiñe; ésta, es aun profusa; y, agrupada, en una como cimera insolente, hace sobre la cabeza, un reflejo flamíneo;

conserva intacta y bella la dentadura, que luce más blanca entre el carmín exagerado que pinta los labios;

el talle, que se adivina martirizado por el corsé, tiene aun esbelteces heroicas, y, su alta talla, la libra del ridículo de las mujeres pequeñas que se hacen gordas;

da la mano con efusión, y, atiende a todos con una amabilidad exquisita, que habría llegado a ser distinguida, sin la teatralidad inseparable de todos sus gestos, que evocan el recuerdo de sus días de vida teatral;

la asesora esa tarde, para hacer los honores de su casa, el viejo General Sainoli, que pasa por su amante titular

es una ogresa de viejos;

ha devorado no se sabe cuántos, en los últimos años;

tiene la pasión de la senectud; las carnes muertas la atraen, como a los cuervos;

su amor es una tarjeta de defunción para los pobres valetudinarios que lo gozan;

dedicada al elemento militar, que devasta, ella ocasiona lo menos, dos vacantes por año en el escalafón, entre los viejos generales, que riñen con ella, sus últimas batallas;

el General Sainoli, que la acompaña, es el reo en capilla, de este terrible amor;

de su brazo ella recorre las habitaciones de recibo, llenas de gente:

el cuadro, en su conjunto, es vistoso y, rumoroso;

no hay artistas de Teatro, ni cocotas de cartel;

las mujeres son elegantísimas, de una elegancia refinada y señorial;

son, casi todas, damas muy bellas, de una corrección perfecta, que guardan todas las apariencias, dando a la reunión un sello de distinción exquisita y, refinada;

se conversa por grupos, y, en voces quedas, de cuyos *pianíssimos* se escapa a veces, como un gorjeo de pájaro, una risa de mujer;

un *frou-frou* de sedas, como caricias de rosas que se tocaran;

ruidos de abanicos, como de alas que se abrieran y se cerraran en la penumbra;

olores enervantes de mujeres y de esencias;

y, ese calor animal, pesado de perfumes que se respira en los espacios reducidos, donde se congrega una sociedad, de gentes elegantes y cuidadas;

en el gabinete, contiguo al salón, el retrato del viejo Marqués, colgado al muro, parece presidir esa reunión, con la misma plácida bonhomia, con que cuando era vivo presidía otras, en salones de estrellas coreográficas, amigas de su mujer;

ésta, multiplica las atenciones, y, se detiene ante los grupos, siempre con suma discreción, como para no interrumpir diálogos, que pudieran ser interesantes, y, esquivando acercarse a las parejas solitarias, a quienes sin duda, un romanticismo exagerado, hace buscar la soledad y, la penumbra;

en lo más obscuro de un ángulo del salón-biblioteca, a la sombra de un busto de Minerva, absolutamente inútil en aquel templo tan opuesto a su sabiduría, y, sentada en un sillón de terciopelo azul, que hace resaltar más su blanca y frágil belleza, yace una mujer joven, y, a su lado, en otro sillón, pero, inclinado hacia ella en actitud confidencial, un joven, que sin duda, le dice cosas de amor;

ella, es, en delicadeza y perfección de líneas, menos aun que una Tanagra, una figulina en porcelana, hecha por el más hábil artífice de *Sévres*, en los buenos tiempos artísticos del Rey Sol;

mignon, es poco decir, para indicar esa belleza frágil y, exquisita, hecha toda de delicadeza y, perfección;

pasaría más bien por pequeña, que por alta de estatura, sin la esbeltez magnífica del cuerpo que la hace erguirse como un tallo de flor, con lineamientos de una euritmia armoniosa y completa;

sus ojos lagunares, son de un verde pálido, como el verde de algunos onix que en ciertos momentos parecen como licuados; se dirían dos gotas de ajenjo, recién caídas en una agua pura; a veces ese verde se hace tan claro, que las pupilas parecen ausentes, como las de una estatua, sobre todo, cuando entorna sobre ellas las pestañas largas y negras, sedosas como el vello de ciertos gusanos del trópico;

la boca, roja y carnosa, con el labio inferior ligeramente más pronunciado, tiene la forma de un corazón que se ofreciese sobre los labios;

la nariz corta, imperceptiblemente alzada hacia la punta, le da un aire de picardía encantador, como el rostro de un niño consentido y audaz;

la cabellera castaña, de un castaño obscuro, tiene a trechos, reflejos dorados, de un color de oro pasado por e fuego; la peina en bandas sobre las sienes, cubriendo cuasi las orejas, lo cual le da un aire de ingenuidad peligroso y *giottiano*;

la garganta no tiene morbideces, ni el seno opulencias tentadoras, pero son ambos, de una pureza de líneas, y una ecuanimidad de proporciones, como aquellas que George Frederick Watts, el pintor de las bellezas frágiles

y delicadas, ideó en *Fata Morgana*, y, mejor aun, en la deliciosa mujer desnuda, que se abraza al Pecado, en «El Amor y la Vida»;

viste en heliotropo obscuro, con profusión de encajes, que la hacen aparecer como surgiendo de un hervor de espumas;

los brazos apolíneos, y, unas manos liliales, finas, delicadas, con dedos largos y suaves, que parecen estambres de flor;

apoya en una de sus manos, su cabeza de miniatura, y, escucha, con los ojos entrecerrados, y, los labios entreabiertos, en una bella sonrisa, las cosas madrigalescas, que la voz del joven susurra a sus oídos;

y, éste le dice:

—¿Por qué sonríe usted?

su sonrisa es inquietante;

sin embargo, hay en ella, algo de tristeza, un hálito de misterio, que emana de toda usted, y flota sobre su rostros como una niebla matinal, sobre la quietud de una agua muerta.

—¿Es usted Poeta?—le dice ella, con una voz cálida, que sale de la garganta como un suave trémolo.

—En ocasiones;

todos los hombres hemos tenido instantes de debilidad...

momentos en que ha hablado nuestro corazón;

y, el lenguaje natural del corazón, es: la Poesía.

—Es usted tan joven...
¿qué debilidades puede haber tenido?...
—Los hombres de hoy no somos jóvenes;
somos tan viejos como la Vida;
pero, no hablemos de cosas graves;
las cosas graves son viejas y envejecen;
¿qué debilidades he tenido yo?
amar mucho las mujeres bellas como usted;
las mujeres con ojos de mar y de crepúsculo, como los ojos de usted;
esos ojos claros, atractivos y profundos, como lagos árticos;
déjeme usted ver más de cerca esos ojos, donde parece hundirse el cadáver de un bello sueño, como en una tumba de aguas, un sol que muere.

Y, así diciendo, se acerca tanto a su rostro, que ella lo rechaza suavemente.

—Indiscreto.
—Tiene usted ojos magnéticos;
se dirían dos lagos mercuriales;
ojos de esos que fosforescen en las tinieblas;
¡qué bello será verse en el fondo de esos ojos, en una hora de tiniebla completa y de silencio absoluto...
—Mis pobres ojos no merecen tanto;
son unos tristes ojos, cansados de llorar muchas tristezas...
—Ojos que no han llorado no han visto la Vida;

la Vida, no se comprende sino vista a través del velo de las lágrimas;

hombre que no ha llorado, no ha vivido;

nuestro Pasado, está hecho de lágrimas.

—No me hable usted de su Pasado...

el Pasado de todos los hombres es casi siempre inconfesable.

—Y, ¿el de las mujeres?

—También, porque somos siempre, la mitad del Pasado inconfesable de los hombres.

—Pero... ¿no siente usted, que hay horas en que tenemos la necesidad de confesar?

—¿El Pasado?

—No;

el Presente;

lo que pensamos ahora;

lo que sentimos ahora;

lo que quisiéramos tener ahora.

Y, así diciendo, la estrecha fuertemente la mano y quiere atraerla hacia sí, con la intención de besarla.

—*Pas possible*—le dice ella, en francés, rechazándolo suavemente, con una sonrisa más incitante que todas las caricias;

y, su cabeza bruna, donde lucen guedejas de oro, brilla en la penumbra, como una gema mágica.

El, le suelta las manos, y, retrocede, grave y, serio, en la sombra;

bello, con una belleza varonil, que es apenas el fin de una gallarda adolescencia;

alto, delgado, nervioso, pálido, es un verdadero tipo de elegancia de esos que da la raza afinada de los Alpes italianos;

el rostro enjuto, como enflaquecido por la maceración del pensamiento;

ojeras profundas y violáceas, le hacen enormes los ojos, unos ojos leoninos, fogosos y apasionados;

larga la nariz, largo el menton, dan un sello de medalla imperial a su perfil;

imberbe como los compañeros adolescentes de Barbarelli;

sobre la frente amplia, una cabellera ruda, peinada al *rape* y muy corta, denuncia la moda de la Escuela Militar, que acababa de abandonar;

viste con elegante simplicidad traje de tarde, y, ahora, apoya nervioso en sus guantes amarillos que estruja rudamente, sus manos largas, aristocráticas y desnudas, sin otras joyas que un camafeo antiguo, en una sortija de acero, puesta al dedo meñique y, no al anular, lo cual revela, que es un regalo de mujer;

viendolo así, enfadado, ella, se inclina hacia él, casi hasta tocarle el rostro, y, le dice:

—¿No ve usted, que aquí hay mucha gente?

—Entonces, ¿por qué me dijo usted, que aquí, en casa de la Marquesa, era fácil?... que aquí había habitaciones...

—Sí;

pero, es necesario, esperar a que la gente se vaya...

y, eso tarda esta noche, y si tarda mucho, no podrá ser hoy;

yo, tengo que entrar a casa a hora fija;

no soy libre;

ya se lo dije a usted...

—Sí;

recuerdo que me lo dijo, la primera tarde que le hablé, en la pastelería "La Bulgaria„ a la hora del *Souper-Baby's;*

y, ¿podría saberse quién la espera a usted en casa?

—Mi marido.

—Feliz mortal, a quien yo envidio, y, del cual confieso el absoluto buen gusto, que es exactamente el mío...

. . . . . .

En aquel momento hacen la luz;

hay uno como movimiento de olas en los salones;

cada quien, estiliza más su actitud, con el designio de aparecer en las más correctas;

cesa todo gesto de intimidad, aun en las parejas colocadas en los lugares más propicios a la sombra;

pasan manos blanquísimas, por sobre algunas cabelleras en desorden;

se arreglan artísticamente, los pliegues de algunas faldas ligeramente desarregladas;

y las bellezas surgen más esplendentes, en aquella luz

nacarada, que las besa como un despuntar de aurora.

Gerolamo Saldini de los marqueses de Montefieltro, que así se llama el joven que hasta ahora ha dialogado con la frágil miniatura, en la cálida penumbra, ha quedado serio y sarcástico, frente a la flébil criatura, que lo contempla con ojos verdaderamente apasionados.

—Adiós, condesa; le dice alguien al pasar, cerca de éstos;

y, ella, contesta el saludo sonriendo, con esa sonrisa inefable, que hace cuasi infantil, su delicioso rostro de muñeca.

—Bien, por el Conde—le dice él, en tono zumbón, y, a medias celoso.

—Mi marido actual, no es Conde.

—Feliz el hombre que no es... conde, nada a su mujer.

—No;—dice ella sin hacer caso al *calembour*,—quiero decir, que el título no me viene de mi actual marido, sino de mi primer marido el conde de Buenatesta, que en paz descanse.

—Y, harto que la necesita el pobre Conde;

la única paz posible del matrimonio, está en la tumba.

—Le pareceré a usted vieja, por ser viuda, ¿verdad?

—No;

—las viudas, son deliciosas, o deben serlo;

yo, estoy tan ignorante de esa delicia, que espero gozar muy pronto;...

y, además; usted, no es viuda, usted, es casada...

—Verdad... —murmura ella, con una gran tristeza en la voz y un gesto de laxitud inexplicable.

—¿Está usted triste?

la tristeza da más belleza a su rostro;

un vago misterio, como el que da la noche al horizonte de los llanos.

Ella, no le responde;

sus ojos se han hecho tristes, como las aguas de una palude removidas por la tormenta;

en aquel momento, se acerca la Marquesa, monumental y, sonriente, y dice a la Condesa.

—Georgina; esta noche es usted de las mías;

le toca el turno de comer conmigo, ¿no?

y, el Señor de Montefieltro también... ¿no me lo había usted prometido?

—Sí;—dice él, aunque es la primera vez, que habla con la Marquesa, después de las breves frases de presentación.

—Entonces, a esperarme en el comedor, mientras yo despido el resto de la reunión.

Y, con la mano blanca, de ala de paloma, les indica la puerta cercana;

ellos, se ponen en pie, y, del brazo se internan en el pasillo cuasi obscuro, donde otra pareja los precede;

no llegan al comedor;

se detienen en el trayecto;

la Condesa, abre una puerta, y, entran a una suntuosa habitación, toda decorada de azul, donde un enorme lecho, todo en sedas y, en encajes, invita al amor y, a las caricias.

En el *Atelier* de Doménico Saldini;
en un día de trabajo;
pocos amigos, de intimidad, allí reunidos.
Doménico, habla con ellos, en el pequeño salón contiguo a su *Atelier*;
viste una larga blusa de trabajo, y, fuma un puro;
ha dejado de pintar, y conversa;
por la puerta abierta, se ve el salón, con las obras del Maestro, artísticamente dispuestas, y, copias de cuadros antiguos y de grupos escultóricos, sabiamente colocados;
sobre un caballete, un retrato aun inconcluso, de tonos fuertes, a la manera de Velázquez.
Doménico Saldini, que había estado en España, amaba mucho a este pintor, como amaba a Goya, y, a Ribera;
la violencia de colores, y, la imaginación macabra de este último lo atraían enormemente;
era lo pintoresco, lo que amaba en Goya, y, a pesar de sus grandes cuadros, persistía en creerlo un delicioso

pintor de abanicos, y el más poderoso aguafuertista conocido; al *Spagnoletto*, había aprendido a amarlo en Nápoles, donde obras suyas, aun insignificantes, pululan en museos y galerías;

para conocer y admirar a Goya, había tenido que ir a España;

fuera de España, Goya es desconcertante;

en Velázquez, había amado desde niño, su arte de retratista;

cada retrato suyo, le parecía un *paisaje de alma*, inimitable, y glorioso;

amaba esos pintores, porque a causa de ser *personales*, habían permanecido lejos del estilo académico y cobarde de todas las escuelas;

su viaje a España, que según él no era, sino una «tierra de curas, de pintores y de toreros», lo había retemplado en el culto a esos tres maestros, y le había revelado un Greco *verdadero*, por el cual tenía una enorme aversión;

y se preguntaba ¿qué había ido a hacer aquel pintor del gris tétrico, color de sayal a la tierra del sol y del carmín?

bien estaba confinado a la paz conventual de Toledo, y a las lúgubres calmas del Escorial;

bien estaba;

sobre otros caballetes, hay esbozos de paisajes áridos, como los de las cercanías de Teópolis, y puestas de sol

magníficas, como aquéllas que se contemplan desde los malecones de *Chiaía* devorando en uno como incendio celeste, las agrias crestas de Ischía y de Prócida, antes de desvanecerse en un miraje lunar sobre las cimas dentelladas de Capri;

se habla de Arte.

Julio Melgar, escultor, de vasta erudición y, una evidente cultura, que á pesar de tener un real talento, suele ejercer de crítico de Arte, diserta sobre éste, y, dice, en medio de la indiferencia y, el cansancio de los otros.

—No hay arte paradojal, sobre todo en Escultura;

la Verdad, es, el alma del mármol.

—La Verdad, siempre la Verdad—interrumpe con su voz catarrosa, el viejo Juan Ovejero, artista pintor,—premiado en varios concursos, a pesar de tener un real mérito;—no oigo hablar sino de la Verdad en el Arte; como si ella existiese, como si fuese una cosa tangible y demostrable, en ese mundo de vaga Idealidad y perpetuo Misterio, que es el Arte;

todos los hombres, creen decirla y, todas las escuelas creen poseerla;

y, sin embargo, ningun hombre cauto conocedor del valor de las palabras, y, más que todo, del valor de las ideas deberia decir, *la Verdad*, sino, *mi* Verdad, es decir, la Verdad según *Yo;* y, las escuelas, no deberían decir, sino *nuestra Verdad*, es decir, la Verdad, según la Escuela, porque en Arte, la Verdad, es la relación directa

entre nuestro Pensamiento y, el objeto creado; una ley de Identidad;

la Verdad, está en nosotros, y, todo nuestro Arte está en reproducirla;

aquel que no tiene en sí, una Verdad que revelar al mundo, no hará nunca Obra de Arte...

—El Arte Individual, y entonces, ¿el Arte colectivo, el Arte de los pueblos hará naufragio?

—Ya lo creo; Fidias, no es inmortal por ser de Atenas.

Atenas, es inmortal, por ser la patria de Fidias;

no hay pueblos geniales;

lo que hay es cuatro ó cinco hombres de Genio en un Pueblo, y, eso basta para la inmortalidad de una raza;

los pueblos que han carecido de esos hombres, adoptan la Tradición, no habiendo podido crearla, y, aceptan los cánones de Belleza, que les enseñan a respetar como sagrados;

para nosotros, los hombres de esta raza que puebla la América, y a la cual, no puede atribuírsele un origen cierto, ni darle un nombre apropiado, pese á las teorías del conde de Gobineau y demás teoristas de Eugenecias, el Ideal de la Belleza, continúa en ser, el que los conquistadores nos revelaron, y que ellos habían aprendido tambien de labios de la Conquista.

—*Non parlate piú d'Arte, cari miei. lo vi prego...*— dice Doménico Saldini, con su voz canora, en la cual parece sonar un rumor de olas salernitanas, y extendien-

do sus manos en actitud pacífica, como para cortar la polémica iniciada, y añade.

—El Arte hablado es insoportable;

para hablar de Arte, se necesita poseer el Arte de hablar, pero en un grado de refinamiento que no tienen los oradores, y, que solo poseen ciertos artistas excelsos que terminan por comprender, que el silencio, es la atmósfera natural del Arte, y, terminan por refugiarse en él;

no digo nada de eso por ustedes, muy capaces de hablar de Arte, lejos del Diletantismo Ortodoxo, que hoy impera para esa clase de apreciaciones, sino porque cuando yo dejo de trabajar, quiero hablar, y, oir hablar, de algo que no sea de mi trabajo.

Y, lanza al aire una bocanada de humo, que se extiende en el espacio, en giros azulosos;

y un olor de cigarro legítimo y rico impregna el ambiente.

—Bueno; —dice el viejo Ovejero, algo picado por la brusca interrupción de la polémica, en que ya empieza a apasionarse— Dejemos la polémica, pero dinos ¿dónde está tu *Chef d'oeuvre,* tu Obra Maestra, que no se deja ver nunca?

—¿Qué Obra Maestra? —dice Doménico, sorprendido.

—Tu hijo.

—Bah!... mi hijo es una Obra Maestra, que no me honra mucho;

físicamente, sí;

su belleza agresiva y altanera de hombre de presa, arrebatado y resuelto, es innegable...

pero su belleza psíquica, la belleza de su alma, no corre parejas con su belleza física;

la belleza de su cuerpo, es obra mía;

la de su alma, nó, porque yo no lo eduqué;

y, eso, es ahora lo que comienza a inquietarme enormemente;

los hijos, son una reaparición de nuestras faltas o de nuestras virtudes; son un premio, o un castigo;

son pedazos de nuestra vida, que no mueren sino con nosotros...

nada hacemos con abandonarlos, nada con olvidarlos; ellos no nos abandonan, ni nos olvidan, y, surgen un día, terribles a causa de su abandono, en el cual se han fortalecido, y, tal vez trágicos, a causa del Olvido, al cual han vencido;

yo, este mío, lo dejé en la cuna;

y, lo digo con pena; no me ocupé nunca de él;

lo sabía rico, atendido, creciendo en el lujo y, el cariño de su madre, y, de los suyos, especialmente de su abuelo, el viejo general Marqués de Montefieltro, que tiene por él una especie de adoración;

muerta su madre —lo cual no supe yo, sino mucho tiempo después— continuó en ser el encanto de sus abuelos, y, fué educado por ellos en el desprecio o el olvido de mi nombre, y, según me ha contado él mismo, por

muchos años, me creyó muerto, o fugitivo a causa de algún crimen;

no lleva mi apellido sino como inicial, ya lo dije a ustedes, y usa el de los marqueses de Montefieltro, mientras puede usar el de Marqués de Arlotti, que heredará á la muerte de su abuelo;

de labios de su madre, no oyó nunca mi nombre;

no gusta que hablemos de ella, y, una vez que pronuncié su nombre, me dijo muy serio: «No la nombres, era una santa»;

la tiene en adoración, y, es el único amor que lo conmueve.

—Y, si no te ama, ni tiene necesidad de tí, ¿por qué vino a buscarte?

—Ya lo dije también a ustedes en otra ocasión;

porque se escapó de la Escuela Militar, donde su abuelo, lo había colocado y, no escapó sólo, sino trayéndose la hija del conserje;

fué á París, donde el padre de la chica, le dió alcance, y, como esta era menor de edad, se vió a las puertas de la cárcel;

entonces se acordó de mí, se embarcó para América, y, hélo aquí en Teópolis...

—Pesando sobre tí...

—No tal, sus abuelos le han mandado dinero, y, acaba de heredar de una tía, pero derrocha de una manera escandalosa;

vive de aventura en aventura;

ahora, últimamente, parece que está locamente enamorado de una mujer casada...

—Empieza bien el chico;

lo primero que se desarrolla en Teópolis, es el amor a los cuernos;

el teopolitano nace torero, y el extranjero se hace...

—Pues lo que es mi hijo, está ya en el redondel;

como no lo coja el toro...

—No se aman ustedes con gran ternura...

—Yo, si lo amo; es mi hijo...

pero, él...

temo mucho que no sea así;

él, no me ha visto, desde niño, sino a través de la leyenda; ¡la horrible leyenda que la familia de su madre abandonada ha forjado contra mí; según la cuál, yo no soy sino un bohemio, un vicioso, un hombre sin entrañas;

eso soy para ellos, y, eso debo ser para mi hijo;

lo leo en sus ojos;

hay en ellos del Rencor y del Desprecio, cuando me mira;

yo, me encuentro cohibido siempre que estoy en su presencia;

también es cierto que se parece enormemente a su madre, cuyo recuerdo evoca en mí, de una manera dolorosa...

felizmente, es alegre y voluble, y no me habla casi nunca de esas graves cosas del Pasado;

tiene momentos de sinceridad, encantadores;

ayer, cuando me hablaba de sus nuevos amores, era delicioso;...

yo, le he inspirado confianza bastante para que hablemos de mujeres; ¿no es ya un hombre?

—Nuestros padres, no procedían así; —dice con voz gruñona el viejo Carlos Bacci—;

tenían otro concepto del respeto humano;

por eso, no se lo perdimos nunca;

y, hasta cuando nos acercamos a su tumba, tenemos el amor y, el temor de sus miradas, aunque haga tanto tiempo que sus ojos se cerraron para siempre:

—Hoy, las cosas son de otra manera —dice Doménico, indiferente a la alusión—; Ayer mismo, me contaba mi hijo, cosas muy divertidas sobre sus amores de ahora, y, me pedía consejo;

lo que me ha dejado estupefacto, es saber por esas confidencias, la corrupción a que han llegado las clases nobles y adineradas de Teópolis;

porque parece, que la mujer de esa aventura, es rica, o casada con un hombre muy rico, y, hasta ostenta un título;

la conoció en una de esas pastelerías, adonde concurre el mundo *chic*, a las cinco, al regreso del Paseo, por el Real Bosque;

la halló luego, en «Los Noctámbulos», una *charcuterie*, muy concurrida en las tardes, por las gentes del gran mundo, y, después, en un *Souper-Shooting*, *rendez vous*, de gentes elegantes;

pero, lo que me sorprende a mí, no es que esos sitios existan, y, el público vaya a esos sitios, sino, ¡cómo puede haber maridos que dejen ir a sus mujeres a esos lugares!

—Esos son cornúpetos voluntarios, o tal vez, miserables traficantes, que viven de eso.

—Lo mismo digo;

yo, prefiero la *bigoterie*, de mi mujer, y sus juntas de caridad, aunque me cuesten mucho dinero;

ahora está metida con una marquesa y una generala, y otras damas así, en una liga contra la prostitución, que es una especie de la que existe contra la *Trata de Blancas*;

tiene un gran horror y una enorme piedad a esta clase de gentes;

ya ven ustedes que aquí no viene, con el pretexto de que concurren artistas;

la sola idea de encontrarse con un modelo desnudo, aunque sea el de una mujer, la hace enrojecer;

es una niña, a pesar de los veinte y nueve años que ha cumplido;

es verdad que me hace escenas, cuando tardo en llegar a casa, y, que es celosa hasta del aire, pero, yo pre-

fiero eso, y, ser amado con tanto candor, a que mi mujer ande por ahí, en Teatros, y, Tés, expuesta a toda clase de aventuras.

—Natural.

En aquel momento, puede verse, por la puerta abierta, aparecer en el recibidor, la figura elegante de Gerólamo Saldini, que llegaba;

se deja quitar por el *groom* el abrigo de entretiempo, amarillo claro, forrado de una tela que hace reflejos; le da el sombrero y el bastón, y conservando puestos los guantes, atraviesa el Salón y, llega al *Atelier;*

besa a su padre friamente y, da la mano a los visitantes.

—Fatigado, ¿eh?—le pregunta alguno.

Sí;

nada fatiga tanto como la ociosidad.

Dios hizo bien de ocuparse en hacer el mundo, de lo contrario, se habria muerto de hastío.

—No creo que se ocupe mucho del mundo que hizo—dice amargamente, Carlos Bacci.

—Ni creo que le diviertan mucho nuestras malas acciones— añade con gravedad, el viejo Ovejero.

—Ya no hay malas acciones, sino las de los bancos que quiebran;—replica Gerólamo, con una voz, que no tiene el timbre musical de la de su padre, pero es sin embargo armoniosa, como la de todos los italianos, y, más varonil, más fuerte y, con un marcado timbre de impertinencia querida.

—Hablo de nuestras faltas,—contesta el viejo, seriamente.

—No hay faltas verdaderas sino las que cometemos contra nosotros mismos;

las que cometemos contra los otros, son deberes;

penosos, como todos los deberes.

—Ese es el Egoísmo.

—No hay más que dos deberes para el hombre;

el primero: ser egoista;

y el segundo: morir siéndolo;

todo lo que no sea el Egoísmo, es una traicion a nosotros mismos.

—¿Y cree usted, que el Egoismo es una Virtud?

—Yo, no sé lo que es una Virtud;—y volviéndose con impertinencia hacia su Padre, le dice:—Papá, ¿qué es una Virtud?

Este enrojece un tanto, de la pregunta, y dice, intentándo sonreir:

—¿Estás hoy de broma?

—Ya ven ustedes,—continua el joven, siempre en el tono irónico en que viene hablando:—Mi Padre, ocupado en hacer Obras de Arte, no quiere hacer Obras de Misericordia, y, por eso, no quiere: «enseñar al que no sabe.»

—¿Y no le gusta a usted, el Arte?—pregunta alguno, como para desviar la alusión irrespetuosa.

—El Arte de *Savoir vivre*... sí; lo adoro.

—¿Las Bellas Artes?

—Todas las Artes son bellas, especialmente aquélla que cantó Ovidio: "El Arte de Amar„.

—¿Es usted apasionado de la Antigüedad?

—Sí;

por lo que el Amor tiene de antiguo.

—Como cita usted a Ovidio...

—Como hubiera citado a Boccacio, o al Aretino;

los italianos, cuando hablamos de Arte y de Amor, siempre tenemos que autocitarnos;

sólo la vieja Grecia, nos obliga a descentralizarnos, y, a hacer algunas excursiones sobre sus colinas sagradas y sus bosques de divinos olivares;

pero, hoy, un hombre, nacido entre los Alpes y, el Tirreno, o siquiera entre las Siete Colinas del Agro Romano, no tiene que dar un paso fuera, para conocer todo lo que hay de Arte auténtico, en el mundo;

sólo allí se conoce, el Amor del Arte, y, el Arte del Amor.

—Es usted muy jóven, para saber mucho del Amor;

sin embargo, ya sabemos de una aventura...

—¿Una aventura?...

pero... ¡qué indiscreto eres, Papá!;

vas a escandalizar a estos Señores, con el ruido de mis adulterios...

—Es casada, ¿eh?...

—Y, mal casada;

al menos, ella dice que su marido es un idiota.

—Es la disculpa de todas las mujeres que engañan a sus maridos.

—Y, tienen razón;

un marido, con el hecho de ser tal, es un idiota;

casarse es la suma de todos los idiotismos.

—Gracias por los del Gremio...—dicen Melgar y Bacci, a la vez.

—Muy numeroso, por cierto, y, al cual pienso sumarme inmediatamente, que regrese a Italia, para lo cual, cuento ya con el permiso de Papá que no se opone a mi idiotización, que ha de producirme unos millones:

idiotizarse por dinero, es casi divinizarse;

y, como cuando un defecto es colectivo, se conviene en declarar que es una virtud; cuando yo me haya sumado al respetable grupo de ustedes, terminaré por confesar la virtud del matrimonio.—Y, se inclina ante ellos, como si los saludase.

—Y, ¿la del Adulterio?

—Persistiré en creer que el matrimonio sin el adulterio, es un incesto;

el coito de dos ángeles;

o, de un ángel y, un demonio, cuando el adúltero, es el hombre;

lo cual sucede a veces.

¿Verdad? Papá...

Doménico Saldini, hace el gesto de ocuparse en algo, y, guarda silencio, como si no hubiese oido la terrible alusion.

Y Carlos Bacci, como para desviar el dardo envenenado, pregunta:

—Y, ¿es bella la dama?

—Bella, como casi todas las de Teópolis;

bella y, perversa;

no hay un atractivo igual al de la perversidad, en una mujer;

tiene todo el encanto de la cercanía de un peligro;

de la perversidad, a la perversión, no hay sino un paso; y, la perversión, es un encanto prodigioso en la mujer que se nos entrega; es la fuente de mil sensaciones desconocidas, de mil matices de voluptuosidad ahogados bajo la mortaja gris, que es el placer en una mujer normal;

la perversión, da una vida centuplicada a todas las sensaciones;

es lo único que dá una como caricia de infinito, á los instantes tan fugitivos del placer...

—No, no;...

en el Amor, no hay nada igual a una mujer cándida.—dice Ovejero.

—La candidez, es una virtud de nieve;—replica Geróllamo, deseoso siempre de contrariar al viejo Maestro;

cuando la mujer, no es decididamente estúpida, la candidez, es en ella, un estado de alma que desaparece al primer beso de amor, como la virginidad;

la mujer que entra cándida en el Amor, es admirable;

la que se empeñara en permanecer cándida en él, sería insoportable;

hipócrita o imbécil;

y, tal vez ambas cosas a la vez.

—Pero, una mujer que olvida su dignidad...

—La dignidad, no existe ya sino en los Capítulos Metropolitanos, donde hay dignidades de toda especie, dignidad de Doctoral, dignidad de Deán, dignidad de Chantre; en fin, todas las dignidades posibles para cubrir muchas veces la indignidad.

—Pero, en fin, el Deber...

—Deber a su modista, es el único deber que entristece a las mujeres;

y, ese, como todos los otros, lo cumplen con dificultad.

—Y, ¿los deberes de la Religión?

¿no es usted religioso?

—Es uno de los pocos vicios que ignoro.

¿qué quiere usted? a mi edad no puede uno haberse corrompido absolutamente;

me queda aún un vestigio de honradez; inmediatamente que lo pierda, me haré un hombre religioso;

estaré ya maduro para todos los crímenes.

—Pero; ¿no cree usted tampoco en la honradez?

—La honradez, es una flor de amor propio;

no hay nadie, que no se crea honrado;

especialmente los pillos;

son ellos los que han decretado la honradez;

las gentes de Honor quedan fuera de la honradez;

son las únicas que no aceptan, la tiranía de esa hampa social, refugiada en los códigos...

nada ultraja tanto a un hombre inmaculado, como que digan de él, que es, un hombre honrado.

—¿Por qué?

—Porque eso que vulgarmente se llama la Honradez, no es sino una Hipocresía, o una Imbecilidad: siempre una Impotencia;

admirarla, es como admirar el silencio en los mudos, que lo guardan porque no pueden hablar; es algo semejante a la castidad de un eunuco.

—Y, ¿la opinión?

—La buena opinion que se tiene de nosotros, nos ultraja siempre.

—Y ¿la mala?

—¡Ah! esa es salvadora...

es el escudo de Aquiles;

no hay un hombre verdaderamente honrado que no tenga una mala reputacion;

es su sola defensa contra los buenos;

yo, aspiro siempre, a tener una mala reputación, para que nadie tenga, *en su fuero interno*, el derecho a despreciarme;

para no ultrajar a nadie, tengo siempre una mala opinión de todos;

es la sola razón que tengo para estimarlos.

—¿Habla usted en serio?—pregunta Ovejero, ya cansado de las paradojas insolentes del jóven.

—Hablar en serio, es cosa muy aburrida, y sobre todo, absolutamente inútil—dice Gerólamo sin parecer apercibirse de la gravedad asombrada del viejo artista, y, con igual desenfado, continúa en decir.

—Pero hay ocasiones, en que no hay otro recurso, que aburrirse y aburrir a los demás;

hay gente seria, a la cual hay necesidad de hablar en serio, porque es rebelde a toda espiritualidad; y toda forma de *esprit*, les parece una ofensa al sentido común.

—¿No ama usted, pues, la sociedad de las gentes serias?—pregunta Carlos Bacci, que al contrario de Ovejero, está encantado de aquellos fuegos de artificios verbales, en los cuales adivina claramente el designio de *epater le bourgeois*.

Y, Gerólamo, haciendo una reverencia, elegante, pero algo cómica, responde con su imperturbable ironía:

—Hay dos cosas, mi querido Señor, que trato de evitar siempe: las gentes solemnes, y las corrientes de aire;

tengo un miedo cerval a los catarros.

—Eso es, simplemente, monstruoso—murmura Ovejero, que continúa, cándidamente, en tomar en serio, las *boutades*, del jóven, que extrema su ironía, con el visible deseo de contrariarlo.

—Ser monstruoso, es la única manera de no ser vul-

gar — continúa Gerólamo, imperturbable, y, añade:— Monstruoso, en sentido ético, quiere decir: Excepcional; es decir: Ente Superior...

y, el Mundo no vive y no vale, sino por las pocas cosas *excepcionales*, que ha tenido, y, los pocos hombres *excepcionales*, que las han hecho.

—No le hagan ustedes caso—dice Doménico Saldini, viendo crecer la indignacion de Ovejero, ante las audacias desconcertantes de Gerólamo:—¿No ven ustedes, que con esas paradojas, no quiere sino asombrarnos?—y, sonríe complaciente a su hijo, cuyo talento halaga su orgullo.

Y, éste, añade, ocultando bajo un son de broma, su implacable acrimonía:

—Papá, se opone, a eso de lo monstruoso,—en el sentido que vulgarmente se le da—porque no quiere que ustedes supongan, que la ley de herencia es inevitable;

en cuanto a la Paradoja, encuentro que es la única forma soportable, de ese Espectro odioso llamado, la Verdad;

y, en cuanto al designio de *vous epater*, que mi caro genitor me atribuye, no tengo sino que decir, con el cura medio loco, que me enseñó el latín: *Magister dixit*;

lo cual, traducido por mí, quiere decir: *Papá lo dijo*.

—Hablemos de tus amores, mejor que de otras cosas que no sabes;—dice Doménico, entre cariñoso y, amostazado:

—El que no habla de lo que no sabe, tiene muy pocas cosas de qué hablar—responde el jóven—Y, en cuanto á hablar de mis amores, que parecen interesar tanto a ustedes, ¿qué puedo decirles, que no lo sepan ya?

que el único encanto de la aventura, está en que la mujer es casada;

que desprecia profundamente á su marido; el cual merece ese desprecio como todos los maridos engañados, y aun más, porque es ese producto inocuo y lastimoso de la Naturaleza, que se llama un Hombre Bueno;

que es tan perfectamente idiota, que como todos los maridos, destinados a llevar astas, tiene una fé ciega en su mujer, lo cual, cada vez que ella lo piensa y lo dice, le produce un acceso de risa, cuasi histérico...

que la razón primordial que tiene para despreciarlo, es, que la quiere mucho, y no la ha engañado nunca, y, ella me repite a cada momento que no hay nada más ridículo, ní más aburridor, que un hombre que ama a su mujer, y, no la engaña nunca, porque eso la impide interesarse por él;

yo, creo, que esa mujer, tiene razón, de odiar a un hombre tan insignificante y tan monótono, que según confiesa ella misma, avergonzada de esa humillacion, no le ha pegado nunca;

en cuanto a mí, yo, no lo encuentro tan nulo, porque le ha enseñado los últimos refinamientos del Amor, y aun del Vicio, lo cual hace de ella, una querida adorable;

y, yo le guardo gratitud por eso;
en ciertas cosas, ha sido mi Iniciador.

—Vamos, vamos, dice Doménico,—quitándose la blusa—Deja ese hombre, y vamos a comer..

—Al hombre lo dejo, porque no he tomado todavia, esa afición; en cuanto a la mujer, no te prometo dejarla.

Y, diciendo esto, entre la hilaridad general, ayuda a poner el abrigo a su padre, se deja poner el suyo por el *groom*, y, riendo todos, de las cosas escuchadas, abandonan el *Atelier*.

Doménico y su hijo entran en el automóvil del primero, dando la dirección de un *Grill Room*, donde el último, va a cenar en reunión de amigos;

y, en la noche creciente, el auto, entra en la fila de los otros y, desaparece, como un guijarro arrastrado por la corriente de un río.

En casa de la Marquesa Cleó;

no en el salon, abigarrado y tumultuoso, sino en la *Cámara Azul*, la bella cámara confidente de las ardientes citas amorosas;

un lujo regio;

el tapiz espeso, en el cual se hunden los pies, apaga todo ruido, acreciendo la atmósfera de silencio que envuelve la estancia, como en una nube de adoración;

por las ventanas enormes, que dan sobre un jardín, penetra, una luz blanca, incolora, tamizada por los *stores*, tupidos, y por la sombra de los espesos cortinajes de terciopelo azul adamascado;

la luz viene de un cielo muy lejano, desnudo de astros, porque al hundimiento lento del Sol no ha sucedido el cortejo de estrellas, que decoran el corazón frío de la Noche;

nubes vagabundas se dispersan en el espacio, como

escapadas del cortejo fúnebre, que ha acompañado al Sol muerto, a su tumba transitoria;

de los jardines cercanos, sube un himno de Silencio y Soledad, que es como la jaculatoria, de las últimas rosas, que el sol caduco de Noviembre, se empeña en hacer vivir con sus besos sin calor;

esa inclemencia de afuera, hace más bella, la intimidad cariñosa, que reina adentro;

hay un bello desorden, en ciertos objetos, y, en los muebles, que parecen felices de su complicidad;

sobre un sofá, un traje de mujer extiende sus ricos paños, forrados en una seda suave, que parece besar con fruición el peluche del mueble que le sirve de sustento;

una falda también de seda ornada abajo con encajes, de *Alençon*, hace visos moaré, sobre las otras telas, y, ampara en sus pliegues, un corsé de brocado finísimo, cuyo varillaje conserva aún las formas del cuerpo encantador que lo ha llevado;

al pie del sofá, y cerca a un sobre-corsé de batista adornado de encajes, que ha rodado al suelo, un par de botas de mujer en tela clara con guarniciones de charol sirven de sostén, a un par de medias de seda, de un color rosa tan pálido, que se diría, una piel de hembra, aun cálida y perfumada;

ropas de hombre, de una elegancia perfecta, se ven colgadas a un ropero de pie;

todas las cosas parecen impregnadas de un deseo de amor;

sobre la mesa de *toilette*, los frascos en desorden, muchos de ellos destapados, dejan escapar olores fuertes que saturan el aire de un ambiente de voluptuosidad;

sobre la mesa central, abierto, un pequeño *nécessaire* de mujer, luce sus objetos, en viejo argento, ya de un color broncíneo, adornados de una corona condal;

de algún mueble primoroso y mal cerrado, se escapa el olor penetrante, de esas sales, que las mujeres usan para los cuidados de su higiene íntima;

sobre un pequeño tocador, adornado de tules, que lo hacen desaparecer como envuelto en nubes cándidas, una Psiquis de metal, sostiene un espejo que reproduce un gran ramo de violetas, que languidecen allí, en una tristeza claustral;

el lecho, un lecho monumental, cuyas ropas, más que verse, se adivinan en desorden, está oculto, por las grandes cortinas de sèda azul, que alguna mano pudorosa ha corrido, para ocultar el sugestivo espectáculo de ese reciente campo de batallas;

en esa atmósfera tibia y perfumada, sentados en sendos sillones, la Condesa Georgina y Gerólamo Saldini, se reposan de un reciente encuentro de Amor;

ella viste un amplio peinador de encajes, aplicados en seda roja, y bajo el cual se dibuja el cuerpo perfectamente desnudo;

las mangas son tan anchas, que se le ve hasta el nacimiento del brazo, que parece surgir de un cáliz de lis;

tiene las piernas cruzadas, la una sobre la otra, y, en el extremo de un pie hace mover una zapatilla roja, primorosamente bordada, y que por su pequeñez, parece robada al ajuar de un niño;

él, viste en *pinjama* de seda, amarilla, color de paja seca, con aplicación de cordones blancos, de una absoluta simplicidad;

sus pies, desnudos de calcetines, llevan unas pantuflas en cuero claro, algo semejante al color del traje;

ambos fuman cigarrillos de Oriente muy delgados, que llenan la atmósfera de un delicioso aroma;

ella, hace mohínes de *gaminerie*, encantadora, cuando arroja al aire, la columna de humo azul, que se descompone luego en un penacho amarillo color de azufre;

ambos arrojan la ceniza en un mismo cenicero de cristal, que tienen en la mesa cercaña, que está entre los dos, y en la cual se ve aún el servicio del té, que acaban de tomar;

él, un poco soñador y fatigado, se complace en ver el humo azul de su cigarro, perderse en el espacio, como un convoy de ensueños;

ella, insensible a toda fatiga, se divierte en bromear con él, ensayando aún posturas provocativas;

se tutean entre sí, porque sus relaciones, son ya más que un *flirt*, son un *collage;*

han llegado a ese grado de intimidad a que llegan los amantes, cuando han agotado ya, la gama de todos los placeres;

sus cuasi diarias entrevistas, en aquella misma cámara, que han tomado como el cuartel general de sus batallas de amor, han engendrado esa confianza encantadora, que se parece tanto a la lealtad, en los amores que son jóvenes;

al hábito de ofrecer sus cuerpos desnudos, sigue el de mostrar sus almas desnudas, con esa atmósfera de confianza, que es siempre la aurora de todas las traiciones;

y, ellos se hallan ya, en el período peligroso de las confidencias, que conduce directamente, al período desastroso de las infidencias.

—¡Qué bien estamos aquí!—dice él, con una voz indolente y, sin embargo apasionada—habiendo prescindido de ese horrendo cuadro de Carnaval, que es el salón de la Marquesa;

¡cuánto mejor estamos en esta cámara azul, color de cielo, donde tus desnudeces de alabastro, hacen palidecer de envidia a las estrellas, y los crisopáceos de tus ojos, se hacen fúlgidos, como en el seno de un crisol;

¿por qué tus labios, tan pequeños fuera del lecho, se hacen en él, ilimitados y ardientes, como las rojas riberas de una mar ecuatorial?

y, así diciendo la mira con avidez, como queriendo excrutar en el misterio tenebroso de sus ojos;

ella sonríe, feliz de verse adorada y de escuchar la música de aquellas frases que acarician tan dulcemente su sensualidad;

y, con una voz de niña mimada, dice, respondiendo a la primera parte de las observaciones del joven.

—No podemos hacer otra cosa, porque si Cleo, nos facilita esta habitación, no es sólo por el dinero que por ella le damos, sino con la condición tácita, de asistir a sus recibos, en calidad de reclamo aristocrático, y como yo, según la ley, conservo aún mi título, una corona condal, es siempre un adorno, aunque sea en el fondo de un vaso de noche.

—Como el Salón de la Marquesa.

—Ese es una *ménagerie*...

—Sin más fiera que ella;

lo demás, es una colección de asnos y de Zorras.

y, no lo digo por ti, *cara mía;*

como tampoco por mí;

convengamos acá entre nos, en que tú y yo somos una Virtud y un Genio, condenados por la Fatalidad, a servir de fondo de tapicería, a esa vieja cocota, en tren de devorarse a su viejo General, que parece ya cadáver;

¿no has visto cómo arrastra los píes?

—Sin arrastrarse, no habría podido ascender tanto, ni llegar a ser lo que es, en Teópolis;

aquí, no suben sino los rampantes.

—Como en todas partes;

¿has estado en Roma?

—Sí.

—¿Recuerdas la *Scála Santa* en *Santa Croce*, que no se sube sino de rodillas?

así la política;

en ella, las alas están destinadas al fracaso;

sólo las vértebras triunfan.

—Y, ya ves cuántas cruces tiene el General, y cuántos honores.

—El pecho de los cortesanos, no es ya el Calvario donde se clavan las cruces, sino el estercolero donde se pudren;

en política, es cuando un hombre ha perdido el Honor, que se le conceden todos los honores.

—¿No amas la Política?

—¡Qué horror!...

yo, tengo una alta idea del decoro personal, para amar la Política;

un político profesional, es algo tan despreciable, que no puede ser ni calumniado.

—Pero, dominar;...

dominar es bello...

—No se manda a los otros hombres, sino a condición de despreciarlos;

y yo, no los desprecio aún bastante, para pensar en hacerme su Amo;

todo Dominador es un esclavo de aquellos que domi-

na, como todo Conquistador es un esclavo de su Conquista...

—Yo, sí;

yo, amo la Política.

—Porque las mujeres aman todas las formas de la Prostitución, aunque no las practiquen;

y la Política, es la más poderosa de todas ellas.

—Y, no somos nulas en ella.

—Nulas, no;

fatales sí;

como en todo;

la Mujer no sabe ejercer otro Poder, que el del Amor;

y, aun, de ese, abusa lamentablemente.

—¿Por qué ciertas virtudes del Hombre, al pasar a la Mujer, pierden su esencia?

—Por las mismas razones que las esencias al cambiar de envase;

pero, los hombres, no tenemos virtudes, sino, instintos aguzados.

—¿Y, las mujeres?

—Instintos primitivos, sin modelación ninguna;

la Mujer por refinada que sea, es siempre primitiva;

refina sus costumbres, no sus instintos;

en la escala de la Creación, la Mujer, es, el único sér que no ha cambiado de sitio...

los siglos, han talado las selvas del Paraíso, pero, la

serpiente queda en el mismo sitio, enrollada a la misma rama, en actitud de acecho.

—¿No amas la serpiente?—le dice ella, con un guiño lúbrico en los ojos.

—Sí;—responde él;—Es lo único que amo en la Vida

ese amor es mi sola esclavitud...

es un tirano tan bello...

Y, le envia un beso en la punta de los dedos;

ella, hace el gesto de recogerlo en el aire;

y, como si lo hubiese aprisionado en la mano, la lleva a su boca, y, le envía otro, con un gesto travieso de *gamin*;

y, luego dice:

—¿No amas tampoco el Arte?

—¿El Arte?—dice él, irguiéndose en el sillón, como si lo hubiese picado un áspid—¿El Arte?... ¡Ah! no; no;

tengo un odio ciego, al Arte y a los artistas;...

un odio que radica en lo más hondo de mi sér, como en el fondo de un estero letal, que llena el aire de miasmas mortíferos;

un odio que me hace ciego, con ceguera de sangre en las pupilas...

el único sér que odio en el mundo, es un artista...

lo odio por mí; y, lo odio en nombre de seres que ya duermen bajo la tierra, y, que me dejaron ese odio por legado;...

no haberlos vengado, es toda la tristeza de mi Vida...

no puedo matar ese sér, no puedo herirlo...

¿cómo le hiciera yo, un mal tan grande como el que él hizo a otros corazones?

Y, cual si continuase en dialogar consigo mismo, en un diálogo interior y profundo, se hace serio y, trágico, deja de hablar, y, por sus pupilas, pasan los relámpagos de una tormenta interior, llena de presagios;

con ese instinto adivinatorio, que el amor da a la Mujer, para leer en el alma del ser amado, ella comprende que un ciclo de tragedia embaraza y llena el alma de su amante con un tumulto de atávicos rencores, y, como para calmar el espíritu de aquel que ya empieza a amar locamente y, apartarlo del horror de sus visiones, dice con una voz lánguida que es como una caricia musical y, los ojos llenos de una ternura capaz de desarmar todos los rencores.

—Pero, todo en ti, delata al Poeta;

¿no amas la Poesía?

—¿La Poesía?—dice él, como si volviese en sí, feliz de despertarse de un sueño atroz;—Sí;... tal vez...

es una enfermedad de espíritu que he sentido en ocasiones;

ahora mismo, en estos días, he escrito un Poema, a cuyo Héroe, a semejanza de aquel del Ególatra de Weimar, le fué concedido el privilegio de convertir en oro, todo lo que tocaba; por lo cual, tenía que comer, que beber, y que vestir por manos ajenas;

feliz de ese privilegio, que lo redimía para siempre de

la miseria en que había vivido, regresó a su aldea, de donde había partido tan pobre, y, donde lo esperaba el sér que más amaba sobre la Tierra, una mujer de la cual su infinita pobreza lo había separado, y, a la cual pensaba unirse para siempre;

ésta, vino a su encuentro;

y, él, olvidadizo de su don fatal, la abrazó;

y, ella, quedó convertida, en una estatua de oro entre sus brazos.

—Simbolismo encantador...

—Sí;

el Símbolo de lo fatal que es realizar sus sueños;

pero, ¡ay! la mayor parte de ellos, no se convierten en oro, sino en cenizas...

el Tiempo, es un sepulturero de sueños;

sólo son bellos, y no sufren ese destino, aquellos que como el de nuestro amor, se circunscribe a unas horas de placer, y se disuelve en una lluvia de besos.

Y, como si se hubiesen disipado por completo, las últimas nubes de su odio taciturno y, feroz, la mira con una gran ternura, pero una ternura toda sexual, como surgida al recuerdo de aquellos besos;

un poco de Piedad hay en esa mirada, porque aunque muy joven, comprende que es amado, y, que esa mujer sufre de la ligereza de ese amor y de la visión de su próximo fin.

—Pedimos bien poco al Destino—dice ella, con una

voz profunda, en la cual parece haber muerto toda su habitual ligereza.

—El lecho de la Marquesa... murmura él, con un acento en que a través de su implácable ironía, vibra un poco de emoción, y, añade como si hablase consigo mismo:—A veces, me tortura la idea de que ha de acabar tan pronto nuestro Placer.

—Y, ¿por qué no decir nuestro Amor?—murmura ella, como trastornada por la crudeza de esa frase.

—Porque es tan triste hablar de un Amor que va a morir...

—Amor que vivió lo que las rosas;...—Y, diciendo así, fija sus bellos ojos, en aquellas que languidecen en los vasos de cristal, como enojadas de vivir su vida estéril, lejos de los jardines y, del sol, sin recibir el beso de los céfiros, que traen en sus alas el polen fecundante;

esas rosas, ya no dan sus perfumes;

se mueren dolorosas, prisioneras en su cárcel de alabastro...

sus pétalos tienen palideces de astro muy lejanas; y, son por su candor, como hermanos de un jazmín de Malabar, blanco anémico, que se consume, en una consunción de tísico, en un vaso hecho de un onix incrustado en metal blanco;

las violetas al pie de la Psiquis, palidecen, e inclinadas en su languidez marchita, evocan la idea, de un grupo de monjas ursulinas, de rodillas al pie de un Cristo desnudo.

—Yo, al partir—dice él, entrecerrando los ojos, como si viese extenderse ante ellos un largo camino sin árboles, en un horizonte de desolación:—volveré a caminar en mi soledad.

—Y, yo, volveré a entrar en la mía, la más terrible de todas, aquella que el Poeta llamó: *la Soledad de dos en compañía*—dice ella, haciendo un gesto, como para retirarse del contacto de otro cuerpo que le fuera odioso...

—¿Y, tu marido es rico?

esa es una pregunta de *souteneur*, ¿verdad?

a mí, me es indiferente que sea rico;

me basta con serlo yo;

pero, te hago esa pregunta para poder hacer una frase, y decirte que si es rico, tú te quedas con tu asno de oro, y, yo, me voy a abrazar mi estatua de oro.

—¿Cómo así?

—A casarme con mi prima Olga, una pava nacida en nido de *hobereau*, mitad austriaca, mitad italiana, rica, desagradable y austera, que estaría mejor en un convento, pero cuyos padres de acuerdo con mis abuelos, han resuelto adjudicármela, en unión de sus millones;

y, como no hay manera de tomar éstos, sin tomarla a ella, he resuelto sacrificarme *ad vitam*, y, me caso.... querida mía, me caso con los millones.

—¿Es bella?

—¿Quién?

¿mi estatua de oro?...

como persona física, no está mal...

tal vez tendencias a una gordura hereditaria; la misma que da a su madre, mi respetable tía, la figura de un prior;

pero, mejor así;

será con el tiempo, una estatua de oro, repujada;

si para entonces le queda oro...

porque pueda ser que yo, la aligere un poco.

Y, rió, con una sonrisa aguda, que en el fondo era mala.

—Y, ¿por qué no la amas?—dice ella, de una manera irreflexiva, y, como si pensara tal vez en otra cosa.

—¿Crees que si la amara me casaría con ella?...

la raptaría o la violaría...

pero mancillarla con los besos oficiales, los besos lacios y fatigados del matrimonio...

eso... jamás...

el Amor, no es delicioso y soportable sino así, como el nuestro... una aventura encantadora, de la cual se lleva siempre un recuerdo que es como un perfume exquisito, que nos acompaña toda la Vida...

—*On badine pas avec l'amour*;—dice ella, levantando su dedo, en una actitud doctoral, que la hace cómicamente encantadora, como ciertas estampas del niño Jesús, predicando en el Templo.

—*C'est vrai*; *mais quelque fois, c'est l'amour que babine avec nous*—responde él, y añade, con un acento de absoluta certidumbre:—El Amor, tomado en serio, pierde todo su encanto...

—¿Lo crees?

—Sí;

el Amor, no debe de pasar de lo que es en sí; un instante de Voluptuosidad, una sensación de la espina dorsal;

desde que sale de ahí, entra en el drama o en la tragedia;

y, eso, es horrible.

—Tal vez eso es lo malo del Matrimonio, que se empeña en tomar el Amor en serio, haciendo un deber permanente, de lo que es una sensación pasajera;

por eso, todo matrimonio es, o un drama vulgar, o una tragedia desgarradora.

—Lo malo del Matrimonio, no es el Amor o el Desamor; lo malo, es: el Matrimonio;

esa Trata de Blancas, a domicilio, con el Código en la mano, y un Cura por testigo, es algo muy sucio y muy abominable.

—Sí;—dice ella con amargura, y un gesto, en el cual se trasluce una impresión de asco.—Es la tumba del Amor;

siempre al casarnos, creemos poder amar al marido y, no lo logramos;

y, al abrazarlo, no abrazamos sino la sombra del amante, que hemos dejado, o que buscamos;

saber que es nuestro a perpetuidad, es lo que hace odioso al marido...

por eso, sólo los maridos muy infieles, logran ser amados de sus mujeres;

y, lo son con delirio;

con el amante, pasa todo lo contrario...

principiamos haciendo lo posible por no amarlo; y acabamos por adorarlo ciegamente;

como sabemos que no nos pertenece y que hemos de perderlo, su amor se hace el solo objeto, y el solo encanto de nuestra Vida;

el Amante, es la revancha del Marido...

Y, así diciendo, sus ojos se hacen tristes, como un piélago sin sol;

y, por hacer algo, sacude con mano indolente los encajes que cubren la seda de su peinador, y queda soñadora y ensimismada.

El, la contempla un instante, como feliz de verla sufrir, torturada por sus recuerdos;

y, luego, le pregunta con esa indiferencia cuasi agresiva, que le es habitual:

—¿Por qué no amas a tu marido?

¿es muy malo?

—Si fuera malo, lo amaría tal vez...

un hombre malo, es algo atractivo y peligroso, como un abismo.

—En el mundo, no hay atractivo, sino el Mal;

el Bien,—si existe—es algo inocuo, que nos fastidia horriblemente, sí por desgracia, caemos en él.

—¡Ay!—suspira ella—Y, mi marido, es ese algo insoportable, inocuo, que se llama un hombre bueno;

el marido amante e ideal, que todas las mujeres soñamos, y que al hallarlo, no podemos ya soportar;

el Matrimonio, es la muerte del Ideal; la muerte del Amor...

morder todas las noches en la misma manzana del Paraíso, y ver que es una manzana en podredumbre, una manzana fétida, como hallada en un estercolero...

¡uf! ¡qué asco!...

Y, al decir así, su pequeña boca se arquea, como para escupir algo, y, todo su rostro toma un aspecto de repugnancia tan grande, como si acercasen a sus labios, las carnes pútridas de un cadáver,

él, la mira así, estremecida bajo el horror que le inspira el recuerdo materializado de sus noches de himeneo, del amor apurado en esa copa de maldición, que es la boca de un sér que odiamos; el recuerdo de esa piara infecta, que es el lecho conyugal, cuando el mutuo amor no viene a purificarlo de sus inmundos contactos;

y, siente compasión de ella, de su doloroso pasado, del horror de sus noches por venir;... de ese sucio y afrentoso Calvario, que le tocará remontar tal vez esa misma noche, pocas horas después de separarse de sus brazos;...

y, piensa que no debe haber martirio igual a la crucifixión de una pobre mujer, bajo el contacto repugnante de los abrazos y los besos de un hombre que detesta;

y, la visión de ese martirio lo hace tierno, de una ternura cándida, por aquel sér tan frágil y, tan bello, que se entristece allí, cerca de él, mordido por los recuerdos, como por una partida de chacales que depedazasen su corazón;

y, apartando con cuidado la mesa que los separa, acerca su sillón al de Georgina, toma la mano que permanece inerte como perdida entre los encajes del peinador, la lleva a sus labios y, la besa dulcemente, suavemente, en un largo beso, que se parece mucho a un primer beso de amor;

ella, lo mira agradecida, encantada, como sintiendo el consuelo que el contacto de aquellos labios, extiende por todo su sér, como una onda de pacificación y, de armonía;

de todas las cosas, palidecidas en el crepúsculo, parece escaparse el gesto de una caricia inmaterial, un hálito de amor sereno y reposado;

ganado por la emoción de la hora, le dice, con una voz conmovida, que ella no le había oído nunca:

—¿Eres muy infeliz con tu marido?

—Sí;

porque es incapaz de hacerme sufrir con algo que no sea con su presencia;

¿cuándo comprenderán los hombres que en nosotras el Dolor es una necesidad, y, no guardamos gratitud, sino a aquellos que nos hacen llorar?

nunca es más bello un hombre a nuestros ojos, que cuando lo vemos a través de las lágrimas, que sus ultrajes nos han hecho verter.

Y, la Condesa calla taciturna, veladas las ágatas de sus ojos, por la densidad de las pestañas, que son como follajes de seda, fijas sus miradas en los grandes ventanales, como queriendo absorber el alma del crepúsculo que se rompe en los cristales, en una débil irisación de rayos pálidos y, mortecinos, hecha de la esfumación de todos los colores del prisma...

en esa pausa cálida, parece oirse volar la ronda acelerada de los recuerdos...

en la tiniebla naciente, las cosas semejan tener una flúidez cariñosa, que las hiciera inclinarse ante ellos, como para escuchar lo que dicen...

un perfume anónimo formado de los que se escapan de los diversos frascos abiertos, impregna la atmósfera, haciéndola enervante;

como por un mutuo y, tácito convenio, no encienden las luces;

se sienten bien en esa semiobscuridad cómplice, que hace aparecer los objetos como envueltos en una nube color de ópalo;

él, apenas alcanza a divisar su compañera silenciosa, y, se conforma con acariciarle suavemente la cabeza, como a un niño dormido...

el Silencio y, la Soledad, que los envuelven y, los ro-

dean, como olas de una invisible mar invitan a las confidencias;

y, él, tocado de ese deseo, y como para romper la mudez taciturna de su amante, uniendo el hilo del diálogo interrumpido, dice:

—Y, ¿no has amado nunca a tu marido?

—Nunca—responde ella, con una voz cavernosa, que parece subirle de lo más hondo de las entrañas.

—¿Nunca?

y entonces, ¿por qué te casaste con él?...

—Porque esperaba amarlo;...

además;

la Vida tiene terribles emboscadas; siniestras imposiciones;

hay puntos de intercepción en nuestro Destino, que cambian por completo el rumbo de nuestra Vida, y deciden de ella;

mi segundo matrimonio ha sido eso...

la Necesidad me arrojó en ese abismo...

—¿Cómo así?—dice él, súbitamente interesado, en la historia de aquella mujer, en su pasado obscuro, en el cual siente como la fascinación de un terrible secreto.

—¡Ah!—dice ella, con una voz que su tristeza engrandeciente hace trémula—A la muerte de mi primer marido, yo, quedé huérfana de un gran Amor, del Amor más grande de mi Vida;

yo, le amaba con delirio, y, él, merecía bien, ser amado;

no tenía yo aun diez y seis años, cuando él, llegó en un viaje de placer, a nuestra pequeña ciudad, enclavada en el corazón de una provincia montañesa;

como todo viajero de distinción, la primera casa que visitó fué la nuestra, por ser la de la familia más notable y acaudalada del lugar;

mi padre, era el más rico terrateniente de aquellas zonas, y político de grande influencia y, cierto renombre; siendo diputado al Congreso aquí en Teópolis, había conocido, al entonces ya difunto padre del Conde, y ligádose con él, en grande amistad;

por esta razón el hijo fué espléndidamente recibido entre nosotros;

desde el primer día, fijó los ojos en mí, con tal persistencia, que me hizo enrojecer;

demoró su viaje por unos días; se hizo asiduo de la casa, y, terminó por pedirme a mi padre, en matrimonio;

éste aceptó halagado, feliz de verme entrar en las filas de la nobleza, de brazo del Amor;

fué en el jardín de la casa, una tarde inolvidable para mí, en una avenida de rosales adolescentes, que él, me hizo la confesión de su amor, después de que mi padre, le había ya concedido mi mano;

en aquel momento, pude hacerme a mí misma la confesión de que lo amaba; tal fué la sensación de ventura que me poseyó, al saberme amada por él, y ver que iba a ser su esposa;

te hago gracia de los días de deliciosa inquietud que precedieron a mi matrimonio;

celebrado éste, nos trasladamos a Teópolis, donde una vida de ventura, que parecía interminable, principió para mí;

ya, te he dicho, que yo adoraba mi marido; y, él, era digno de ser adorado así;

joven, bello, rico, tenía todas las condiciones para serme infiel;

y, en efecto lo fué,

pero, con tal tacto, tal discreción, que nunca pude yo, hallar las pruebas de su infidelidad, ni sorprenderlo en ella;

además, no era hombre que hubiera toleradó un escándalo, ni siquiera el saber que yo hacía gestiones para descubrir unos amores suyos;

me amaba sí, pero me tenía dominada por su voluntad de hierro;

yo, era para él, una niña, y, como tal me trataba; dándome gusto en todo, pero reprimiendo mis caprichos, cuando eran irrazonados y, voluntariosos;

así, éramos felices;

y, esa ventura, se rasgó de súbito, como un horizonte de estío, desgarrado por un rayo;

un día, después de prepararme, algunos amigos suyos, para el terrible golpe, haciéndome creer en un accidente de caza, trajeron a mi marido muerto;

se había suicidado en un Círculo aristocrático del cual era miembro, y al pie de una mesa de juego, en la cual acababa de perder los últimos restos de nuestra fortuna;

hasta entonces supe, que el juego era su pasión dominante;

pocos días después de muerto él, me ví en lucha despiadada con nuestros acreedores;

mi padre, había muerto también; yo, no tenía hermanos, no tenía nadie que me defendiera, y fuí cruel e ignominiosamente despojada de todo...

viviendo de una pequeña renta que mi madre me mandaba, por caridad, pues yo, no tenía derecho a nada, porque todo mi dote había sido entregado a mi marido, quien había comprometido en parte el Haber familiar con sus locuras, la pobreza me sorprendió en plena juventud, y, en pleno hábito del lujo;

no tuve el valor de soportarla honradamente y tuve amantes titulados, amantes de mi mismo mundo social, que proveyeron espléndidamente a mis necesidades y aun a mis caprichos;

deshonrada por las murmuraciones, no tenía ya probabilidades de un segundo matrimonio, con hombre alguno de nuestra sociedad, cuando se presentó rendidamente enamorado y, pidiendo mi mano, un extranjero, que se decía titulado, rico, bello aún, y artista de gran renombre;

lo acepté, como un cabo arrojado por el Destino en mi naufragio, que parecía inevitable;

pero ¡ay! las playas a que llegué, no fueron las de la felicidad;

yo, no he podido amar a mi marido;

un gran odio irrazonado ha suplido al amor que yo debía tenerle;

su amor se me ha hecho una cadena...

mi casa, no es para mí un hogar, sino un presidio;

y, no sé cómo libertarme, cómo escapar de él;

—Huye...

¿Adónde? ¿con quién?

Un silencio profundo sucede a esta pregunta; un silencio tan grande, que parece que ambos estuviesen ausentes...

la sombra se ha hecho densa y, sus figuras se adivinan más que se ven en las tinieblas donde las ventanas abiertas sobre la noche, parecen bocas de muertos, abiertas sobre el Infinito Impenetrable;

al fin él, pregunta lentamente, como si quisiese aprisionar las palabras, más bien que dejarlas salir:

—¿Qué Arte, ejerce tu marido?

—Es un gran Pintor, retratista de la Corte; premiado en varias exposiciones nacionales y extranjeras; es una reputación mundial...

—Y, ¿cómo se llama tu prodigio?—dice él, con una voz, en que pareciendo temblar el celo, tiembla la incertidumbre prisionera del sarcasmo.

—Doménico Saldini, Barón de Pieltralta, natural de

Nápoles; tú debes conocerlo siquiera sea de nombre, porque es italiano.

La tiniebla es salvadora, porque oculta la emoción pintada en el rostro de Gerólamo al oir el nombre de su padre;

se hace extrañamente pálido;

pero conserva bastante dominio sobre sí mismo, para ocultar su turbación y, decir con una voz que aspira a ser tranquila...

—Sí, creo haberlo oído nombrar aquí, en el Círculo;

es un viejo pintor muy conocido;

en cuanto a ser italiano, no es una razón para que yo lo conozca, porque yo, no tengo obligación de llevar conmigo un censo de emigrantes;

yo, sé de muchos que han salido de Italia, huyendo a sus delitos;

no son una buena compañía, en el extranjero.

Y, luego, como si sintiese que allí se ahoga y, tuviese necesidad del aire libre, dice, besándola tiernamente:

—Es ya hora de irnos;

van a ser las ocho...

—¿Las ocho?—dice ella alarmada—Es hora de entrar en casa.

—Ya debe estar en ella tu divino Pintamonos...—murmura él, ya en plena posesión de su sarcasmo habitual;

y, dirigiéndose a la llave de la luz eléctrica, le da vuelta...

todas las cinco luces, de la lámpara central, se encienden, llenando la habitación de una luz fúlgida, que da un reflejo marescente sobre todos los objetos en desorden;

esa luz, les hace tomar conciencia de sí mismos, pues ella, se ve desnuda bajo su peinador, y, se apresura a acercarse al sofá en que están sus trajes, para vestirse apresuradamente;

él, cierra las grandes ventanas, y, se viste también;

la ayuda luego, a ceñirse el corsé, amarrándole los cordones, y poniendo un beso en la nuca adorable, donde juegan rizos locos;

ya vestida, ella se acerca al espejo, para arreglarse los cabellos;

toma de su *necessaire*, la *boite a poudre,* y, extiende una ténue capa de ellos, sobre su rostro más blanco que los polvos mismos;

se pone el sombrero;

él, la ayuda a fijarse el velo, no sin besarla en la boca, antes de que la blonda oculte el bello rostro;

ella, sale adelante;

él, la sigue; no sin citarse antes, para su próxima entrevista;

ya en la puerta, de la casa se despiden en francés:

—Au revoir.

—Au revoir.

—Au jeudi...

—Oui oui...

Y, él le envia un beso en la punta de los dedos...

la sigue con la vista, hasta verla tomar en la esquina, un coche de punto;

él, continúa a pie, por la acera, ya iluminada por los fanales de gas, y, las luces eléctricas que brillan en los escaparates de las tiendas;

un goce indecible lo posee;

no percibe los contornos de los seres y de las cosas;

y, la calle misma se le aparece, como una inmensa arcada de sueños, coronada por un laurel de Triunfo...

todo parece ser un aguijón a su ventura, hasta la misma sombra de la Noche que cae como un manto sobre el oro centellante de las avenidas tumultuosas, hechas un río humano de venturas y de miserias...

y, así, tarareando, muy bajo, una aria de alegre música entra en el «Círculo de los Bohemios»;

y, desaparece tras las puertas de cristal, que manos de lacayo cierran suavemente.

En el *Atelier* de Doménico Saldini;

mañana espléndida y fría, de una esplendidez de cristal trasparente y suave;

afuera, un cielo límpido y blanco, uno de esos cielos que por sus decoloraciones parecen ácromos; y son tiernos y son tristes, como la sonrisa de los seres enfermos que se sienten irremediablemente perdidos;

el invierno, llegaba sobre Teópolis, con tibiezas primaverales, y las alas de nieve, teñidas en un suave bermellón;

había temblores de oro en las ramas de los árboles desnudos, en las cuales cantaba el viento la Elegía de las hojas muertas;...

nubes friolentas se deslizaban bajo el cielo claro, en un ritmo lento, ajeno a todo vértigo, como si el aire al tocarlas las besara sin empujarlas;

adentro, era como una locura de luz, entrando por las

grandes ventanas, para envolver en una caricia adamantina, los objetos, en artístico desorden;

se diría que un ritmo musical presidía la colocación de esos objetos, tal era la euritmia, la armonía de los contornos y de los colores, que reinaban en aquella sabia decoración;

agudos de un música bárbara, parecían reposarse, en ciertas telas rojas, bordadas de pájaros lacustres y, palmípedos enormes, con hilos de oro mórbido, hecho broncíneos por el paso de los años...;

se esperaba ver surgir una danza de guerreros indios en torno a aquellas telas purpúreas, color de sangre y fuego;

se ostentaban extendidas en grandes atriles, que desaparecían bajo los pliegues de las telas flexuosas y pesadas;

en el cándido azul de otras, se diría oir llorar las tristezas de Beethoven, sobre la blancura de las rosas, tan pálidas, que parecían reproducir la palidez de las manos que las habían bordado; tal vez las manos de alguna novicia sentimental, que coronaba con esas rosas, la frente de un difunto amor...;

sobre una capa pluvial, color violeta, donde la paloma eucarística, abría alas de ámbar, prisionera en un triángulo de argento cándido, semejaban vagar los trémolos coléricos de Palestrina, en una lluvia de furentes melodías;

había una casulla blanca, que empezaba a tomar tonos

tiernos de marfil, y en la cual, una sola rosa, enorme, que había sido púrpura, se mostraba ahora, de un palor violáceo, como un corazón exangüe, conservado en alcohol; sobre ella, el alma tierna de Schubert, parecía verter sus *lieds* más apasionados, como una lenta lluvia de lágrimas de amor;

sobre una gran mesa central, donde a las marcasitas fosforescentes, se mezclaban los azulejos vívidos, los grandes cabujones, semejantes a coágulos de sangre, los carbones diamantinos del Brasil, y las esmeraldas vírgenes de Muso, aun sin pulir, se verían unidos a los más toscos minerales, las piedras preciosas en estado embrionario, fragmentos de estalactitas y cristales, y los más raros moluscos petrificados, luciendo caparazones multicolores, que semejaban gemas magníficas;

sobre esa mesa, el sol hacía irisaciones infinitas, y las piedras, aun aquellas incoloras, parecían agradecerle esa caricia, lanzando hacía él, la gama cromática de sus coloraciones;

las tapicerías colgadas a los muros, copiaban todas, frescos pompéyanos, y sólo una había, en que el pincel de Orcagna, aparecía reproduciendo, una escena tomada a los muros del Campo Santo, de Pisa;

bajo la arcada de la ventana central, una columna de mármol, sostenía una urna de alabastro, que proyectada en el suelo, dibujaba la pureza de sus líneas, con una gracia floral;

los retratos pendientes del muro, parecían comunicar al salon la austeridad de sus colores velazquezcos y riberianos; maneras picturales, tan queridas al Maestro que los había pintado;

en el *Atelier*, el desorden, era mayor y más artístico;

en él, se adivinaba al Artista, en diaria comunión con sus modelos y sus obras;

modelajes, esbozos, y, obras inconclusas, por todas partes;

junto a un lienzo inacabado, con una imagen, apenas delineada al *crayon*, una copia en colores y ya muy avanzada, de los *Tisserands*;

cerca al modelaje de un Mercurio, cuyas blancuras acariciaba el sol, como deleitándose en el frágil prodigio de sus formas inconclusas, la máscara rota de un Apolo, que parecía sonreir en su agonía;

sobre una marina levantina, en la cual, los tonos de un azul delicuescente, se infiltraban del rojo solar que decoraba el horizonte, y semejaba hecha con vino del Vesubio, la luz blanca y ténue, daba opacidades lácteas, que cristalizaban las perspectivas, y la hacían aparecer como incrustada en un crisopacio transparente;

más allá, el arco roto de un puente, sobre el cual volcaban las olas, con una furia, que parecía oirse rugir;

ruinas de un acueducto romano, que en la tristeza patricia de los paisajes del *Agro*, semejaban un criptopórtico de estaláctitas iluminado por una luz solar;

una cuádriga apolínea, en las crines de cuyos corceles, la luz se placía en jugar, como si los acollarara, con un cintillo, hecho de conchas de nácar, mientras ceñía, con una corona de abejas de oro, las sienes apolónidas, y, las melenas hirsutas, apenas esbozadas en el tosco modelaje;

sobre un caballete, un retrato de mujer, con la insolencia cuasi desnuda de una belleza, que aspiraba aún a ser irresistible...

sobre una mesa muchos desnudos de mujer, al *crayón*...

en un ángulo de la pieza, una Santa Bárbara, encargada por los alumnos de la Escuela de Artillería;

aspiraba a ser una copia de la de Palma, el viejo, que yace en la Iglesia de Santa María Formosa, en Venecia; era concebida en la misma manera heroica, pero, menos mística y más humana, tremolando su palma, como una bandera de guerra, sobre un polvorín en explosión;

todo el refinamiento del genio toscano, parecía condensarse, en una copia de Botticelli, uno de esos paisajes de ensueño, en que los objetos se desmaterializan, los horizontes se hacen remotos, y se diluyen, como en una visión de éxtasis;

daba tristeza, ver ese pedazo de campos y de cielo toscanos, arrojados por tierra en el lienzo inerme, como condenados al exilio y al olvido, con la copia de una Madonna de Duccio, que le estaba al lado, toda nimbada de oro y rojo, como surgiendo en una aurora tropical;

en medio de ese sabio desorden, y, como complacién-

dose en él, estaba Doménico Saldini, extendido en un diván oriental, y, en actitud soñadora;

no vestía su blusa de trabajo, sino un *smoking* gris, afelpado, y, pantuflas de mucho abrigo;

era presa de una horrible cefalalgia, y, se reposaba materialmente, ya que moralmente era víctima de una gran agitación;

por primera vez, había reñido la noche anterior con su mujer, y, ésta, rebelde a su actitud pacífica de cisne que se deja amar, se había mostrado colérica y altiva, y era aun rebelde a toda reconciliación;

«los nervios», se había dicho él, durante la mala noche que había pasado sobre un sofá, inexorablemente desterrado del lecho conyugal;

a la mañana, se había acercado a su puerta para llamarla; había tardado largo tiempo en responderle: —¿Vas mejor?, le había preguntado. Un sí, seco y sin gratitud le había respondido. —¿No puedo entrar? —No; y se había alejado como un perro castigado;

y, en verdad, pensaba él, no había razón para tanto;

total, una observación cariñosa, sobre el traje, que le parecía demasiado llamativo, y, la hora de regresar, que le parecía demasiado tarde:

—Celoso, ¿eh!...—había dicho ella, con acento de mofa colérica, y, un gesto de desdén en los labios insultantes.—Tiempo perdido, caro mío, porque yo, no estoy dispuesta a vestirme de mojiganga por dar gusto a tus ca-

prichos de viejo; la moda es la moda, y, yo la sigo. En cuanto a la hora; ¿soy yo, por ventura una sirvienta, para entrar a horas fijas a la casa de mis amos?; bien has podido sentarte a la mesa y comer sin esperarme; yo, tengo mis relaciones sociales, y, no entiendo renunciar a ellas; ¿es que yo te pregunto sobre las horas que pasas, en mimar a tu hijo, en atender a tu hijo, ese bendito hijo que nos ha caído del cielo, ¡ah! si yo hubiera sabido lo que hacía, no había entrado en este horrible féretro que es el matrimonio con un viudo; ¡uf!; ocupar el ataúd de una muerta...

él no la había oído nunca hablar así, no la había visto nunca en ese grado de exaltación;

todo, hasta la belleza de su rostro, había desaparecido, en ese rapto de ira, que la afeaba y la envejecía;

hombre de mujeres, habituado con otras a esas escenas, quiso calmarla, sabiendo, como sabía por su vieja experiencia, lo frágil que es la cólera, en ese niño enfermo y voluntarioso que es la mujer;

pero, al ir a abrazarla se vió bruscamente rechazado;

su mujer, entró a su aposento, y cerró violentamente la puerta con llave;

había tenido que comer solo, alegando como disculpa de ello, una *migraine*, de la Señora, para ocultar ante el servicio, esos disgustos conyugales, siempre de tan deplorable efecto en la servidumbre;

había dormido o intentado dormir solo, presa de una espantosa nerviosidad;

y, en la mañana, no habiendo sido recibido por su mujer, había partido para su *Atelier*, y, estaba allí, luchando con la cefalalgia, y, con el tumulto de cosas interiores, que se disputaban el dominio de su cerebro y de su corazón;

para él, no eran nuevos estos disgustos de *ménage*, porque había tenido tantas queridas, que en ocasiones habían llegado a hacérsele habituales;

pero, este primer disgusto con su mujer, a quien adoraba tan ciegamente, lo anonadaba;

y, buscaba en vano la explicación de ese súbito arrebato;

los nervios no eran una disculpa suficiente;

¿los celos?

¿de quien podía estar celosa su mujer?

¿de su hijo?

pero si él, odiaba a su hijo, a ese fantasma de su pasado, que se alzaba ante él, repleto de vida y de insolencia;

lo odiaba como se odia el Crimen cometido, como se odia el Remordimiento, como se odia la Expiación que se ve venir y, no quiere sufrirse;

y, como si remontase un río, olvidado y, correntoso, hacia un estuario muy lejano, donde duermen aguas quietas, cuyos miasmas letales envenenan aún a distancia, se dió a rememorar su Pasado, aquel Pasado, que él, había querido destruir con el hecho de olvidarlo; sin sa-

ber que no se mata el Pasado, que él vive con nosotros, vive en nosotros, y, va al lado de nosotros, como un fantasma, que toma formas visibles, a la hora en que el Destino quiere pedirnos cuenta de ese Pasado...

y, partía mentalmente en busca de ese Pasado, en cuyas cercanías sentía el tumulto de las olas desencadenadas, de cuyo furor no podía huir...

no eran los horizontes oro y grana, de los cielos napolitanos, que habían visto su infancia y su adolescencia, los que rememoraba;

era el azul límpido, el azul perláceo fundiéndose en rosa pálido, de los cielos de Toscana, el que se mostraba como en una *Adoración*, de Masaccio, a los ojos reminiscentes de su espíritu;

no eran los jardines del *Boboli*, con sus frondasones de Silencio y sus avenidas calmadas, llenas de un sortilegio de ensueño, en las cuales la luz filtra, con una tenuidad suave que parece una prolongación de rayos lunares; ni los largos malecones del *Arno*, entre los cuales, las aguas verdes del río, se deslizan sin oleaje, como una serpiente, en cuyas escamas de esmeralda, pusiera el sol, pequeños granos de oro; ni el azul bituminoso de la *Piazza della Signoria*, sobre la cual las torres del *Palazzo Vecchio* se proyectan, como para hacer sombra al resplandor de blancuras que el cuerpo de las *Sabinas* semidesnudas, arroja como antorchas de mármol desde las arcadas de la *Loggia dei Lanzi*, los que rememoraba; no,

no eran los esplendores clásicos de la Ciudad Ducal, los que surgían en su imaginación, sino las líneas puras y el horizonte libre, de un valle situado entre la ciudad y la montaña, en ese anfiteatro de colinas que se extiende de *Fiesole a Maiano*, como un collar de crisólitos violentamente roto sobre el llano;

y, el viejo *Castello* de los *Montefieltro*, alzando en él, su mole medioeval, no carente de estilo, pero pesada en su construcción guerrera, y su erizamiento de torres, que lo hacía aparecer como un inmenso jabalí petrificado;

y, su entrada a esa mansión señorial, joven artista de veinte años, ya mimado por un naciente renombre, y, llamado para hacer el retrato de la Marquesa *douairiere*, que parecía no esperar sino dejar ese legado de amor a sus nietos para cerrar sus ojos a la vida;

no entraba allí como un artista anónimo;

además de su renombre, que era nuevo, lo acreditaba su nombre, que era antiguo, y, su título de Barón de Pietralta, a cuya noble familia napolitana pertenecía;

fué recibido con esplendidez en la austera morada, donde los marqueses de Montefieltro fueron para él, más que hospitalarios, paternales;

conocían su familia, y, el Marqués, era amigo de su padre, de vieja data, desde los tiempos de una Academia Politécnica, en que habían cursado juntos iguales asignaturas;

la Marquesa octogenaria, era un difícil modelo, porque

además de ser inquieta y voluntariosa, un perpetuo temblor senil hacía difícil la fijación de las líneas del rostro, un bello rostro de anciana lleno de majestad, con facciones acentuadas, de la más pura raza;

acompañaba a su abuela, en estas sesiones de *pose*, su nieta Francesca, una deliciosa criatura, delicada y lánguida, la mayor de las hijas de los marqueses, y, a la cual, el fervor romántico de la abuela, había impuesto este nombre de Tragedia de amor;

era, en una terraza asoleada y luminosa, a las horas de la tarde cadente, que el joven pintor copiaba las facciones de la anciana, bajo las miradas distraídas de la joven, que mirando los horizontes ilimitados, parecía soñar con vagos cielos de Idealidad.

Francesca Arlotti de Montefieltro, era bella, pero con una belleza sin sensualidad, hecha toda de gracia y distinción;

alta, pálida, muy delgada, como si el *morbus* que devoraba su raza, se hubiese apoderado ya de su organismo, podría decirse que todo su encanto, era un encanto espiritual, que emanaba de ella, como un flúido;

ese encanto, ganó muy pronto, el alma soñadora y el corazón apasionado del artista;

ella, joven y soñadora también, encerrada en aquel Castillo, como una virgen de leyenda, no fué insensible a aquella pasión, que surgía espontánea y pura, como un botón en la vara de un rosal;

y, los dos jóvenes se amaron;

la soledad cómplice de los jardines, escuchó sus confidencias;

el perfil de medalla antigua de Francesca, se diseñaba en el fondo obscuro de las enredaderas espesas, con su faz pálida, su cabellera negra y sedosa, y sus ojos agáricos, color de miel, grave y seria, oyendo las confesiones del joven meridional, apasionado y ardiente, que unía al encanto de su belleza física, el de una plalabra suave y armoniosa, hecha para decir cosas de amor.

Francesca no tenía madre, porque el terrible azote que diezmaba su raza, la había arrebatado muy joven al afecto de los suyos;

la vieja Marquesa, experta en cosas del corazón, sorprendió aquel amor naciente, y, no tardó en oir su confesión de los labios mismos de su nieta;

y, fué feliz;

la idea de no morir, sin dejar antes casada a Francesca, colmaba el anhelo más grande de su vida...

ella, protegió esos amores, y ella los dijo a su hijo;

el Marqués no fué adverso a la idea del matrimonio, aunque lo inquietaba la excesiva juventud, del novio;

sin embargo, viudo, con su madre ya a las puertas del sepulcro, y, sin más familia que Francesca, y su hermana Paola, que se educaba en un colegio de Pisa, la idea de perpetuar su familia y repoblar su hogar, lo halagaba;

así, cuando Doménico Saldini, le habló, haciendo su

proposición, y, entregando la carta que había pedido a sus padres, demandando la mano de Francesca para él; fué aceptado sin vacilación;

y, el matrimonio, tuvo lugar;

fué una fiesta íntima, a la cual no concurrieron, sino miembros de las dos familias;

para ella, fué sacada del Colegio, y traida, en permiso de unos días, Paola, la hermana menor, un verdadero *enfant terrible*, que entró a la casa como un huracán agitándolo todo, removiéndolo todo y, llenándolo todo, de un nuevo extremecimiento de vida y, de alegría;

los viejos salones penumbrosos y polvorientos, en los cuales parecía sentirse el hálito de las edades pretéritas, acompañando el paso de los fantasmas de aquella genealogía de héroes rudos y, gloriosos, que habían sido los Montefieltro, sintieron violada su calma secular, por la llegada de aquella niña inquieta y vivaz, que sacudió su sopor, con danzas y, canciones modernas, y, el resplandor solar de una franca interminable alegría;

la tristeza, que como los rayos oblícuos de un sol poniente, llenaba los seres y las cosas del Palacio, se sintió expulsada, como el silencio pesado de una selva, al paso del torrente bullidor;

sus diez y seis primaveras, eran como diez y seis flautas sonoras, llenándolo todo con la armonía cantante de su jocundia; como diez y seis rosas abiertas violentamente sobre la misma rama de un rosal;

ningún contraste más fuerte que el que ofrecían el carácter y, la belleza de las dos hermanas;

lánguida, apacible, suave, Francesca, se deslizaba por la vida, como un ritmo fugitivo y, encantador, que aspirara a vivir y, a morir en el silencio;

su belleza, era semejante a su carácter, ténue, delicada, como ciertos pasteles cincocentistas, cuyos tintes palidecidos por los años, dan una especie de belleza espiritual, a la figura apenas visible, cual si surgiera en un miraje de aguas;

fuerte, exuberante, con una riqueza prematura de formas, su cabellera negra y profusa de un negro tenebroso, sus enormes ojos, negros también, de un negro fozco de noche impenetrable, su boca roja y carnosa de labios provocativos y sensuales, Paola era lo que los franceses llàman *une beauté du diable*, toda carnal y tentadora, hecha para perturbar los hombres, con su inquietante prestigio;

conservaba gracias y caprichos de niño, inocencias retardatarias, que la hacían encantadora;

era *l'enfant gaté* de la familia;

su padre, tenía por ella, la ciega adoración, que se tiene casi siempre por el último hijo de una raza, aumentado en esta ocasión, por el triste motivo de que Paola casi no había conocido a su madre, porque ésta había muerto cuando ella estaba aun en nodriza, lejos de la casa.

Francesca, la amaba como una madre, porque de tal le había servido;

siéndole mayor de ocho años, era ella quien la había cuidado y, la había educado, con una ternura verdaderamente maternal, y, un celo ilimitado;

y, sólo, cuando la vieja Marquesa, hecha casi otro niño por la edad, necesitó de sus cuidados, fué que permitió que llevasen a Paola al colegio, y, la vió partir, como si se desprendiese de la mitad de su corazón;

la ventura de su matrimonio, una ventura tranquila, como todos sus sentimientos, fué acrecida con la llegadade este otro amor de su alma, que venía a alegrarlo todo, como una bella música, llena de arpegios amorosos.

Paola, se rebeló a volver al colegio, pasadas las fiestas del matrimonio;

lloró, suplicó, y, triunfó al fin, ayudada por Francesca, y, a pesar de la oposición decidida de la Marquesa, que deseaba ver alejada de sí, esa niña voluntariosa e inquieta, que con frecuencia la hacía enfadar;

la luna de miel de los esposos, fué apacible y, tranquila, como convenía al carácter sin arrebatos de Francesca, que parecía haber hallado en ese nuevo amor, un nuevo deber que cumplir;

amable, cariñosa y, grave, era maternal para su esposo, como lo había sido para todos;

pronto la anunciación de un nuevo deber vino a alegrar su vida, porque sintió que iba a ser madre;

la vieja Marquesa susultó de alegría;

ya podría cerrar sus ojos para siempre, porque otros más bellos se iban a abrir sobre la vida;

el Marqués, no ocultó su contento;

sólo Paola, permaneció indiferente, como si la llegada de un nuevo niño viniera a quitarle sus prerrogativas de último retoño de una raza;

tal vez, confusamente presentía, que todos los mimos y ternuras de los viejos, serían ya para el niño que nacía.

Doménico, demasiado joven para definir y analizar sus sensaciones, no habría podido decir cuales eran aquéllas que lo poseían ante la perspectiva cierta de ser padre;

tal vez, era la indifencia, o tal vez la novedad ante el acontecimiento, pero, nunca un sentimiento profundo y tierno;

su temperamento ético, no era el de una extremada sensibilidad de afectos;

para él, como para todos los grandes egoístas, amar, era apenas una forma de amarse, y, no podía amar a un ser que no había nacido, y, no le había dado, ni podrá darle aún, ningún placer;

en su temperamento exclusivamente sensual, sólo veía, que el estado de su mujer, que la divinizaba como madre, le restaba encantos como hembra, a causa de la delicadeza de su constitución, haciéndola casi inapta para el placer;

y, esto lo hacía sufrir físicamente, porque en aquella

soledad, por la lascivia exhuberante de su temperamento, no hallaba manera de expandirse y de triunfar;

la vida se hacía monótona, de una monotonía suave y, tranquila, que tenía la tristeza de una agua muerta, de un paisaje familiar siempre inmutable...

la salud muy precaria de Francesca, se resentía de su maternidad, se veía precisada a preservarse de los cambios bruscos de la temperatura, y, a guardar largas horas de inmovilidad;

los cuidados excesivos de la vieja Marquesa, temerosa de todo lo que pudiera hacerle perder aquel retoño de su raza, último que vería abrirse bajo sus ojos, retenía a la joven confinada en sus apartamentos, permitiéndole apenas ligeros paseos, a la hora del sol, por los jardines luminosos, extremecidos ya bajo la caricia de oro del Otoño próximo;

su languidez era extrema, y, apoyada en el brazo de su esposo, andaba lentamente, como si la agobiase el peso, del fruto vital, que llevaba en sus entrañas;

se sentaban en los grandes bancos de piedra, a la sombra de las viñas vírgenes, que empezaban a empurpurarse, trazando líneas rojas sobre el negro de los viejos muros, como promesas de su próxima fecundidad...

ese tiempo, lo aprovechaba ella, para bordar las mil ropas delicadas del ajuar que preparaba para su hijo;

y él, se aburría solemnemente, prisionero de aquel naciente deber, que habría sido tan grato a otro sér, que

no fuese como él, absolutamente desnudo de sensibilidad;

para distraerse en esas horas de hastío, llevaba consigo, un caballete portátil, y, sus útiles de pintura, y se entretenía en hacer bellas acuarelas, reproduciendo rincones del viejo parque señorial, llenos de suaves penumbras, donde las graves fuentes parleras, parecían cantar una canción de siglos; o trozos de las avenidas solemnes, donde la luz tamizada a través de los ramajes, fingía ríos de miel, sobre los cuales se refiejaban las ramas de los árboles cuyo verde obscuro, empezaba a hacerse de un amarillo ocre, color de herrumbre; o ciertas como bahías de luz, que se formaban en las partes despobladas de árboles, donde rosas inactuales persistían en abrirse desafiando los primeros fríos, que desdoraban lentamente, las ramas florecidas de los arbustos;

ella, lo veía pintar, asombrada de la maestría, con que hacía brotar cosas vivas en el fondo de la tela, ó del papel inerte, encantada de las coloraciones, que hacían aspirar las rosas, como si realmente tuvieran un perfume;

y, le hablaba de cosas muy serias, de los síntomas que anunciaban la felicidad del alumbramiento, de los mejores métodos higiénicos para crear robusto el niño, y, de la educación que pensaba darle;

él, la oía indiferente, con una sonrisa amable, que no alcanzaba a ocultar su hastío;

y, regresaban a la casa, cuando ya el sol moría, tejiendo salmos de luz, en las ramas orfebrizadas;

las veladas eran tristes, llenas de una calma brumosa que respiraba enojo;

sólo eran interrumpidas por la alegría de la música, cuando Paola, estaba en ánimo de tocarla, que no estaba casi nunca;

ella también se sentía aburrida, fatigada de la monotonía de esa vida, y, su carácter alegre, se ensombrecía lentamente, como un bello paisaje, ganado por las sombras;

el Marqués, que era Inspector de una zona militar, hacía largas ausencias, y, no estaba en casa casi nunca;

la Marquesa, se recogía como los pájaros a la hora del crepúsculo.

Paola, aburrida, dormitaba sobre un sillón;

y, el *téte a téte* de los dos esposos, terminaba por largos silencios;

y, marchaban a dormir;

la quietud, la uniformidad de esta vida, exasperaban el carácter inquieto y aventurero del joven pintor, que empezaba a sentir las nostalgias del movimiento y de la libertad;

su temperamento de artista. sensitivo y voluble. lo hacía soñar con otros horizontes, con otra vida, con otras emociones más fuertes y más vivaces;

el vino de la bohemia que había probado, había dejado en él, el recuerdo imperecedero de su sabor, y de sus embriagueces constantes y luminosas;

y, soñaba con ese vino; soñaba con otras mujeres que

había poseído, y, soñaba con sus caricias, con dormir de nuevo entre sus brazos, que le parecían más amables y más cálidos, que los besos y los brazos castos de su esposa...

el deber, que hace odiosas todas las cosas que toca, empezaba a hacerle odiosa su cadena de rosas, cuyas flores se convertían lentamente en eslabones de un pesado metal;

bien pronto la salud muy delicada de Francesca, le impidió salir de la casa, y, ésta, se convirtió para él, en una triste prisión...

para sacudir ese tedio odioso, buscaba consuelo en su Arte, y pasaba el día en los jardines, copiando los encantos de una naturaleza, cuyas bellezas, empezaban a hacérsele fatigantes e insoportables.

Paola, que no lo acompañaba nunca en sus excursiones con Francesca, como si temiese interrumpir sus intimidades, lo acompañaba ahora, algunas veces, como apiadada de su soledad;

un candor apaciguado parecía haber suplido a la alegría tumultuosa y, rebelde de la niña, hecha prematuramente una mujer, por el influjo de aquella soledad grave y serena;

pero, persistía en ella, ese algo de fatal, que residía en su belleza extrañamente tentadora, que parecía enfermar de deseos, todos los seres circunstantes, hasta los árboles que le daban sombra y, los pájaros que voloteaban sobre su cabeza;

residía en sus ojos tenebrosos y abismales, llenos de un misterio inquietante, como bosques muy obscuros, dormidos bajo la noche, en los cuales fulgiese el vuelo de cantáridas afrodisíacas, violando el inerme cáliz de las flores;

residía en su boca carnosa y, sensual, como un sexo desnudo ofrecido a todas las violaciones, y, en la cual los besos habían de posarse, como miriadas de abejas, escapadas a las colmenas del Pecado;

residía en su pecho combo y protuberante, donde los senos duros, semejaban ánforas repletas de un divino licor, que pedía ser extraído por manos cariñosas y, labios trémulos de deseos;

residía en toda ella, como un hálito sutil, que la circuyese adhiriéndose a sus carnes como un perfume enervante y capcioso, genitor de los más locos apetitos carnales.

Doménico había sentido esa fascinación, y, gozaba en sufrirla y, en exasperarla;

él, no tenía prejuicios morales, que le hicieran pecaminoso ese deleite;

así, cuando ella le rogó que le hiciera su retrato, aceptó gozoso;

y, eligieron, como cuadro apropiado a tanta belleza, un rincón apartado del jardín, donde a la sombra de laureles rojos, y, cipreses tumulares, que se inclinaban sobre las aguas quietas de una fuente taciturna, las clemátidas endían, un velo impenetrable de verduras;

fueron sesiones encantadoras en aquel silencio umbrío, sin más testigos que el delfín de piedra que hacía siglos se miraba en el espejo de la fuente muda;

nada igual al placer que él, sentía al tomarle el rostro entre las manos para hacerlo cambiar de posición, dejándolas deslizar luego suavemente sobre el seno que temblaba;

o, cuando le juntaba las rodillas para que sostuviera bien el ramo de rosas blancas que sus manos tenían sobre la falda;

la virgen temblaba, y, sonreía a las burlas que su cuñado le decía sobre la exuberancia de sus formas...

y, cuando éste, apoyaba fuertemente las manos en su pecho para fijar en él, el ramo de violetas que debía adornarlo, ella lo dejaba hacer, roja y, agitada, temblorosos los labios y, húmedos los ojos;

y, cuando una tarde la besó en los labios, se dejó besar, y, devolvió los besos...

y, cuando él, la poseyó, sobre el banco de piedra en que se sentaba, se dejó poseer, y, se entregó con el frenesí de un deseo largo tiempo reprimido...

y, desde aquel día, mientras Francesca yacía en el lecho, cada día más delicada, por la proximidad de su alumbramiento, ellos se entregaban a su amor, con un loco frenesí, que parecía hacer enrojecer los viejos faunos, que los miraban desde el limo verde de la fuente pensativa;...

nada calmaban aquel ardor pecaminoso, que los hacía tan deliciosamente culpables;

al fin llegado el día natural, Francesca, dió a luz un hermoso niño, que aún tan pequeño, se le parecía enormemente;

la vieja Marquesa, quiso estar con la comadrona y, el médico al lado de su nieta en el duro trance, y, fué la primera, en recibir en sus manos temblorosas el precioso vástago;

el Marqués, venido expresamente para el acto, quedó encantado, al ver que el recién nacido era varón, y, ofreció apadrinarlo dándole su propio nombre de Gerólamo...

pasados los días del alumbramiento y del bautismo, que se verificó en la propia capilla del castillo, el Marqués, partió a sus ocupaciones, y, todo volvió a quedar en la calma letal, que antes tenía;

la paternidad no conmovió ni poco ni mucho, el corazón del joven pintor, a quien el veneno de la lascivia roía las entrañas;

el niño, rojo y grasoso, le pareció algo asqueroso, que tomó con repugnancia entre sus manos, cuando la comadrona se lo dió para que lo besara;

y, al besarlo, le pareció que besaba un fantasma de su propio Yo, que podría serle fatal;

demasiado joven y demasiado lleno de sí mismo, para poder sentir ese amor convencional de la carne que se

reproduce, comprendió vagamente, que el amor paternal, no es un sentimiento sino un instinto, una ternura absolutamente animal, tanto más fuerte, cuanto más cerca se esté, de los elementos primitivos de la bestialidad;

y, devolvió el niño, tratando de ocultar la repugnancia que le inspiraba;

y, lo devolvió con rencor, como quien devuelve el eslabón de una cadena, que empieza a formarse y al cual han de seguir otro, y otro, hasta la completa extrangulación de aquél que ha de llevarla...

sin explicárselo él bastante, ese niño delineaba ya ante sus ojos, todo el horror de ese ergástula social, llamada: la Familia;

él sabía que todo Deber es una esclavitud, y se sintió ya prisionero de ese Deber que él mismo se había creado, del eslabón de esa cadena, que se había puesto al cuello...

y, cuando vió libres sus manos del peso de aquel niño, le pareció que quedaban también libres del fardo del Deber, y extendió al espacio sus brazos, como si fueran dos alas, amenazadas de mutilación;

y, miró la madre, pálida y exangüe, que tendida en el lecho, le pareció como una cruz echada por tierra, y a la cual estaba él, clavado por los horribles clavos del Deber...

era su cruz...

¿había de estar toda su Vida unido a ella, extendido

sobre ella, sin otra esperanza de liberación que la de la Muerte?...

¿el Matrimonio, era pues una Crucifixión?

y tuvo el horror de su Martirio;...

y triste, doloroso, resignado, tuvo una como pre-visión de su Destino, y sintió pasar en su alma una ráfaga de Piedad, por sí mismo, por su mujer, por su hijo que dormía en la cuna, y cayó de rodillas a la orilla del lecho, y besó la mano escuálida de Francesca, que pendía de él, como una azucena tronchada;

ella le agradeció, con una sonrisa, tan tierna como la mirada, y la voz con que le dijo, acariciándole lentamente la cabellera ensortijada:

—¿Estás contento?

—Sí—dijo él, con una voz calmada, en que lo bajo del tono, ahogaba el horror de la mentira;

permaneció silencioso al pie del lecho, hasta que su mujer cerró lentamente los ojos, vencida por el sopor...

extinguió un poco la luz de la lámpara, y los vagos contornos del cuerpo de Francesca, casi desaparecidos en la penumbra, le parecieron las líneas fugitivas de un vago amor lentamente borrado en el recuerdo...

y abandonó en silencio la estancia, con el respeto con que se abandona la cámara de un muerto;... cual si en vez de su mujer enferma, hubiese dejado un cadáver, extendido sobre el lecho;

y se alejó, triste de no poder sufrir; triste, de no poder

llorar;... no sabiendo qué es más doloroso si vencer sus lágrimas, o no poder verterlas...

....

En tanto el loco amor de la carne, lo tomaba furiosamente, perdidamente, como las olas de un torbellino de aguas, llevan un leño desamparado;

y él, no amaba ya, sino ese solo amor; detestaba todos los otros;

el amor de su sangre joven, mezclándose a otra sangre más joven todavía, era el que ocupaba y, devoraba su Vida;

aprovechando la separación natural de lechos, con motivo del alumbramiento de Francesca, él no durmió ya nunca en el suyo, preparado en una habitación, contigua a la del Marqués, siempre ausente, sino que favorecido por la soledad en que quedaba la casa después de cierta hora de la noche, se pasaba a la habitación de Paola, y permanecía en su lecho, entregados a una verdadera embriaguez de amor, hasta que el alba aparecía, y el canto de los pájaros sonaba como una diana de flautas en el jardín cercano;

para Francesca, las consecuencias del alumbramiento habían sido más graves que para cualquiera otra mujer;

débil, anémica, ya tocada por el terrible mal que había diezmado su raza, su convalescencia fué más lenta y más penosa que la de cualquiera otra puérpera...

no abandonaba el lecho sino por muy pocos momen-

tos, como para contemplar desde un sillón detrás de los cristales, las líneas armoniosas y la magia de los colores que le ofrecían los paisajes, sobre los cuales el invierno lucía sus cándidas blancuras;

su abuela le hacía compañía, contemplando embebecida el niño que dormía en la cuna o que exprimía con gusto el seno de la nodriza, que para alimentarlo había venido desde los montes lejanos de los Abruzzi;

su marido pasaba algunos momentos al lado de ella, pero alegando sus trabajos de pintura, se alejaba pronto, bajando a los jardines, donde Paola lo esperaba impaciente;

esta, hacía raras y ruidosas apariciones en las habitaciones de su hermana, donde era más bien temida que esperada, pues se complacía en atormentar al niño con el pretexto de acariciarlo;

la marquesa, continuaba en ver con malos ojos, la manera de ser de Paola, y hablaba altamente de volver á enviarla al colegio, para lo cual sólo esperaba la próxima llegada del Marqués;

ésta, reía de la amenaza, segura del poder de sus lágrimas sobre su padre.

Doménico, insubstancial y ligero, como un pájaro, no medía la gravedad del drama, del cual era actor, y, si se entristecía á veces, era pensando, en su perdida libertad, en la alegre bohemia en que había soñado expandir sus sueños luminosos de artista;

un acontecimiento inesperado, vino a abrirle los ojos, con una brutalidad desconcertante:

Paola, resultó en cinta;

segura de ello, se lo dijo a su amante, y ambos quedaron asombrados, como ante un abismo que se hubiese abierto bruscamente bajo sus pies;

¿qué hacer?

el Marqués, debía llegar en esos días, y, la entrada de Paola al Colegio, sería una cosa cierta...

¿cómo ocultar su estado?

el escándalo sería inevitable...

¿quién afrontaría la furia del Marqués?

ambos temblaban ante esa idea como dos chiquillos asustados...

no había salvación sino en la fuga;

huir... huir...

él, pensó primero, en huir sólo;

pero las lágrimas y las amenazas de Paola, de decirlo todo antes de que él huyera, lo vencieron;

y, huyeron ambos;

dejaron el castillo, en una noche fría, llevando apenas algunas ropas;

viajaron en tercera clase, ocultando sus nombres, por miedo de ser perseguidos...

y, así llegaron á París;

primero vivieron, unos días en un *hotel meublée* de la *rive gauche*, de ese fabuloso barrio latino, que ha-

bía sido el polo de atracción para su mente de artista;

después hallaron una pequeña cámara amueblada en la *rue Saint Séverin*, casi ribereña al Sena, y, allí ampararon su miseria;

sí. porque fué la miseria ruda, la que los recibió y, los rodeó al llegar á la Grande Urbe;

no traían sino una suma insignificante de dinero, y algunas ropas;

él, tenía allí algunos amigos suyos, artistas también, de tierras partenópeas; pero no siendo conocedor de la ciudad, tardó algunos días en encontrarlos;

y, éstos le fueron de bien poca utilidad;

eran artistas bohemios, tormentosos y miserables, que lo llevaron, á sus *cabarets*, humeantes y, fétidos, le presentaron modistillas y, cocotas, pero no pudieron aliviar en nada su triste situación;

para subvenir á las necesidades de su alimentación empeñaron las pocas ropas que traían, y, entonces, por decoro, él no pudo salir sino de noche, con un cuadro bajo el brazo, para ofrecerlo en los cafés, subrepticiamente, sufriendo casi siempre el ultraje de ser expulsado por los camareros;

estos cuadros eran en su mayoría, croquis al *crayon*, reproduciendo el cuadro lúgubre que veía desde su buhardilla situada sobre los techos: horizontes de pizarra, donde surgían chimeneas fantosmales, bajo cielos plomizos de una inclemencia cruel; ó acuarelas admirables repro-

duciendo: ora el Sena, con el gris oricalco de sus olas sin rumores, y sus barcas enormes amarradas á la orilla, inmóviles, como cetáceos dormidos; ora rincones poetizados de los jardínes del Luxembourg, apenas entrevistos por él, pintados sobre tela con una admirable pureza de dibujo, y, prodigiosos juegos de luz, sobre las frondasones lujuriantes;

íbase en el misterio de la noche a ofrecer su mercancía á los transeuntes, en voz baja, temiendo importunarlos, ó la vendía a vil precio á ciertos *amateurs*, que se la pagaban con desdén, como si arrojasen una limosna a su mendicidad;

y, regresaba ya tarde a su miserable desván, rendido, humillado, con un deseo loco de llorar;

y, hallaba á Paola, insomne, meditativa, temblando de frío en aquella morada donde no había más muebles que una mala cama, algunas sillas, y un hornillo que habían comprado para hacerse sus alimentos, que preparaban entre ambos, iniciando él, á Paola, en secretos de cocina, que ignoraba casi tanto como ella;

la enfermedad de Paola, vino á agravar esta situación; una enfermedad para la cual no podían consultar médico, porque era un aborto provocado por él;

temblando ante la idea de una nueva paternidad, había consultado á un amigo suyo, artista desprevenido como él, y éste le había indicado y, aun preparado la droga que debía dar á Paola, para que abortara;

y, él, se la había dado, haciéndole creer que era una poción, para calmar los dolores de vientre que sentía;

el trance fué horroroso.

Paola, estuvo á punto de morir, atendida por él, solo, pues era imposible llamar á nadie sin correr el riesgo de ser denunciados;

el feto, apenas en formación, semejante á un pez bulboso y gelatinoso, fué arrojado al *égout*, no sin echarle encima, grandes calderadas de agua hirviendo;

mal cuidada, mal alimentada, teniendo que alzarse continuamente del lecho para atender a los cuidados del triste *ménage*, tardó mucho en reponerse, y, cuando se puso definitivamente en pie, y se declaró en convalescencia, era ya una sombra, un fantasma de su antigua belleza exhuberante y, radiosa;

la tisis, el terrible mal, que no había perdonado á ninguno de su raza materna despuntaba ya en ella, pronto á hacer destrozos en aquella naturaleza debilitada por la falta de nutrición y, la violencia de la reciente enfermedad;

además, su claustración era completa, pues careciendo de vestidos, no salía de aquella vivienda mal sana y fétida, que era como una ergástola para ella;

desde la *lucarne* que le servía de ventana, contemplaba un horizonte de techos y, de humo, mudo y sombrío, que no decía sino tristezas á su corazón.

Doménico pintaba y, ella soñaba;

la alegría había huído de ambos, y, pasaban largos ratos silenciosos, ensimismados, cual si estuviesen ausentes el uno del otro, en brazos de muy distintos sueños;

otras veces miraban la inmensidad con ojos ávidos, como si esperasen ver venir por ella, algún mensaje de consolación...

y, un mismo suspiro salía de sus pechos, como si la desesperanza, soplara sobre ellos un mismo hálito de abatimiento y de desolación;

él, más feliz, pasaba las noches en los cafés, donde después de vender sus cuadros se entretenía en beber con otros artistas y, en cortejar cocotas baratas, con las cuales había ya cometido varias infidelidades á Paola;

esta nueva cadena, empezaba á pesarle aún más que la que había roto, y, pensaba, que no valía la pena de haberse libertado de aquella esclavitud holgada y, lujosa, para caer en esta otra, de hambre y de miseria;

y, esas reflexiones hacían que al llegar a su casa, fuera disciplente y autoritario con Paola, llegando hasta abrumarla de reproches, acusándola de todos sus males;

estas querellas de *ménage*, hacían más insoportable su vida y lo retenían más largo tiempo fuera de la casa, tratando de ahogar en el licor la triste realidad de su existencia;

y, así le sucedió llegar varias veces ebrio a su casa, maltratando a Paola de palabras, y casi dispuesto a maltratarla de obra;

una noche, que llegó más tarde que de costumbre, halló a Paola, en la puerta de la casa, con una cesta en la mano y tiritando de frío;

¿qué había sucedido?

ella se lo dijo;

como hacía más de un mes que no pagaban la *location*, la portera, obedeciendo órdenes del dueño de la casa, había aprovechado la ocasión en que ella había salido a comprar lo necesario para la cena, y, había cerrado con llave la puerta, no permitiéndole la entrada;

y, allí estaba tiritando de frío, apenas cubierta por una toquilla de lana, que más era un adorno que un abrigo;

él, la llevó a un café cercano, y le hizo beber un ponche caliente para tonificarla;

era ya muy tarde para ir a conseguir dinero, y tarde para importunar a la portera;

esperaron en el Café, hasta que éste se cerró;

entonces quedaron sobre la calle, bajo el rigor del frío, y, un aire tenaz, que cortaba el cutis como cuchillas invisibles;

se sentaron en un banco, sobre el malecón vecino;

él, se quitó el abrigo y quiso cubrirla, porque ella temblaba como un febricitante;

no habían comido nada desde el medio día, y, el hambre les devoraba las entrañas...

todo en derredor de ellos, era el desamparo y, el rigor;

pálida, exánime, ella parecía una muerta, entre sus brazos;

cuando una alba blanca, de una tristeza de sudario, apareció, diseñando vagamente las torres cercanas de *Notre Dame*, se dirigieron a su casa a esperar que la portera abriera la puerta;

ésta, conmovida, recogió a Paola en su *loge*, mientras Doménico, iba a buscar dinero para pagar el alquiler;

lo trajo ya casi al medio día, y pagó;

pero el propietario fué inflexible, y les dió *congé;*

un amigo pintor les cedió una galería de cristales en que había tenido su *Atelier*, sobre los techos de una casa en la *rue Racine*, y allí se refugiaron, no llevando por todo ajuar sino la cama desvencijada en que dormían.

Paola, cayó enferma; el frío y el hielo de aquella noche, le habían sido fatales;

y, en aquel *Atelier* de vidrios mal juntos, donde el viento entraba silbando y, la luz no moría nunca, ni aun en las noches, pasó largos días de cama, con una fiebre devoradora poblada de visiones.

Doménico pasaba entonces más tiempo en el Café, donde una cantante rusa, que concurría a él, lo tenía fascinado;

de mucha más edad que él, porque podía ser su madre, pero de una belleza eslava deslumbradora, la cancionista, viciosa y voluntariosa, se enamoró del pintor y, le propuso que hiciera su retrato;

éste, aceptó gozoso, y desde el día siguiente, no salió casi del apartamento de su nueva amiga, en el cual lo que menos hacía era pintar;

este nuevo amor, lo alejó más de Paola, que rendida en el lecho, pasaba largos días de abandono y soledad;

terminada la contrata de la Wiaziensky, que así se llamaba la artista, ésta, fué contratada para una *tournée* en Rusia, y, propuso a Doménico, acompañarla;

éste, aceptó gustoso;

y, ligero, insubstancial, cegado por su nueva pasión, se escapó un día, sin preocuparse nada de la pobre enferma que languidecía en el lecho, sin decirle nada, sin dejarle recurso de ninguna clase;

dos años duró en esa excursión, viviendo al principio a expensas de la cantante, abandonándola luego, cuando se abrió con su pincel un amplio campo en la pintura;

al volver a París, supo sin emoción, la muerte de Paola, en el Hospital donde había sido llevada; y, la de su mujer, acaecida pocos días después de su fuga, y, se vió libre y, se sintió feliz;

y, supo entonces, por amigos italianos, que el Marqués, no lo había perseguido para evitar un escándalo que deshonraba su familia, y, había dado por muerta a Paola, enviando a todas sus relaciones, una tarjeta de defunción de ésta;

y, supo que muerta la madre del Marqués, éste, se había casado en segundas nupcias con una hermana de su

mujer, para dedicarse al cuidado de su nieto, el hijo de Francesca, que era toda su adoración;

la fortuna, empezó a sonreirle, como si se alzara del fondo de esas tumbas que él había abierto;

su padre murió dejándole su título de Barón de Pietralta y, una cuantiosa herencia;

su nombre de artista empezaba a abrirse campo, traído a París por el rumor de las Revistas rusas, y, ese perfume de exotismo, lo ayudaba a triunfar;

montó un lujoso, *Atelier*, tuvo bellos modelos, e hizo cuadros magníficos;

una mención honorable, primero, y, un premio ganado luego en una Exposición de pintura, acabaron de asentar su reputación;

fué el retratista titulado de los aristócratas, los banqueros, y, los políticos en boga...

así duró varios años, amasando durante ellos, un gran capital, que sumado al suyo, le constituyó una fortuna enorme.

París, fué su pedestal;

desgraciadamente, un escándalo a punto de nacer, vino a derrumbarlo de él;

fué un asunto de seducción de menores.

París, que ama tanto los *affaires*, iba a tener uno:

el del gran pintor mezclado a él;

felizmente, su oro, logró apagarlo, y la fuga extendió el Silencio, en torno de él;

fué primero a New-York;

el puritanismo yanki, sabía algo del escándalo parisino, y, no fué benévolo con el pintor;

rechazado por Yankilandia, pensó en Santilandia y, vino a Teópolis;

la gran Metrópoli beatífica, y voluptuosa lo recibió con los brazos abiertos;

fué el artista de moda, y todas las cabezas coronadas por la estirpe o por el oro, afluyeron a ser reproducidas por su pincel en sus lienzos admirables;

así, en pleno triunfo, había conocido a la que hoy era su mujer, y, se había casado con ella, presa de un loco amor, que no había sentido por ninguna otra...

y, había sido feliz hasta ahora, hasta la tarde anterior, en que ese primer choque con ella, había nublado el sol de su ventura;

fatigado de esa larga excursión por su Pasado, abrió los ojos, como para tomar conciencia de sí mismo, y miró asombrado los objetos que lo rodeaban, como si le fuesen extraños;

sobre la mesa cercana, la cafetera de plata había dejado de hervir, y, la llama azul se había extinguido por el licor derramado del recipiente;

se puso en pie y, se acercó a la mesa;

el café estaba aún caliente;

se sirvió una taza y la apuró, no sin saborearlo golosamente;

encendió un cigarro y vió la hora;

eran las dos de la tarde;

nadie había llamado por teléfono, nadie había venido;

él, había dado orden de no dejar entrar a nadie, fuera de su criado, si venía a traerle algún recado...

era la hora en que su mujer había ya comido, y, ni por teléfono, ni por medio del criado, lo había hecho llamar;

continuaba pues enfadada;

y, pensó con rencor en la causa de aquel enfado;

en su hijo;

¿por qué su hijo había venido a turbar la paz de su vida?...

¿por qué?

tardío y violento amor el suyo, que parecía hecho con los despojos de todos sus amores, y, que se acrecía terriblemente al verse amenazado...

y, pensando en la dulce y suave criatura que había sido hasta entonces su mujer, volvía a cavilar sobre el cambio brusco, que la había hecho de súbito, intratable y feroz...

su amor hasta entonces, había sido un himno de adoración mutua, más ardiente, más vehemente de parte suya, pero lleno de mimos y de encantos por parte de ella, que decía amarlo más que todas las cosas sobre la tierra;

una paz serena, paz de infinito, se había extendido sobre su corazón;

todo, hasta su espantosa y, terrible sensualidad, se había calmado en él, al entrar en esa quieta y apacible bahía de su amor noble y tranquilo;

las ardientes exaltaciones de su carne, si las había, eran todas para su esposa, que guardaba aún en los actos del amor, una actitud reservada y casta, que sólo servía para enardecerlo más...

todo su Pasado se había desvanecido al contacto de esos labios amados, que parecían haber cerrado los suyos con un beso de Olvido y de Perdón...

todo su Pasado amable, todo su Pasado culpable, parecía haberse desvanecido, haberse esfumado, en una suave sensación de amnesia...

en la bruma opiástica que envolvía su cerebro y su corazón, los seres y las cosas del Pasado, perdían sus contornos y, se borraban con la suavidad de un paisaje que entra en la Noche;

las sombras persecutorias e indignadas que solían perseguirlo con su recuerdo, no tenían ya consistencia, y, parecían más bien sombras elíseas, venidas para escoltar su nuevo amor, en marcha triunfal al porvenir... Francesca... Paola... ¿habían existido en realidad?

¿no eran creaciones interiores de su espíritu, figuras de idealidad, formadas por él, para torturar y, exasperar la marcha acelerada de sus sueños?...

¿habían existido el amor y las mujeres, antes de conocer él, aquélla que hoy era la suya?

¿había existido él, antes de nacer para este amor?

eso se preguntaba antes de exhumar su Pasado, ante el cual estaba ahora, como ante una sepultura removida, de la cual han extraído los restos de un cadáver...

su Pasado...

hélo ahí, que se alzaba ante él, tomando una forma corpórea y viva...

una forma que evocaba y sintetizaba todo ese Pasado: su Hijo...

¿por qué había surgido ahora, en ese jardín de encanto, donde por primera vez florecían las rosas verdaderas de su amor?...

él, había sido hasta entonces, superior al Remordimiento, esa doble conciencia de los débiles, que no borra el crimen, y, no sirve sino para envilecerlo, anulando en él, toda forma de belleza posible;

¿por qué temblaba ahora, viendo aparecer a su hijo, que tomaba ante sus ojos, la forma visible de una Expiación?

en aquellos ojos claros que recordaban los de la madre muerta en abandono, no había cariño ni ternura para él;

esos ojos, tenían la dura serenidad de un Castigo...

¿por qué esa evocación de su Pasado, esa Expiación, ese Castigo, tomando forma humana, había atravesado los mares, y, se plantaba así, ante él, insolente y vencedor, con un gesto audaz de dominio y, destrucción?

ello es, que él temblaba ante su hijo, no como ante un

ser humano—ante los cuales no había temblado nunca—, sino como ante algo inmaterial, algo espiritual, que él no podía definir, y, que lo perturbaba con solo mirarlo;

comprendía que era algo fatal para su vida;

lo INEXORABLE...

¿no acababa ahora de alzarse entre su ventura y, él, despertando los celos infundados de su mujer?

¿cómo suprimir ese obstáculo?

¿cómo vencerlo?

¡ah, si su hijo partiera, si desapareciese de su presencia!...

pero, he ahí, que él, parecía estar en Teópolis, prisionero del amor;

¿por qué no partía raptando la mujer, ya que el marido imbécil no merecía ninguna forma de consideración?

él mismo se lo había aconsejado así;

pero, Gerólamo carecía de fondos, ya que no le habían llegado los que esperaba de Italia, y, tardarían mucho en llegar, porque el viejo Marqués, era lento en desatar los cordones de la bolsa;

su hijo, se había dirigido a él, justamente el día anterior, pidiéndole veinte mil francos para su viaje;

su avaricia—porque en el fondo, era avaro—había retrocedido ante este empréstito, y, había pedido tiempo para reflexionar;

el joven había partido, más bien disgustado que contento;

y ahora, pensaba que había hecho mal en negarle el dinero, y, que debía dárselo;

«*a enemigo que huye, puente de plata*», se había dicho;

no veinte mil francos, sino la mitad de su fortuna, le habría dado en ese momento, si se la hubiera pedido, con tal de verse libre de su presencia, y reconquistar así la paz de su hogar y, el amor de su mujer, turbados por este celo absurdo...

sin vacilar se dirigió al teléfono y tocó:

—El Gran Hotel Estonia—, pidió:

—¿Eh?

—El Señor de Montefieltro...

unos minutos de espera;

suena el aparato...

—¿Quién va?

—.....

—¡Ah! ¿eres tú, Gerólamo?

—.....

—Bien... un poco de neuralgia, y ¿tú?

—.....

—Te llamaba para decirte, que he hecho mis cuentas y, está el dinero a tus órdenes:

—.....

—Mañana, cuando tú quieras.

—.....

– Sí...; esas cosas deben hacerse, ligero, porque por un minuto se pierde un lance...

—.....

—Sí; puede el cabrito abrir los ojos...

—.....

—La furia del cabrito, porque ese marido, no parece tener talla de toro:

el aparato vibró con el eco de una carcajada sonora.

—.....

—Sí, mañana a la hora que quieras, porque hoy estamos a veintiuno y el vapor sale el veintiséis, y si lo pierdes tendrías que esperar un mes:

—.....

—Gracias...

—.....

—*Au revoir*...

cortó la comunicación y, colgó la bocina;

volvió sonriendo al centro de la habitación:

—Lo que es una idea fija—dijo meneando la cabeza—juraría que he oído la risa de mi mujer, cuando Gerólamo reia de lo que yo decía contra el marido; como no pienso más que en ella, la veo y, la siento por todas partes; tal vez sea esto un fenómeno de sugestión a distancia, y, ella, esté en este momento pensando en mí, arrepentida de su conducta;

eso puede ser; pero la verdad es que hoy me ha condenado al ayuno, y yo, no me someto a ese tratamiento; vamos al Restaurante;

y, así diciendo, se vistió, lentamente;

y, salió.

En el Gran Hotel Estonia;

uno de los más amplios y lujosos hoteles de Teópolis;

la habitación de Gerólamo Saldini;

un pequeño salón, con alcoba a la inglesa;

en ésta, un lecho de cobre, grande, brillante, pulido, sin cortinas, con ropas lujosas y, un gran edredón de seda azul, cubriéndolo todo;

el salón pequeño, luminoso, con muebles de último estilo, de una primorosa elegancia, abría sus dos ventanas sobre la *Plaza de Febo*, hormigueante a todas horas, de una multitud heteróclita y ruidosa;

ese día, a esa hora, el adorable cielo de Teópolis, era de una limpidez de diamante, las nubes se deslizaban sobre el azul húmedo, un azul transparente de olas, como barcas nupciales empavesadas de blanco, sobre un río, tentador y profundo;

el sol, que aun en los días más crudos del invierno,

no pierde nunca su esplendor allí; lucía magnífico, infiltrándolo todo de un ligero polvo de oro, que parecía temblar cautivo en las alas del aire, saturado del suave olor de las violetas, que vendedoras ambulantes ofrecían a las damas, que iban dentro de sus coches, o descendían apresuradas de los tranvías, con ese andar elegante, ritmado, y único en las mujeres de Teópolis, que hacen pensar, si como Mercurio, tienen alas en los pies, y, es con ellas que tocan apenas ligeramente, el asfaltado bruñido de las calles, que parece sensible a esa caricia, como el cuerpo de un sátiro dormido, sobre el cual pasara, un tropel de ninfas en desorden;

el alma de la Ciudad, ligera y, gozosa, insubstancial y perpetuamente alegre, como feliz de las cadenas que lleva y casi orgullosa de ellas, parecía vibrar en el aire, no como una fanfarria guerrera, sino como una canción jocunda, entonada por un coro de esclavos que han perdido la conciencia de la esclavitud, que es lo único que hace el horror de ella;

entrada en el Progreso, pero manteniéndose al margen de la Civilización, sin penetrar en ella, Teópolis, con la inconciencia de un ilota, se embriagaba de sol y, de agua bendita, bajo la caricia de ese cielo, que los sacerdotes le ofrecían, como un premio a su resignación, cuando su cuerpo miserable, hubiese dejado de temblar de hambre y de miedo, bajo su manto andrajoso, que era sin embargo, un pedazo de púrpura imperial, porque

Teópolis, desposeído y, vencido, podía encararse con los más altos Césares de la tierra, diciéndoles, como Dionisio, mendicante: «Yo también he sido Rey»;

y, ese pueblo-ruína, hormigueaba en ese momento, polícromo y, pintoresco, alegre y decidor, por la gran *Plaza de Febo*, bajo las miradas, impacientes y distraídas de Gerólamo Saldini, indiferente a la jocundidad ruidosa, de aquel pueblo descoronado, que corría abajo, con el ruido de un enorme cardúmen, violando el silencio de una selva;

vestido elegantemente, en traje de mañana azul obscuro, franjado por líneas casi invisibles, de un amarillo claro, que más bien parecían blancas, admirablemente cortado, ciñendo con amplitud sus formas magras pero fuertes; calzado con botas de charol, sobre las cuales tenía, unas polaínas cortas de paño gris claro con botones negros; lucía en la corbata, azul obscuro, como el traje, un alfiler exótico, formado de un crisoberilo enorme, coronado por un pequeño záfiro, tan fino, que daba sobre el verde pálido de la gema, reflejos flamíneos, que la hacían aparecer violácea; un ligero perfume de Jicky, se exhalaba de él, pero tan vago, que no se habría podido decir, si era en su persona, o en algun objeto cercano, que residía;

todo en él, revelaba al hombre elegante, hecho hasta a las más triviales formas del refinamiento;

sin duda esperaba a alguien, por la inquietud cons-

tante con que miraba hacia la plaza, a través de los cristales cerrados de la ventana, y, distraía su impaciencia-puliendo sus uñas, con un delicado instrumento, de acero, encavado en marfil, que había extraído de un peque, ño *necessaire de manicure*, que se veía abierto sobre una mesa cercana;

la multitud continuaba en moverse, allá abajo, con un reflujo continuo de mar;

por momentos se hacía serio, con una seriedad meditativa y grave, como si rememorase; sus cejas se fruncían, y, un extraño ceño de rencor, marcaba su faz, y sus ojos halconianos se hacían coléricos, casi feroces;

pensaba en la extraña revelación hecha por Georgina, en la pesada agonía de aquel crepúsculo gris, en la cámara azul, de casa de la Marquesa, cuando le había dicho el nombre de su marido, sin pensar, que fuera su padre;

y, la extraña alegría que se había apoderado de él, con ese descubrimiento;

saber que su amor deshonraba, a aquél que había deshonrado todos los suyos, lo llenaba de una tumultuosa satisfacción;

hubiera querido decir a grandes gritos, la ignominia que arrojaba sobre su padre...

pero, había ocultado ante su querida, su emoción; había guardado silencio, comprendiendo que si decía la verdad, si confesaba a Georgina, que él, era el hijo de

Doménico Saldini, podía comprometer los planes de venganza, que surgían entonces de su cerebro;

las mujeres muy corrompidas, son siempre muy religiosas, y suelen tener extraños escrúpulos;

¿no sentiría Georgina, horror de ser la querida de su hijastro?

su amor no estaba aún tan avanzado, que fuera indestructible; se conservaba en los límites de un ligero capricho, nacido del hastío del lecho conyugal;

es verdad que en ella, principiaba a ser algo más férvido y más sólido, y, lo que hasta ahora era un *beguin* elegante, amenazaba hacerse una verdadera pasión;

pero, lás mujeres son de tal manera inexplicables e inconsistentes, y, su corazón es de tal manera, hecho para derrotar toda lógica, que aquel amor naciente, podía muy bien morir ante aquella revelación;

y, eso, no le convenía a él, ahora, que con motivo de esa revelación, ese amor se hacía en sus manos, un instrumento poderoso de venganza;

de una inexorable y santa venganza; la venganza de todos sus muertos...

así, guardó silencio...

y, cuando llegó aquella noche a su casa, se postró de rodillas ante el retrato de su madre, que llevaba consigo, —porque él, no tenía más culto, ni más adoración que la de su madre—y, con una voz llena de emoción, casi trémula de lágrimas le decía:

—Serás vengada, serás vengada; yo, deshonraré aquél que nos deshonró a todos; yo, lo haré avergonzarse de su desgracia, a él, que no se ha avergonzado de sus crímenes; yo, haré pública la vergüenza, de aquél que tanto tiempo causó la nuestra; yo, extenderé la soledad en torno de aquél que la extendió sobre nosotros, como un manto de ignominia; yo haré morir en abandono, a aquél cuyo abandono te hizo morir; yo seré tu vengador; y, mi propio vengador seré;

diciendo así, su voz rompió en sollozos muy fuertes, que eran como el ruido de una agua que rompe el dique, largo tiempo opresor de su corriente;

y, desde aquella hora se creyó el cumplidor de una gran misión: la misión de vengar su madre;

y, se dedicó a ella con un fervor inusitado;

hacer infeliz la vida de aquél que había hecho tan infeliz la de los suyos, fué todo su anhelo;

y, Georgina, fué un débil instrumento en sus manos, para su plan de vengador;

fingiéndose locamente celoso de su marido, le impuso, esa separación de cuerpos, que ella había iniciado la noche anterior con tanto suceso, y, él, le había abierto las perspectivas de un viaje a París, de una fuga ruidosa y romántica;

el cerebro fantástico de ella, no pedía otra cosa; y, aceptó el plan con encanto;

no la asustaba la idea de que Gerólamo demasiado joven y voluble, la pudiera dejar abandonada, en aquella

ciudad que no conocía; ella, tenía allí un amigo, un antiguo amante suyo, secretario de la Embajada de Teópolis, que constantemente la instaba a ir a aquel bello jardín de Citeréa; además, llevaría sus joyas, que eran de no escaso valor;

a él, no le preocupaban las contingencias del viaje, seguro de deshacerse de su amante en París, donde ella, tenía y, hallaría otros; lo que le importaba era su venganza, deshonrar públicamente, a su padre, entregarlo a los perros de la mofa y, del ridículo, para que lo devoraran...

pero, ¿cómo hacer pública su fuga, y dar resonancia a esa deshonra?

esa era su sola preocupación;

entretanto los detalles del viaje estaban ya convenidos; entre Georgina y él;

y, ese día, la había invitado a comer con él, en el Hotel, en sus propias habitaciones, para hablar de su próxima partida, y, con la secreta esperanza de comprometerla, de que algún amigo de su padre pudiese verla y fuese a contárselo;

y, la esperaba impaciente;

la mesa, estaba ya preparada en el centro del salón, admirablemente dispuesta por un camarero hábil, seguro de una rica propina;

el servicio de plata era magnífico, y en el centro de la mesa, una rica *corbeille*, podía contener apenas, la exu-

berancia de las rosas rojas, recién llegadas esa mañana de las regiones cálidas, donde el invierno era vencido por el sol, y, no tenía el poder de destruir las cosas bellas;

el sol, entrando al aposento, irisaba en la cristalería, que era de un verde pálido de ópalo;

a veces, el cuerpo de Gerólamo, puesto entre la ventana y, la mesa, proyectaba sobre ésta, una sombra suave, en la cual parecían reposarse los objetos, en una como tregua de pacificación;

y, cuando se quitaba, espirales de onix, parecían alzarse de la mesa, hecha luminosa por la refracción de los cristales;

él, no comía nunca en su habitación, y, ese día había hecho una excepción, para obsequiarla a ella, que era más que la Bien Amada, la Bien Deseada, el instrumento dócil e ignorante de lo que él, creía su gran Obra de Justicia vengadora;

y, se impacientaba esperando;

distraía su impaciencia, arreglando aquí y, allá, los pequeños objetos, colocados, en las mesas o sobre el escritorio, poniendo en orden sus libros, que eran muy pocos, y, casi todos sobre *sports*, excepción hechas de algunas novelas italianas: «*Il Fuoco*, de d'Annunzio; *Il Piccolo Mondo Moderno*, de Fogazzaro; *Mastro don Gesualdo*, de Verga; y, aquella admirable: *Isola Sonanté*, de Brocchi, llena de tanta lascivia mística; y de tan desaforados gritos de pasión; algunos versos de Pascoli, por el cual

tenía adoración; un volumen de Rapisardi; el *Satán* de Carducci; y, un infolio, diminuto, de una preciosa colección de publicaciones artísticas, conteniendo poesías reunidas de Ovidio y Cátulo, sus más bellos versos de amor, que parecían exhalar aún del fondo de aquel pequeño receptáculo el poder de un enervante vaho afrodisíaco;

ningún lujo artístico, que no fuera el de los menudos objetos de *toilette*, dispersos sobre la cómoda, ornaba aquella lujosa pero banal, cámara de Hotel;

las doce, sonaron lentamente, en el reloj de la vieja iglesia, que formaba, ella sola, una de las cuatro fachadas de la Plaza;

aunque no había pasado aún la hora fijada, su impaciencia crecía;

los minutos principiaban a hacérsele largos, como horas;

lo asaltaban temores, de que algo impensado, le impidiera venir;

¿qué sería entonces de todos sus planes?

no era el amor, sino el interés, lo que lo hacía impaciente;

el interés de su Venganza;

la esperaba para ultimar los detalles de la fuga; de la evasión, como la llama ella, haciendo alusión, a su casa, que era para su corazón, como un presidio;

no tenía aún el dinero para el viaje; pero, no le faltaría con que llegar a París, y, allí, su abuelo proveería a todo;

¡ah! cómo gozaría el viejo *hobereau* itálico, cuando él, le contara su venganza, la deshonra y, el ridículo que había arrojado sobre aquél que los había recluído en el viejo castillo señorial, para ocultar al mundo, la afrenta inmerecida hecha a los blasones de su raza;

el último retoño de los Montefieltro, había salido de su guarida, y había dado cuenta de aquél que llevó a ella, la Muerte y la Deshonra...

el último cachorro de la Extirpe la vengaba...

lo único que sentía, era no poder llevar las manos tintas en sangre, en la sangre de aquél que había deshonrado su raza, para ponerlas sobre el mármol cándido que cubría el sepulcro de su madre, gritándole muy alto: «Ya estás vengada»;

y, retirarlas después, dejando sus huellas, como dos lirios, rojos, como dos nuevos blasones de nobleza, añadidos a los cuarteles de su escudo;

el olor de las rosas, era tan fuerte, que hacía pesada la atmósfera, y, parecía que ellas también estuviesen impacientes por la llegada de aquélla, que había de eclipsarlas con su belleza de flor viva y radiosa;

el camarero que debía servir la comida, se paseaba, ya vestido de frac, por el pasillo, donde las alfombras ahogaban el eco de las pisadas...

el ruido del ascensor, que se detenía en el piso, le hizo poner atención;

sintió que las puertas de éste se cerraban, y, oyó al ca-

marero obsequioso, que decía: «—Por aquí, Señora Condesa, por aquí...»

la puerta de la habitación se abrió, y Georgina apareció en el umbral, radiante y feliz, y avanzó tendiéndole la mano;

él, la llevó ceremonioso a sus labios, inclinándose en una larga y profunda reverencia, y, dijo, con voz precisa, como para ser escuchado por el criado:

—Bien venida, prima mía;

cuanto siento que tu marido no haya podido venir a celebrar conmigo esta fiesta de mi natalicio, que es una fiesta de familia.

—El pobre está tan enfermo, que yo misma, por atenderlo, estuve a punto de no venir,—dijo ella, con una naturalidad perfecta, siguiendo el hilo de la farsa.

En aquel hotel, no era permitido, recibir visitas de mujeres en las habitaciones, y para lograr esa de Georgina, él, había tenido que hacer esa comedia de invitar sus primos los condes a comer, y, hacer que un amigo, haciendo el papel del Conde, se disculpara por teléfono, a última hora, anunciando que enviaba su mujer, para que la pequeña farsa pudiese ser jugada;

y, todo había salido bien; y ella estaba ya allí, radiosa y feliz de esa nueva aventura;

el camarero, discreto, como todos los de su oficio, cerró la puerta diciendo:

—El Señor avisará:

y, se retiró a esperar en el pasillo.

Georgina, traía una caja de madera, con incrustaciones de plata y ornada de su corona condal, que puso sobre un velador, para quitarse los guantes;

él, le ayudó a despojarse del rico abrigo de terciopelo azul con cuello y puños de *renard* blanco, y, lo colgó a un ropero de pie, junto con el manguillo de la misma piel, y, el bolso de seda, bordado en oro y armoriado;

se dirigieron a una de las ventanas que daban sobre la Plaza, para contemplar el grandioso espectáculo de aquel paraje de Teópolis a esa hora, no sin advertir antes al camarero, que ya podía servirlos;

ella, vestía un traje princesa, en paño gris obscuro, con aplicaciones de terciopelo y pasamanería negros;

era un traje de visita de una elegancia suprema, que moldeaba admirablemente, las formas delicadas y, las líneas perfectas del cuerpo; la falda a pliegues y un poco alta, dejaba ver la bota de terciopelo obscuro, con tacones Luis XV, muy altos, que aumentaban su estatura, dando mayor esbeltez a su silueta y, mayor gracia a sus movimientos;

tocaba su cabeza, con una especie de turbante en seda color de cangrejo, adornado de un débil hilo de oro, y con un *asprig* blanco sostenido por un broche, formado de una sola *pierre de lune*, que daba reflejos lácteos, sobre el rosa evanescente de la tela;

esa toca le daba el aspecto de un paje medioeval, de

esos que aparecen en los cristales góticos, de los más viejos palacios venecianos;

había levantado el velo, y, su rostro, ordinariamente pálido, de una palidez ideal, tersa y suave, se coloreaba tenuemente de una vaga coloración de azaleas, los crisopacios de sus ojos se hacían fulgentes, contemplando el vaivén vertiginoso de las olas humanas, que se movían en diversas direcciones allá abajo, en la gran plaza de la ciudad vetusta y monacal;

se mantenían inmóviles tras de los cristales, las manos enlazadas, en actitud soñadora, como si ella se sintiese mecida por las palabras musicales, que él le decía casi al oído, y, que tenían el encanto de un soplo de brisa entre juncales;

él, había querido ceñirle el talle con el brazo, pero, ella, se lo había retirado suavemente, temerosa de la llegada del camarero que debía servirlos;

habían convenido, que allí debían ser muy formales para guardar todas las apariencias, ya que para lo demás siempre estaba libre para ellos, la cámara azul de la Marquesa;

un penetrante olor de heliotropo se escapaba de ella, como de una rama florecida:

—Sería curioso—dijo él—que pasara por aquí tu amo.

—¿Mi amo?—murmuró ella, como herida por la rudeza del vocablo.—Yo, no tengo más amo que uno, y ese está cerca de mí, y, no puede pasar tan lejos...

—¿Cómo una boca tan pequeña, puede decir falsedades tan grandes?

el Amo es aquél que manda, y, yo no mando sobre ti, no puedo nada sobre ti; ¿crees que si yo fuera el amo de tu cuerpo, tú habrías dormido otra vez, en el lecho de aquél, y, sus manos habrían tocado ese cuerpo que yo ungí con mis caricias.

—Yo, no he dormido con él—dijo ella, levantando la cabeza con altivez.—Sus manos no me han tocado, después de que las tuyas me tocaron por última vez;

yo, lo expulsé de mi lecho, fuí inexorable con él; lo sentí, llorar a la puerta de mi alcoba y, no tuve piedad de él; lo vi arrastrarse a mis pies, como un perro, pidiéndome un beso de amor y, le negué mis labios... lo he dejado a él, y vengo hacia ti, y, me haces reproches, y, me crees culpable de algo que no habría sido, en el fondo sino el cumplimiento de un deber...

—No digas esa palabra odiosa que me exaspera... no confieses tu servidumbre; de todas las cadenas, que los hombres arrojan sobre el Hombre, esa del Deber, es la que más lo envilece.—Y, diciendo eso, visiblemente disgustado, se retiró de la enmarcadura de la ventana hacia el fondo del salón;

temerosa de haberlo ofendido sin querer, ella lo siguió, y, poniéndole la mano en el hombro, con su voz más dulce de horas de amor, le dijo:

—No te enfades *caro mío*;

yo, no tengo más deber que amarte, y lo cumplo con fervor;

dame tus labios...

Y, así diciendo, le arrojó los brazos al cuello y, lo besó larga y apasionadamente;

él, le devolvió los besos, y la apartó suavemente, porque sintió los pasos del camarero, que venía con los primeros platos del servicio.

Georgina se arregló un poco los cabellos ante el espejo, y, permaneciendo con la toca que la adornaba—como es de estilo cuando se va a *dîner en ville*;—se sentaron ambos a la mesa;

el sol, ya un poco más allá del meridiano, iluminaba de lleno la habitación, nimbando de oro, la divina cabeza de Georgina, extrañamente infantil, con el aspecto de un niño triste, que espera una caricia;

y, él, la miraba, fascinado por esa belleza tan delicada y tan perfecta, cuyos ojos ambarinos y, calmados, tenían en ese momento un color de crisobatas en fusión, y entre cuyos labios, que semejaban un cáliz ornado de rubíes, asomaba como el extremo de una hostia, el perfil de la blanca dentadura, y se abría la flor de una sonrisa como el corazón húmedo de un coral;

aunque hablaban en francés—temerosos o casi seguros de que el criado lo hablaba también; o al menos lo comprendía—conversaban en voz baja. aprovechando para sus expansiones, los momentos, bien largos en que este se alejaba.

—Madame Villain, mi modista, me ha sido muy útil—decía ella.—Casi todos mis trajes, incluso los de baile y teatro, están ya en su poder, se los he mandado, con el pretexto de algunas innovaciones por hacer;

en casa de Cléo, he llevado antes de venir aquí, dos maletas con ropa, blanca, aprovechando que mi romántico marido, se halla ahora en su *Atelier*, llorando mis desvíos;

mis joyas, las he traído en ese estuche—y mostró la cajita de ébano y plata, que estaba sobre la mesa—, ahí están hasta el collar de perlas, y la diadema de brillantes, que me regaló últimamente.

—Tu marido es espléndido para adornarte, y, en materia de diademas no puede quejarse, porque tú le adornas la cabeza, con igual esplendidez—dijo él, que no podía dominar, su tendencia natural a la ironía;

ella, se sintió lastimada por la inútil alusión, pero dominándose dijo, no sin un leve tono de amargura...

—Es verdad;

pero es preciso confesar, que esas diademas no las trabajo yo sola; y algún joyero muy hábil me ha ayudado a fabricarlas—y sonrió mirándolo cariñosamente...

—Esta última sí—dijo él—; y en verdad, que si me hubiera sido dado escoger los adornos, en vez de dos astas, hubiera querido ponerle dos balas en la cabeza;

y, muerto así habría podido ser catalogado entre los unicorneos;

lo cual habría sido calumniarlo.

—*Méchant*—dijo ella, con un encantador mohín de falso reproche, y, añadió luego, con una risa que no era fingida:—Si hubieras visto, qué figura tan ridícula hacía anoche, arrastrándose de rodillas detrás de mí, pidiéndome perdón;

tuve necesidad de hacer un esfuerzo enorme para no reir;

las mujeres somos admirables cómicas.

—Si;

nacéis destinadas para el Teatro, cualquiera que sea el escenario en que os toque figurar, lo mismo el de la Farsa que el de la Tragedia; pero tenéis el triste don de hacerlo trágico todo, hasta la Farsa;

la Mujer, es la Fatalidad;

el alma de Lady Macbeth, reside en ella...

—Pues poco habría tenido que hacer Lady Macbeth con mi farsa, o habría terminado por reir al ver como reía yo entre las sábanas, oyéndolo sollozar afuera, pidiéndome que le abriera la puerta de la alcoba;

durmió sin mantas sobre un sillón, y yo lo sentía tiritar de frío;

en la mañana, volvió a llorar a la puerta como un falderillo, y yo volví a reir entre las sábanas de mi lecho pensando en ti...

—La risa en ayunas es saludable.

—Y trae ventura...

—Bebamos, pues, a esa ventura.

—¡Salud!...

Y chocaron sus vasos;

los vinos eran generosos, pero ellos no lo eran hacia el marido indefenso, que de lejos insultaban...

hechos jocundos por los buenos manjares y por los buenos licores, hablaron entonces de su próxima partida;

todo estaba listo por parte de ella;

sus trajes, sus ropas interiores estaban fuera;

sus joyas las traía allí para dejarlas en depósito a Gerólamo, con sus pequeños ahorros, que no alcanzaban a ocho mil francos;

éste se negaba a aceptar el depósito, asegurando que no estaba bastante seguro en una cámara de hotel;

ella se empeñaba, y él accedió al fin, a condición de depositarlos en la caja fuerte del establecimiento;

se descorchó el champagne;

empezaban a apurarlo con delicia, cuando tocaron al teléfono;

Gerólamo, fué al aparato:

—..... ....

—¿Quién?

—... ....

—¿Tú? ¿Tan temprano allá?

—..... .....

—Bien.

—... ....

—Gracias, agradecidísimo...

—.... ....

—Mañana sin falta...

—..... .....

—Iré yo mismo...

—.....

—El cheque exige muchas formalidades. Es mejor en dinero.

—.....

—¡Ah! sí...

—.....

—¿El cabrito? verdad...

Y poniendo la mano en la bocina, relató a Georgina la parte relativa a eso del cabrito;

ella ya animada por el *champagne*, rió altamente.

Gerólamo continuó su diálogo telefónico, despidiéndose al fin de su interlocutor, poniendo los auditivos sobre la mesa de escribir donde estaba el aparato, porque éste era uno de esos que los grandes hoteles tienen en las habitaciones de lujo, y que comunican con el central del establecimiento.

—¿Quién es?—dijo ella, imprudente y curiosa, como todas las mujeres, cuando de saber cosas de sus amantes se trata; imprudencia y curiosidad, en las cuales vive siempre un átomo de celos.

—El comisionista que me anuncia que ha llegado el dinero que esperaba.

—Entonces...

—Partiremos pasado mañana para embarcarnos el veintiséis...

—A París... a París...—dijo ella, saltando y palmoteando como una niña, y ensayando luego un paso de danza, lo tomó por el talle y lo obligó a bailar, tarareando ella misma el motivo de la música.

Gerólamo no era un temperamento alegre y ruidoso, al cual gustaran esas chiquilladas, y así apenas dió una vuelta y se separó, alegando que podía venir el camarero, y creer que los buenos vinos les habían dado más buen humor del necesario;

el champagne dejado sobre la mesa había cesado de burbujear en las copas y parecía fragmentos de ámbar, adheridos al verde opalino del cristal;

apuraron ese remanente y llenaron de nuevo las copas sin esperar al camarero que tardaba en venir...

no podían permitirse ninguna expansión, porque pronto principiarían a levantar la mesa y el tragín del servicio era constante;

bebieron el café a pequeños sorbos, gustando con voluptuosidad el moka delicioso, que llenaba la estancia de un suave aroma, mezclado al del rico cigarrillo egipcio, que de una caja de *Khedive* había tomado Gerólamo, y lo fumaba lanzando al espacio columnas de un humo azul y perfumado, que parecía escapado de un pebetero de oblación;

él arrancó de la *corbeille* la más bella rosa y la prendió al seno de Georgina, no sin besar antes la rosa escarlata de los labios entreabiertos;

ella se puso de pie para partir, y él la dijo:

—Entonces, mañana a las cuatro, casa de la Marquesa;

última sesión de la cámara...

—Azul—añadió ella, completando el *calembour*.

—Y, entre tanto...—dijo él con voz sentenciosa y, alzando la mano, levantando el dedo índice en actitud conminatoria...

—No temas;

primero cogerá la luna en las manos que tenerme a mí—respondió Georgina con un acento de absoluta resolución.

—Hazlo sufrir;

prométeme que lo harás sufrir mucho... ¿me lo prometes?—le dijo él, acercándosele en tono suplicatorio.

—Sí, te lo prometo.

—Pero, ¿mucho?

—Mucho...

—Ese hombre no tiene derecho a la felicidad—e iba a decir: Porque ha hecho sufrir a muchos—; pero calló; se hizo grave, y sobre su faz se extendió ese como velo de tragedia, que tan constantemente la ensombrecía;

la ayudó a vestir el rico abrigo, le puso el bolso, en las manos, guardó la caja de joyas, en un cajón de su

mesa de escritorio, y, después de besarla largamente. la acompañó, hasta el piso bajo, dándole la mano para descender la escalera...

—Adiós...

—Adiós; recuerdos a tu esposo.

Ella sonrió, y con paso ligero, atravesó el *hall*, donde había mucha servidumbre y varios pasajeros del hotel; y desapareció dejando tras de sí, algo como el resplandor de su belleza, y, un vago perfume de juventud y de elegancia.

Con el alma turbada por mil emociones distintas, torturado e inquieto, como si sintiese en su corazón todo el estremecimiento de una selva, sacudida por la borrasca, Doménico Saldini había pasado aquel día en su *Atelier,* inexorablemente desterrado de su hogar, donde el rencor y la cólera de su mujer, tenían exasperaciones de locura;

no había querido recibir sino a su hijo, y, eso para entregarle la cantidad ofrecida y, tener la certidumbre que se iría al día siguiente; que no le vería más; que desaparecería para siempre de su vista ese fantasma terrible del Pasado, que había surgido de súbito, de los limbos del Olvido, y, se interponía así, como una sombra fatídica, entre él, y, el sol de su ventura;

el dolor de desprenderse de ese dinero, en beneficio de un sér que le era más que indiferente, odioso, era una nueva tortura para su corazón, tan duramente martirizado por más cruentos dolores...

pero, su avaricia se consolaba con la idea del rescate de su felicidad;

no habría sido italiano si no hubiera sido supersticioso;

creía en la *jettatura*, y, para él, su hijo se la había traído;

desde que él, había aparecido, su felicidad se había eclipsado...

partiendo él, volvería a ser feliz...

yéndose su hijo, era todo su Pasado que se alejaba otra vez...

algo fatal que lo dejaba;

algo odioso, que no vería ya más: el fantasma de los Montefieltro;

porque vagamente, confusamente, hasta donde su egoísmo le permitía entrever la teoría de la Responsabilidad, su hijo se aparecía ante él, con las facciones del Castigo, escoltado por dos formas blancas e inexorables: Francesca y Paola, Arlotti de Montefieltro;

y, esos dos fantasmas, evocados por la presencia de ese joven agresivo, irónico y cruel, cada una de cuyas miradas parecía un reto, y, cada una de cuyas palabras, era como una flecha envenenada, que iba directamente a su corazón, le daban miedo, y, lo hacían retroceder espantado como si estuviese ante una conjuración de cosas hostiles dispuestas a anonadarlo;

¿la dureza de su alma era pues una cosa que se desmoronaba ante el Terror?

¡ah! ¡cómo el Amor hace cobardes los espíritus, aun los más fuertes!...

era el Amor, lo que la hacía temblar, o mejor dicho, el miedo de perder su Amor...

mientras Gerólamo estuviese en Teópolis, ese amor estaba en peligro;

cuando su hijo se hubiera ido, él, recobraría su amor;

por eso cuando lo vió llegar tuvo un susulto de alegría;

la entrevista, de una cordialidad forzada, no fué larga;

el joven, recibió el dinero, sin emoción, y lo agradeció sin grandes efusiones de gratitud, cual si fuese una cosa natural, que su padre le debía;

se habló del viaje, de sus peripecias y de su duración;

esos dos seres, sabían que no habrían de volver a verse nunca, y, ninguna emoción de ternura los asaltaba, ante ese infinito que se abría ante ellos; y, Gerólamo, había dicho:

—¿Tú no piensas volver nunca a París?, eso se habrá ya olvidado; creo que toda acción penal prescribe a los diez años...

¡cómo! ¿su hijo sabía pues todo? ¡ah! el lobatón había sido nutrido con la leche de la detractación; se le había amaestrado bien contra él;

y, sin inmutarse, ni recoger la alusión, contestó:

—No pienso, por ahora.

Hablaron de otras cosas, y, se despidieron, al fin, con

un abrazo sin ternuras, y, un beso que sonó en la solemnidad del silencio, como un juramento de Odio;

viendo partir a su hijo, Doménico Saldini, quedó feliz, olvidando por un momento sus dolores;

y, se puso con furia a su trabajo;

y, se diría verdaderamente, que era con furia, que trabajaba, como si su enorme sensibilidad de artista, se aguzase hasta el furor;

abusaba del bermellón con tal frenesí, que se diría que husmeaba sangre;

fatigado, después de unas horas, dejó de trabajar, y siguiendo el hilo de su pensamiento, tomó un diario para ver el movimiento de vapores en el puerto cercano; buscó las salidas, y vió anunciada la del «Sátrapa», para el veintiséis;

su hijo, debía salir al día siguiente, para no perderlo;

aliviado por esa certidumbre, pensó en ir a comer;

y, fué a hacerlo en el Restaurante, de un Círculo aristocrático al que pertenecía;

comió mucho y, bien, hizo una larga sobremesa, conversando con un amigo, que se le había acercado a última hora...

salió ya tarde y solo...

miró el reloj de una torre cercana, por pereza de abrirse el abrigo para mirar el suyo;

eran las cuatro de la tarde;

un crepúsculo prematuro, anaranjado y suave, de mati-

ces deliciosos e infinitos, se extendía sobre la ciudad alacre y, cretinizada, que ocultaba su miseria silenciosa y lúgubre, bajo un rostro de Arlequín;

coches de plaza y coches de lujo, llenaban el arroyo; la bocina de los automóviles rechinaba en los oidos, con salvaje insistencia, alertando los transeuntes, contra este nuevo peligro, recién llegado de Europa;

los tranvías se abrían paso, penosamente, por entre aquella ola de vehículos, alertando a éstos y a los peatones, con su repiqueteo insoportable;

por las aceras, un público lento y flaneador, que solamente se ve en Teópolis, circulaba con paso procesional o hacía corros, en las puertas de los cafés o restaurantes

a la miseria más sórdida se mezclaba el lujo más inso lente en vestidos y tocados;

siendo Teópolis, como toda ciudad burocrática, una ciudad de vagos, apenas se podía circular, por la multitud de ellos, que se agrupaban en todas partes, en busca de las peores aventuras;

las mujeres circulaban, caminando con una elegancia rara, y, como envueltas en esa gasa de argento violáceo, en que la bruma gris del crepúsculo, envolvía todos los objetos:

algunas, se detenían ante los escaparates de las joyerías, contemplando las piedras preciosas, mórbidas o fulgentes, con tal resplandor de avidez en la mirada, que eclipsaba el esplendor de las piedras mismas;

y, se alejaban de allí con un gran gesto de tristeza, que en vano querían ocultar bajo el encanto de una sonrisa fatigada, que apenas entreabría el arco gracioso de sus labios, ultrajantemente pintados al carmín;

un encanto sutil y delicado se desprendía de aquellas mujeres, en la palidez histérica de algunas de las cuales residía un atractivo morboso que se diría palúdico, tal era el contagio de fiebre erótica que se escapaba de ellas;

todo, hasta la atmósfera, parecía concupiscente;

un hálito de bestialidad triunfal se sentía por todas partes, como escapado de un establo de bestias en celo, prontas al gesto de la procreación.

Francia, había enviado a Teópolis, el excedente de su civilización, en libros y, en cocotas;

los primeros, yacían inmovilizados tras las vidrieras de las librerías, como cubiertos de un leve polvo de Olvido y de Nostalgia;

en Teópolis, el setenta y cinco por ciento de los habitantes, no sabía leer, y el veinticinco restante, no sabía lo que leía;

además, el idioma francés, era mirado como pecaminoso por la asnería eclesiástica, que perseguía todo movimiento de libertad literaria, condenándolo bajo el nombre para ella incomprendido, de Modernismo; el cagotismo de los académicos, aferrados al cultivo de su lengua semiafricana y, estancada, de una rudeza estrafalaria, y de una enclaustración metódica, hacia el resto; y los pobres

libros franceses, desterrados en Teópolis, eran como Ovidio entre los Sármatas: un objeto de detractación;

en cambio, las cocotas, tenían una aceptación entusiasta y brutal;

llenaban calles, teatros y cafés, arruinando y encantando a los teopolitanos, que creían el más rico manjar, esos despojos del vicio, esas piltrafas de carne, escapadas a los mercados de mujeres de la *Butte* y de *Montmartre;*

y, en ese momento mismo, se las veía orgullosas y, felices, fingiendo actitudes principescas; las unas, en coches y, en auto, —muchos blasonados—, y las otras, paseando por los asfaltados lúcidos, sus bellezas ajadas, de las cuales el más sabio *maquillaje*, trataba de ocultar el deterioro.

España había enviado a Teópolis, el excedente de sus elementos bárbaros, en una exportación nutrida de curas y, de toreros;

y, se les veía allí; los unos, grasos, mofletudos, analfabetos, paseando por las calles sus vientres repletos, y sus cerebros vacios, con un movimiento de bocoyes sobre el agua;

y, los otros coletudos, dado el tafanario al aire, con movimientos lascivos de mozos de mancebía, escupiendo por el colmillo, cigarro en boca, y diciendo a las señoras las más rudas groserías en forma de piropos, creyéndose los amos de la acera, como si estuviesen en la calle de Sevilla, de Madrid, o en la de la Sierpe, de Sevilla ..

este espectáculo acabó por desalentar y, fatigar a Do-

ménico Saldini, que resolvió dejar el Boulevard ruidoso, y, tomó por una de las calles adyacentes, buscando otras de menos trajín, más sosegadas;

amaba esas calles llenas de melancolía agradable, a esa hora naturalmente agobiada de vagas tristezas, tal vez nacidas del alma de la Noche que se avecinaba;

se internó por un dédalo de ellas, buscando el mayor silencio y, la mayor quietud, hasta hallarse en la del "Navío„ muy larga y muy antigua, que había sido, hasta hacia pocos años, una de las más aristocráticas y tumultuosas de la ciudad;

y, se había hecho luego, por los caprichos de la urbanización, una calle aislada y solitaria, habitada por familias burguesas y, comerciantes acomodados;

la calle, era en ese momento, uno como oasis delicioso de calma y de quietud;

se internó por ella;

el aspecto vetusto y encantador de las altas casas lo atraía, como la paz vegetal que reinaba tras de las verjas de algunas de ellas, donde arbustos despojados se nimbaban del azul diluído en la hora crepuscular;

caminaba a la aventura, como perdido en su propio ensueño, deteniéndose a mirar los escaparates de las tiendas, o caminando lentamente, con un automatismo idiota, en el corazón de la tarde opaca, que le parecía llena de extrañas crueldades;

de súbito, se detuvo;

había visto abrirse la portezuela de un coche que se paraba cerca a la acera, y asomar por ella, un pie diminuto y tentador que se apoyaba en el estribo;

sus ojos, siempre violentamente enamorados de la gracia de toda forma femenina, se detuvieron en la contemplación de aquel pie y el nacimiento de aquella pierna, hasta ver asomarse y descender la elegante silueta de la mujer que venía adentro...;

quedó asombrado, no dando crédito a sus ojos, y no sabiendo si avanzar o retroceder;

era su mujer;

sí; no le quedaba la menor duda;

se ocultó en una puerta cercana, continuando en contemplarla, mientras ella inclinada sobre su bolso, buscaba la moneda, con que pagar al cochero;

sí; era ella, era su mujer; la reconoció muy bien;

el coche partió, y ella entró en el zaguán de la casa frente a la cual había descendido;

salió enloquecido de su escondite, con la intención de detenerla;

pero, cuando llegó frente a la puerta, su mujer había desaparecido en la escalera;

quiso preguntar a la portera; pero, se abstuvo;

retrocedió, y miró el número de la casa, era el 42;

entonces reconoció el lugar;

aquella era la casa de la Marquesa, la casa de Cleó...

él, la conocía bien, por haber asistido a muchos tés, y

haber tenido en ella muchas citas de amor, antes de su matrimonio...

conocía todas las habitaciones de la casa: la *Cámara Blánca*, que la Marquesa daba a los primerizos, para que se hicieran la ilusión de una noche nupcial; la *Cámara Azul*, que era para los amantes fervorosos, y habituados de la casa; y, la *Cámara Amarilla*, que era para los extranjeros ricos, y, diplomáticos de paso;

¿en cuál de ellas estaría su mujer?

porque no le quedaba duda, era su mujer la que había entrado allí;

¡su mujer en casa de la Marquesa! ¡en una casa de citas!...

¿eran esas las fiestas religiosas a que acudía?

una ola de sangre le invadió el cerebro y los ojos, y vió rojo...

su alma napolitana, le gritó: *Vendetta*...

se tocó el bolsillo del pecho, donde cargaba siempre una gran faca afilada, y quiso entrar;

ir en busca de su mujer y apuñalearla...

matarla sobre el lecho del pecado...

avanzó...

la portera le salió al encuentro...

entonces volvió en sí;

preguntó por la Marquesa;

al saber que no estaba y, que ese día, no era día de reunión, la verdad se mostró más patente a sus ojos...

la espantosa verdad...

salió a la calle...

ya en ella, y serenado un poco, meditó su verdadera venganza;

la sorprendería, *in fraganti*, en pleno adulterio, y, la haría poner en prisión...

obtendría su separación, ya que en Teópolis, no se había podido establecer el divorcio;

pensando así, se dirigió, a un Juzgado de guardia, que había cerca;

allí, pidió el auxilio de la autoridad para constatar un adulterio;

dos inspectores se pusieron a las órdenes del egregio pintor, a quien habían reconocido;

llegados a la casa, y, sin hacer caso de las preguntas de la portera, subieron al piso primero, donde estaba instalado el apartamento de la Marquesa;

apartando la doncella, que salió a abrirles, se internaron por los pasillos, que Doménico conocía tanto;

éste, se detuvo y, aplicó el oído a la *Cámara Blanca*: gran silencio;

igual cosa en la *Cámara Amarilla;*

en la *Cámara Azul*, percibió voces y risas;

eran la voz y la risa de su mujer...

entonces, él, y los inspectores se consultaron en vozbaja;

si tocaban a la puerta, los culpables se pondrían en guardia, y, era más difícil probar el hecho;

puestos de acuerdo, metieron los tres, a un tiempo mismo el hombro a la puerta, y, ésta, de muy frágil cerradura, se abrió de par en par, dejando ver la escena sugestiva.

Gerólamo Saldini, envuelto el cuerpo desnudo, en una bata mal cerrada, estaba sentado en un sofá, teniendo en sus piernas a Georgina, casi desnuda, apenas vestida por una camisa muy corta, y de tal manera recogida que casi todo su cuerpo quedaba en descubierto;

se tenían estrechamente abrazados, y fumaban entre los dos, un mismo cigarrillo;

al ruido que hizo la puerta al abrirse, se separaron.

Gerólamo, se puso en pie, y, Georgina, dió un grito, no sabiendo donde ocultar sus desnudeces...

con la faca desnuda, Doménico avanzó sobre su mujer para apuñalearla...

ésta, se cubrió el rostro con la mano, segura de que iba a morir.

Gerólamo, se puso entre ambos, y cogiendo con fuerza el puño de su padre, le dijo:

—No la matarás, estando yo aquí.

—Miserable—rugió Doménico—¿ignoras que es mi mujer?...

—Yo, sólo sé que esa mujer es mi querida, y, no la dejo ultrajar...

Doménico levantó la mano sobre su hijo para abofetearlo;

éste retrocedió unos pasos, y, teniendo en la mano el revólver que había tomado de sobre la cómoda y, que llevaba siempre consigo, dijo, amenazando con él, a su padre:

—Señor Barón de Pietralta, ¿no sabe usted que un Montefieltro, no se deja impunemente poner la mano en el rostro?

y cambiando luego de tono, dijo a los inspectores, para que comprendieran bien, el sentido de sus palabras, y no tuvieran duda sobre la naturaleza de la escena a que asistían:

—Señores: contened a mi padre, que se empeña en hacerme cometer un parricidio;—y sonrió con su sonrisa impertinente y, agresiva, sin dejar de mirar a Doménico, y teniéndolo a raya con su revólver...

—¡Su Padre!—dijo uno de los inspectores.

—¡Su Padre!...—exclamó el otro...

—Sí; su Padre...—gimió Doménico Saldini, con lágrimas en los ojos; y, dejando caer anonadado los brazos, a lo largo de su cuerpo, y bajando la cabeza, como abrumado, y vencido, por la enormidad del ultraje que no podía vengar...

los inspectores tuvieron piedad de él, y abreviaron la escena, llevándoselo fuera, no sin decir antes, con voz conminatoria a los culpables:

—Y, ustedes, vestirse aprisa y seguirnos a la comisaría, para firmar el atestado;

y salieron.

Gerólamo y Georgina se vistieron en silencio, preocupados, porque sabían bien, que era la cárcel lo que los esperaba...

sólo ella interrumpió ese silencio, para decir:

—Tu Padre ¡ah! ¿conque mi marido es tu Padre?

—Sí; y, ¿eso te da horror?

—¿Por qué? Eso es un doble atractivo al amor, porque lo hace monstruoso...

un adulterio, doblado por un incesto...

¡delicioso, delicioso!—y rió, en la gravedad de la hora...

El, serio, y meditativo, como destacado de ella en ese momento, no puso atención a esas palabras, ni a esas risas, y, permaneció silencioso, ocupado de arreglar ante el espejo, el nudo de su corbata.

Doménico Saldini, al salir al pasillo, guiado por los inspectores, no podía contener sus lágrimas...

amaba tanto a esa mujer, que la idea de verla en prisión le anonadaba...

y, luego... el miedo del escándalo... de la befa... del ridículo que caería sobre él...

¡qué triunfo para sus enemigos, para sus envidiosos que lo eran todos!...

los inspectores habían pedido, tintero y pluma a la fámula, para levantar el primer atestado...

ésta llegó trayéndolos, y cuando se hubo alejado, y, ellos se disponían a escribir, Doménico, dijo:

—¿No creen ustedes mejor evitar el escándalo?

—Lo creo—dijo uno de ellos—y mucho más tratándose de un drama de familia tan escabroso...

—Tan raro... tan escandaloso;... ¡qué emoción habrá en Teópolis!—dijo el otro.

—Es verdad,—exclamó asustado Doménico.

es verdad—y, después de meditar un momento, dijo con resolución—Señores: retiro mi denuncia, he resuelto proceder de otra manera, para evitar el escándalo;

los dos inspectores le estrecharon la mano, en gesto de aprobación y aun de felicitación, y, uno de ellos, dijo, melancólicamente, como si evocase íntimos dolores:

—¡Oh! los hijos... los hijos...

y, los tres hombres descendieron la escalera, como abrumados de un mismo dolor, cual si les pesase igualmente, el fardo absurdo y miserable de la paternidad;

ya en la calle, Doménico, obsequió espléndidamente a sus acompañantes, como para pagarles sus servicios, suplicándoles, el mayor silencio...

—Pierda usted cuidado—dijeron ellos;

y los tres hombres se separaron;

los policías, se fueron comentando el incidente y riendo de él, dispuestos a contárselo a todos y reir con los demás;

y, Doménico Saldini se fué solo, anonado, inconsciente, sin saber qué hacer, ni qué pensar, envidiando

acaso a los únicos seres felices en el mundo: aquéllos en los cuales ha muerto toda forma de Amor, o no ha nacido nunca.

....

Gerólamo y Georgina, acabaron de vestirse en silencio, como si estuviesen muy lejos el uno del otro, absorto cada cual en el pensamiento de su responsabilidad, y, el triste resultado de su gozosa aventura;

ella, hembra hasta la medula de los huesos, no renunciaba a la coquetería, y se entretuvo largo tiempo ante el espejo, pensando que iba a aparecer ante un tribunal de hombres, que admirarían tal vez, su delicada y suave belleza...

y, quizás, vagamente, confusamente, pensó en Friné y, en su hipotética aventura ante los jueces:

—Vamos—dijo él, ya vestido del todo, ayudándole a poner el abrigo y dándole los guantes.

no se abrazaron ni se besaron, por temor de ser vistos, porque la puerta había sido apenas entornada por los policías;

ella, se acercó a su amante, como buscando protección, temerosa de ese nuevo encuentro con su marido;

al salir al pasillo, se sorprendieron de no ver a nadie en él;

lo recorrieron en todas direcciones y, lo hallaron igualmente vacío;

la criada les informó que esos señores habían partido;

temerosos de que estuviesen en el zaguán o en la calle esperando, la hicieron descender para que mirara;

volvió diciendo que no había nadie...

entonces, Gerólamo, la mandó a buscar un coche;

cuando regresó, Georgina le hizo descender las dos maletas de ropa interior, que tenía, en la *Cámara Azul*, para que las pusiera en el vehículo; escribió cuatro letras a la Marquesa despidiéndose:

Gerólamo, gratificó espléndidamente a la doncella, y bajaron;

entraron apresuradamente al coche, dando la dirección de un Hotel que él conocía;

y partieron...

Apenas separado de los dos inspectores, testigos de su deshonra, Doménico Saldini, quedó desorientado y como perdido en un desierto...

la noche había caido sobre la ciudad, una noche de un azul pálido de aguas, en cuyo cristal límpido florecían las estrellas, como algas viajeras que siguiesen la marcha de la luna, que como una barca pescadora, aparecía en creciente, sobre el horizonte, cuasi lácteo, como si arrastrase una avalancha de pétalos de camelias deshojadas por un rudo viento decembral;

tomando conciencia de sí mismo, y de su situación, pensó en ahogar el escándalo;

para ello, hablaría a todos de un largo viaje que iba a emprender, con su mujer, para lo cual, ésta partiría adelante con su hijo, y, ambos lo esperarían en París;

así, fué a su casa, para ordenar a su ayuda de cámara que le hiciera las maletas, anunciando que ya la señora había partido para el puerto vecino;

en un club, habló de su próximo viaje; en él todos creyeron;

pero, cuando ya hacia la media noche habló en otro del mismo asunto, una sonrisa burlona, se dibujó en muchos labios, pero él, no se apercibió;

la especie, circulaba ya por todas partes, merced al *silencio* de la Policía;

del Círculo, fué a un Café cantante, bebió con exceso, cosa que nunca hacía, y, se llevó de allí una cocota pretenciosa, en cuyo lecho pasó el resto de la noche;

se levantó temprano, deseoso de abandonar aquel lecho que le parecía inmundo y, fué a su *Atelier*;

se encerró allí, como si encerrase consigo, el escándalo que quería ahogar;

habló por teléfono con su ayuda de cámara para darle instrucciones sobre su viaje fantástico, haciéndose la ilusión candorosa, de despistar al servicio, sobre la verdad de su desgracia. .

¡ah! si él, lograba ahogar el escándalo, haciendo creer a la gente en ese viaje...

ensayó trabajar, en un retrato, y vió con asombro, que en todo lo que hacía no lograba sino reproducir las facciones de su mujer... los ojos de su mujer... la boca de su mujer... el seno de su mujer...

alarmado de este automatismo, que podría ser el prodromo de una enfermedad mental, y temeroso de enloquecer, dejó los pinceles, y ensayó reposar;

ya tarde vino a verlo, el viejo pintor Ovejero, quien con aire consternado le dijo:

—¡Qué desgracia! qué desgracia...; yo, estuve por anunciártela, porque preví vagamente, que ese muchachote te sería fatal; no en vano me fué siempre tan antipático...

—Pero ¿qué muchacho? —dijo Doménico, fingiendo ignorarlo todo.

—¡Cómo! ¿qué muchacho?, tú hijo... ¿acaso no es cierto que lo encontraste con tu mujer en casa de la Marquesa Cleo, y que han partido hoy para París?...

—Sí;

es verdad... —dijo el pintor, ocultando su rostro entre las manos, para llorar y sollozar largamente...

—¿Se sabe todo en Teópolis? —preguntó luego, alzando hacia su amigo, su rostro bañado de lágrimas...

—Todo —dijo éste— No se habla en Teópolis de otra cosa.

—¡Ah! soy el ludibrio de Teópolis...

El viejo calló, comprendiendo la inutilidad de contradecirlo...

Doménico, se arrojó boca abajo sobre el diván y ocultó el rostro en los cojines...

sollozó largo rato...

después, quedó en silencio, como si se hubiese dormido...

su amigo lo creyó tal, y se alejó cautamente, como si abandonase la cámara de un enfermo;

era ya de noche cuando Doménico Saldini, se alzó del diván, pálido, lloroso, agobiado, como si fuese la ruina de sí mismo...;

salió a la calle;

le pareció que todos los transeuntes leían en su rostro su vergüenza;

oyó gritar los periódicos...; los granujas que los vendían, gritaban a todo pulmón:

—*Escándalo aristocrático.*

Un Gran Pintor, sorprende a su mujer con su propio Hijo en una casa de citas.

Fuga de los dos enamorados...

Se tapó los oídos como para no oir, temblando como si hubiese escuchado pregonar su sentencia de Muerte;

era algo peor;

era su deshonra la que se pregonaba;

se subió el cuello del abrigo, hundió su sombrero hasta las sienes para que nadie lo conociera, y se perdió entre la muchedumbre, como ansioso de ahogarse y desaparecer en ese mar humano que lo circuía;

vagó a la aventura por calles y por plazas, como un sonámbulo, cual si hubiese perdido el dominio y, la conciencia de Sí Mismo, al golpe de la afrenta;

¿adónde iba?

¿hacia la Vida?

¿hacia la Muerte?

habiendo renunciado a matar, pensó en morir...

anonadarse..., desaparecer..., ser tragado por el abismo insondable... ahogar en él, su Dolor y su Vergüenza...

no tener que enrojecer de nada, ni ante nadie...

palidecer una sola vez... la última vez... palidecer para siempre, esfumándose vagamente, como un espectro.

Morir...

entonces comprendió lo que esta palabra, tiene de consolador y de divino;

un sentimiento agudo de la realidad, le hizo comprender todo lo que de absolutamente salvador, hay en esa fórmula: *No ser;*

dejar de ser, dejar de sufrir, escapar a la Vida, ciega, implacable y cruel...

Morir... Morir...

sentía como si una ambrosía divina le llenase la boca al decir esa palabra...

el rostro virginal, de la Muerte, se le apareció tan bello, que sintió toda su fascinación, imperativa, irresistible y, fatal...

y, como si fuese al encuentro de una querida, de la más bella de todas las queridas, que lo esperase en un jardín nocturno, a la sombra de arbustos florecidos, bajo un dosel de azahares en botón, corría más que andaba, por entre el tumulto de las gentes, que a esa hora salían de talleres y oficinas;

guiado por el instinto había atravesado las calles bajas de la ciudad, y, empezaba a entrar en la quietud silenciosa de los barrios extremos, llenos de un opiacente encanto de Silencio y Soledad...

había dejado atrás la Plaza Real, como una isla de perfumes, donde los jardines odoraban, con la tenacidad de un deseo insatisfecho... y, las rosas se abrían lánguidas, como abrumadas por la pena de abrirse demasiado tarde, para gozar las caricias de un sol que ya había muerto...

los fanales del gas se encendían, haciendo de las aceras desiertas, como grandes riberas de luz, encerrando un río taciturno de tinieblas...

la ciudad empezaba a quedar atrás, y, los solares sin construir, eran como estanques pacíficos, llenos de una lúgubre calma;

la noche de un azul de miraje, caía sobre el silencio lúgubre de las calles desiertas en aquellos arrabales, como sobre pantanos enfermizos llenos de una malaria fatal...

así llegó al *Viaducto*, el puente colgante, tendido sobre la vía férrea, y, que une los barrios extremos de la ciudad, como si uniera dos desiertos por poblar...

allí se detuvo...

abajo, hormigueaban los faroles de la Vía, como trazando pentágramas luminosos en la sombra...

la estación cercana, se veía llena de vagones, y, se oían las señales de entradas y partidas de trenes... que mar-

chaban por entre las vía claras, como en una enorme apoteosis de corpúsculos luminosos;

y, pensó que en unos de esos, habían partido ellos, esa misma mañana, felices de su amor, felices de dejarlo a él, solo, abandonado, deshonrado por su propia sangre...

y, la imagen de su mujer surgió en su mente, con sus divinos ojos de gris índigo, las bandas de sus cabellos castaños, su palidez serena de alabastro;

y de tal manera lo fascinó esa visión, que se inclinó sobre el barandaje, resuelto a seguirla, seguro de abrazarla en la Eternidad...

y, se precipitó en el vacío;...

su cuerpo, al estrellarse contra las losas de abajo rebotó, quedando con la cara hacia el cielo y los ojos desmesudamente abiertos, como mirándolo con ferocidad;

la locomotora de un tren que entraba a toda marcha, arrolló el cadáver, mientras una nube de humo ocultaba la escena, y, subía al Viaducto, donde grupos de curiosos miraban hacia abajo, comentando la catástrofe...

y, arriba, en el cielo límpido, las estrellas parecían brillar con un suave candor de muerte, sonriendo al Infinito.

FIN

Obras completas de
Vargas Vila

A 3'50 Ptas. volumen
y 4'50 encuadernados

▽ ▽ ▽

TOMOS PUBLICADOS

1.° de la colección

La Demencia de Job

novela inédita
(muy interesante)

2.° de la colección

El Minotauro

novela inédita
(de mucho interés)

3.° de la colección

La República Romana

(estudio histórico)

Concesionario exclusivo para la venta de estas obras

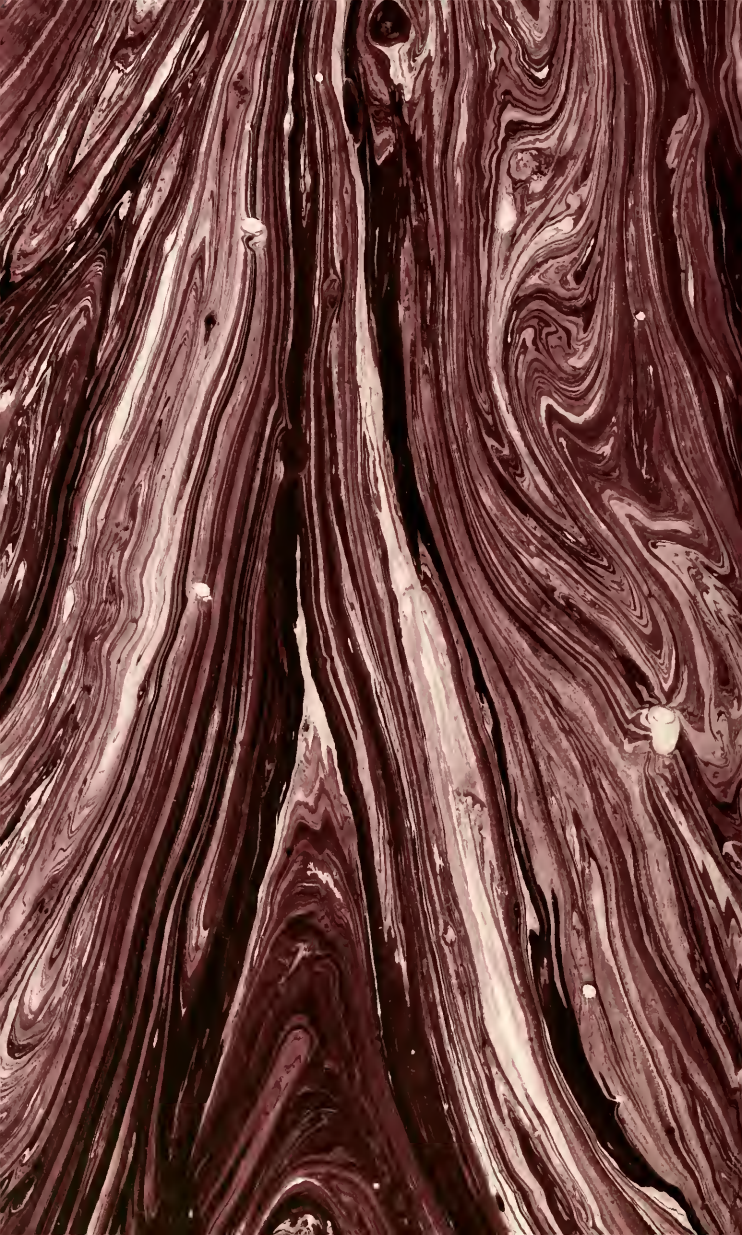
Librería y Casa Editorial de
ANTONIO RUBIÑOS

PRECIADOS, 23 MADRID

50 E

H: 12.414

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ8179
.V3
E87
1918